

RESERVOIR BOOKS

Sergio C. Fanjul

La ciudad infinita

Crónicas de exploración urbana



RESERVOIR BOOKS

Sergio C. Fanjul
La ciudad
infinita

Crónicas de exploración urbana

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@ReservoirBooks



@ReservoirBooks



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial



Introducción

Explorar lo urbano y lo cotidiano

La antigua estación de autobuses de Oviedo era uno de los círculos del infierno. Estaba en los bajos de un edificio llamado La Colmena y era de un gris mortecino, y amarillenta, y triste, y decían que por los baños pululaban los chaperos, como ángeles caídos sobre los azulejos. Los baños de las estaciones de autobuses siempre son sórdidos y sucios, un fracaso de la civilización, de la higiene y la convivencia. Yo no sé si había chaperos, aunque una vez en la puerta de aquella estación, siendo yo muy joven, un hombre con voz de serpiente y mirada afilada que fumaba Fortuna me propuso ir a pasarlo bien a un descampado cercano. Tenía viruelas y pústulas en la cara.

La nueva estación de autobuses de Oviedo es cómoda y reluciente, higiénica y apartada, lineal, todo sucede con brillo y fluidez, pero el espacio de aquella estación sumergida en los bajos de La Colmena era tan escaso que cada autobús tenía que hacer unas maniobras complicadísimas para salir. Era como estar en el interior de la Estrella de la Muerte. Yo tuve una novia que vivía en ese edificio y cuya habitación daba a la estación: recuerdo que vivir allí era convivir con el continuo terremoto mudo de los autobuses que entraban y salían constantemente y que solo se callaban durante la madrugada. Recuerdo aquellos amaneceres grises, de cielo asturiano de panza de burra, blanco como la leche, que eran anunciados por el rugido de los motores y los tubos de escape a través de los huecos de la persiana. Nosotros acabamos mal, todo era oscuro. Recuerdo mirar el mapa de las líneas de autobús que había en la pared de la cafetería de la estación y soñar con coger un autobús que me llevase muy lejos (había uno que llegaba hasta Pekín) o que me llevase por mucho tiempo. Un día lo cogí y me vine a Madrid.

El 1 de octubre del año 2001 metí un poco de ropa y algunos libros en una enorme mochila morada marca New Balance y cogí el ALSA Oviedo-Madrid de las nueve de la mañana. Estaba muy asustado porque ese día era el primer día del resto de mi vida, pero de verdad, porque mi vida iba a cambiar radicalmente a raíz de ese viaje, y la chica que viajaba sentada en el asiento contiguo iba llorando, lo que me parecía una premonición fúnebre.

Tenía ganas de irme a Madrid porque siempre había soñado con vivir en una gran ciudad de las que aparecían en el cine y la literatura, y aunque a veces intentaba imaginarme que Oviedo lo era, lo cierto es que Oviedo no daba para tanto. El alcalde plusmarquista y excéntrico del Partido Popular, Gabino de Lorenzo, había peatonalizado todo el centro y limpiado las calles, y la ciudad

empezó a ganar el premio Escoba de Oro, de Plata y de Platino a la ciudad más limpia, y también era muy limpia la burguesía ovetense con sus premios Príncipe de Asturias y su temporada de ópera en el Teatro Campoamor, así que yo quería algo de realismo sucio y no tanta placidez de capital de provincias. «La heroica ciudad dormía la siesta», comenzaba con sorna Leopoldo Alas Clarín su novela *La Regenta* refiriéndose a Vetusta, su trasunto de Oviedo, y, aunque a mí me gustan las siestas, buscaba mayores heroicidades asfálticas.

Además, las ciudades de ese tamaño no dan gran opción al paseante: en veinte minutos de caminata a buen ritmo la ciudad se acaba y empieza lo rural, que implica otro tipo de andadura, menos relacionada con la *flânerie* urbana de Baudelaire en el París decimonónico y más con las caminatas campestres de Thoreau. Ya decía la Enciclopedia Larousse del siglo XIX, como recoge Rebecca Solnit en *Wanderlust*, que el *flâneur* «solo puede existir en la gran ciudad, la metrópoli, ya que una ciudad de provincias ofrecería un escenario muy restringido para su vagabundeo». En realidad, lo más cosmopolita y crudo del apacible Oviedo era aquella estación de autobuses, tan asquerosa y suburbana que podría haber sido sacada del Nueva York de los años setenta, cuando la city entró en bancarrota y se llenó de bandas, delincuencia, drogas y basura. Como digo, al final acabaron construyendo una estación nueva e inmaculada en otro lugar, aunque no muy lejos, como si no hubiera salvación para aquel lugar humeante.

Cuando llegué a Madrid me hospedé en la pensión Rubio, que había encontrado a muy buen precio en internet (internet, como quien dice, acababa de popularizarse entonces entre el ciudadano de a pie), muy cerca de la plaza de Tirso de Molina, punto de reunión de borrachos y yonquis en los días laborables y de activistas de extrema izquierda, con sus puestos de parafernalia, los domingos de Rastro. En la pensión renté una habitación sin baño, de modo que tenía que hacer cola en el estrecho pasillo cuando quería hacer uso del inodoro, en una fila formada por personas de dudosa procedencia, como si aquel fuera un puerto mercante donde se reuniesen rudos marineros de los siete mares. Aquello me producía una mezcla de excitación romántica, de incontinencia urinaria y de miedo.

Lo primero que hice la primera noche en mi nueva ciudad, después de dejar mi escueto equipaje en mi cuarto (donde, me explicitaron, no podía recibir visitas), fue salir a pasear. Fue aquel el primer paseo de aquella nueva vida capitalina: caminé hasta la Puerta del Sol al anochecer, y de ahí subí por la populosa calle Preciados hasta la plaza de Callao, y me sorprendió que todo estuviese tan cerca y que hubiese tanta algarabía callejera por la noche. Es común que los recién llegados a Madrid piensen que hay unas distancias enormes entre las paradas de metro (razón que explicaría por qué hay metros y paradas), pero en realidad en la zona central de la ciudad las paradas están bastante próximas y se puede caminar sin demasiado esfuerzo entre ellas. Pero esto no lo entiende uno al llegar de la provincia, cuando piensa que todo es mastodóntico, así que toma el metro para trayectos absurdos, como el que hay entre Sol y Callao, a tiro de piedra por la

superficie. De alguna manera, el metro es el esqueleto de Madrid y los que aquí aterrizan conocen primero esa estructura ósea subterránea y luego le van poniendo encima la musculatura, como en los muñecos anatómicos que se usan en las escuelas. Se conoce el andamio de Madrid por abajo y luego se encajan las piezas por encima.

Sentía aquella noche una enorme separación entre el mundo y yo, como si el mundo fuera una bola de cristal llena de miedo y yo caminase en su centro, como un observador neutral de una realidad externa y completamente ajena a mí mismo. En verdad era una realidad totalmente ajena, porque yo no tenía en aquel lugar ni una raíz, ni un contacto, solo una habitación sin baño pagada en la (algo tétrica) pensión Rubio. Es la sensación que muchas veces he logrado tener después de largas jornadas de paseo, esa especie de estado de trance en el que uno pasea y pasea y se funde con el paseo pero se separa del mundo, porque el paseo, bien ejecutado, también tiene su parte de misticismo, de conexión con lo numinoso, de experiencia de lo inefable. Aquella primera noche entré en una franquicia de bocadillos, de esas que no había en Oviedo, y pedí un menú sobre una bandeja con mantelillo de papel: recuerdo que me sentía tan fuera de lugar, tan asustado, que al decirle al chaval con gorra que me atendía que quería Coca-Cola y patatas fritas me temblaba la voz. Al final me perdí en la Plaza Mayor, en cuya simetría aún no sabía orientarme.

Aunque durante aquellos meses y años pasaba algo de tiempo en la Facultad de Ciencias Físicas de la Universidad Complutense (porque cursar el segundo ciclo por la especialidad de Astrofísica era el verdadero motivo de mi viaje), la mayor parte del tiempo en Madrid me lo pasaba paseando, como el niño que pasa días jugando con los regalos que le han traído los Reyes Magos: la ciudad estaba nueva y había que empezar a darle buen uso. Esta era una ciudad que me acababan de regalar y en la que se podía caminar durante horas y horas y la ciudad no se acababa. Al contrario: la ciudad iba mutando, mostrando diferentes urbanismos y configuraciones, diferentes cielos y luces según la hora del día, y una diversidad infinita de personas procedentes de cualquier parte del mundo: «Madrid, rompeolas de todas las Españas», escribió Antonio Machado en tiempos muy anteriores a la globalización y a los grandes flujos de migración externa. Seguían rompiendo sus olas en Madrid todas las Españas y todos los mundos, y cada vez más fuerte era el oleaje.

La ciudad es el sitio donde ahora viven los seres humanos y donde vivirán en el futuro. Desde los inicios de la Revolución Industrial, en el siglo XVIII, la población fue creciendo y moviéndose del campo a la ciudad, donde se asentaban las industrias florecientes. En España durante el siglo XX se experimentó el llamado éxodo rural, que llevó a millones de personas a trasladarse a la urbe en busca de los nuevos trabajos, de una vida alejada de las miserias y los esfuerzos del campo, una vida moderna dentro de la sociedad de consumo, aunque cuando llegaron muchos descubrieron

que las miserias y los esfuerzos de la vida en poblados chabolistas, arrabales y cinturones industriales eran los mismos o peores que en el mundo rural.

La buena noticia del despoblamiento del campo, a pesar de que se abandonen pueblos encantadores, culturas tradicionales y maneras de vivir, es que la presión humana sobre el territorio será mucho menor: el planeta puede agradecer un respiro en la infección, carcoma cósmica, que somos. El célebre sociobiólogo Edward O. Wilson, gran estudioso de las hormigas, propone en su proyecto Half Earth que la mitad de la superficie terrestre se convierta en una reserva natural libre de actividades y presencia humanas para preservar la biodiversidad. A ver si sale.

La emigración del campo a la ciudad, además del vaciamiento del campo, es la responsable de que muchas personas de mi generación tuvieran un «pueblo» al que regresar los veranos, ese lugar donde se estaba en contacto con la vida rural, en mayor rozamiento con la naturaleza y los ciclos de la vida, en toda su hermosura y brutalidad, porque el campo es mucho más brutal que en la imagen roussoniana que podemos tener desde nuestros apartamentos ciudadanos. Era aquel el pueblo de los veranos, de la libertad y las primeras veces, donde todo el mundo se conocía, donde las familias eran extensas, y las redes de solidaridad más densas, y donde se practicaba la crianza compartida. Los hijos y los nietos de mi generación ya no tendrán pueblo al que regresar, solo coworkings. Yo nunca he tenido pueblo, pero me ha dicho un amigo campestre, el músico y «showman electrorrural» Rodrigo Cuevas, que este miedo que tengo al tiempo y a la muerte se atenúa cuando ves nacer y morir a las gallinas y a los burros y te das cuenta de que solo eres una parte irrelevante de la gran danza universal de la vida y de la muerte que baila el dios Shiva.

La emigración en el resto de Europa sucedió, como suele pasar, antes que en España, durante el siglo XIX, al calor explosivo de la Revolución Industrial. En esa época la población de Londres creció un 380 por ciento (de 1 a 3,8 millones de habitantes), la de Berlín un 765 por ciento y la de Nueva York un 2.000 por ciento. Las ciudades colapsaron y se hicieron insostenibles: había enfermedades, alcoholismo, hacinamiento, suicidios, locura... El mundo sórdido y oscuro de Jack el Destripador. Los proletarios se pudrían en los hiperpoblados barrios obreros y los burgueses trataban de no resultar invadidos por aquella turba. «A finales del siglo XIX, los gobiernos y el gran capital eran conscientes de que esta situación era incompatible con los objetivos del capitalismo monopolista. Por un lado, la ciudad era un caos funcional, y, por otro, un perfecto caldo de cultivo para el comunismo, lo que explica que su racionalización se planteara como una cuestión de Estado», explica el catedrático de arquitectura Carlos García Vázquez en *Teorías e historia de la ciudad contemporánea*. Esta situación insostenible de decadencia urbana es la que llevó a desarrollos racionales y planificados como el Plan Castro en Madrid (que creó barrios como Salamanca, Chamberí o Argüelles) o el Ensanche de Barcelona, de Ildefonso Cerdá.

Luego, en el siglo XX, también a base de migración, se construyó buena parte de la periferia de

grandes ciudades industriales como Bilbao, Barcelona o Madrid, acogiendo en las peores condiciones a las gentes del campo que iban llegando. Fue una época, la segunda mitad del siglo XX, en la que los gobiernos de corte socialdemócrata que levantaron el Estado del Bienestar tras las ruinas humeantes de la Segunda Guerra Mundial adoptaron las directrices de La Carta de Atenas, manifiesto urbanístico del IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna: el Estado se ponía al frente de un desarrollo urbano bien planeado y se ocupaba de alojar a la población, en unos años en los que había escasez de viviendas.

La vivienda era el factor prioritario al que todo lo demás en la ciudad se debía supeditar, mientras que la actividad se segregaba en varias zonas: para vivir, para circular, para trabajar y para dedicarse al ocio. En Reino Unido se levantan las *new towns*, en Francia las *villes nouvelles*, en España esos poblados y polígonos que exploraremos en la periferia obrera de la urbe. Eran modelos urbanísticos aplicables en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia, cosa que, como veremos, contribuyó a destruir notablemente el carácter de las ciudades y a crear existencias alienadas.

En España hemos sido emigrantes al exterior, como siempre se recuerda, pero también hemos sido emigrantes, y muchos, al propio interior, al interior del país y de nosotros mismos. Hoy cerca del 80 por ciento de la población española vive en ciudades, atrapada en la intensa red de acero, hormigón y cristal, bajo la boina de smog, y atrás se ha quedado la España Vacía, esa Siberia ibérica que popularizó el escritor Sergio del Molino, donde los pueblos se quedan primero sin la algarabía de los niños y luego completamente abandonados.

En el caso de mi Asturias natal se vivía, cuando yo me fui, otro tipo de éxodo, el de la juventud en busca de oportunidades, un éxodo que el entonces presidente regional calificó como una «leyenda urbana», pero que existió y que todavía existe, porque Asturias vive lo que llaman un «invierno demográfico», como si con solo esperar el tiempo suficiente fuese a llegar la primavera. La crisis también trajo un éxodo de la juventud española, sobrecualificada, hiperpreparada y sin expectativas, pero a las ciudades del extranjero, en lo que se conoce como «fuga de cerebros» y que deja una España también vacía, pero de talento.

Madrid, como tantas otras ciudades contemporáneas, quiere convertirse, o la quieren convertir, en una «ciudad global», término acuñado por la socióloga Saskia Sassen: uno de los importantes nodos de la red económica planetaria conectados por las autopistas de la información, una capital de la globalización donde tengan sede las más grandes empresas y las firmas más exclusivas y se atraiga a los congresos, al turismo, a los grandes eventos. Como la propia Sassen señala, la ciudad global tiene un alto coste social: no es la ciudad donde todos viviremos en armonía, sino tal vez todo lo contrario, presa de las crecientes desigualdades, de la gentrificación, de la turistificación.

En el futuro se plantea, además, el problema de las megaúrbes: cómo gestionar ciudades

mastodónticas, hiperpobladas, contaminadas, en las que, además, no se produce nada de lo que se necesita para vivir y todo hay que traerlo de fuera: es preciso traer agua, traer alimentos, traer productos de consumo, traer energía y combustible. Yo no sé muy bien qué hacemos los que vivimos en las ciudades más que mandar correos electrónicos y hacer llamadas telefónicas, celebrar reuniones y emitir informes, da la impresión de que el Producto Interior Bruto (PIB) de las ciudades se genera a golpe de clic, en un mundo de fantasía donde nada es tangible. Las ciudades del futuro serán ciudades que yo imagino distópicas, como en *Blade Runner*, neblinosas y violentas, rodeadas de miseria, sobrevoladas por artefactos voladores (ya sean coches o drones de Amazon que nos traen los libros), aunque, en vista del rumbo que tomamos, probablemente esa fealdad distópica se consiga enterrar bajo un colorido envoltorio apetecible e hipermoderno.

En los paseos por la ciudad gigantesca el recién llegado caminaba y caminaba y las calles se iban tendiendo frente a uno, como si algún Dios fuese inventando el mundo, la ciudad, a cada paso. Como en el videojuego Minecraft. O como los aborígenes australianos: sus *walkabouts* son una red de caminos que trazaron sobre la enorme isla-continente en tiempos ancestrales, una red de vías del cántico que teje la geografía con la historia y la creación del universo. A cada camino, que muchas veces cruzan territorios inhóspitos y desérticos, le corresponde un canto que va narrando las historias mitológicas de los lugares. Los aborígenes erran por el desierto durante una temporada de su adolescencia, a modo de rito de iniciación, y podría decirse que cuando los aborígenes caminan cantando van inventando el mundo, su mundo, parte a parte. Yo, como un aborigen (aunque en realidad era lo contrario, un recién llegado), canturreaba a modo de iniciación en mis paseos y el nuevo mundo, la ciudad, se iba levantando a mi paso, barrio a barrio.

También descubrí que la ciudad no es un territorio totalmente libre por el cual uno puede campar a sus anchas, discurrir con libre albedrío. Basta con mirar en Google Earth: desde arriba la ciudad se revela como el laberinto en el que viven las ratas de laboratorio que somos los ciudadanos. En la ciudad podemos transitar por las calles y por las plazas, pero la mayor parte de los espacios nos están vedados.

Desde el mapa de Google podemos ver con cierto detalle esos patios de luces de las casas de nuestros propios vecinos, los tejados de los otros edificios para los que no tenemos llave, las terrazas a las que no podemos acceder, las fincas cerradas a cal y canto, los jardines del palacio de Liria, propiedad de la Casa de Alba, las industrias químicas, los parques donde se aparcan los autobuses públicos, los espacios muertos, llenos de tierra y matojos, dentro de los rizados que hacen las autopistas, los centros logísticos desde donde se distribuyen los enormes contenedores que llegan en trenes de mercancías desde los puertos: nuestra única opción es caminar por los

espacios públicos que, por lo general, solo nos permiten avanzar o retroceder, subiendo o bajando la calle. Así, la ciudad es el roce continuo entre lo público y lo privado, el lugar donde se confrontan los intereses de unos y de otros, los espacios donde unos ganan y otros pierden. ¿Vida nocturna o descanso del vecindario? ¿Calles para coches o para peatones? ¿Terrazas en las aceras o paso libre al ciudadano? ¿Viviendas para especular o para vivir? ¿Una ciudad para turistas o para vecinos?

El urbanismo, de hecho, es concebido con frecuencia como la forma de lidiar en estos conflictos entre lo que es nuestro (si es que tenemos algo) y lo que es de todos, entre lo que los demás ven de nosotros y nuestra intimidad, oculta tras las paredes de nuestra casa. Antes de ser suelo urbano, el suelo que pisamos en una ciudad suele ser suelo rural, y lo primero que se hace al trazar una urbe es segregar lo que será espacio público, las calles, los parques, las plazas, los lugares donde nos encontraremos, circularemos y comerciaremos, y lo que será espacio privado, las parcelas donde se edificarán las viviendas y donde transcurrirán nuestros amores, nuestras siestas y nuestros mayores dramas vitales. A veces en estos procesos de urbanización, como hemos visto en tantos pueblos y ciudades españolas, se generan pingües beneficios para los corruptos locales.

La trama resultante de todos estos factores dirá mucho de cómo será la ciudad, de su vida interna y de su aspecto, organizada como las romanas en torno a dos grandes vías (el cardo y decumano), generada de forma casi caótica, con pequeñas callejuelas serpenteantes que difícilmente forman ángulos rectos y que muchas veces acaban en *cul-de-sac* (sucede en ciudades medievales como Toledo o Córdoba), o en trazado perfectamente ortogonal, en cuadrículas que recuerdan a las de las onzas de las tabletas de chocolate (como el caso de los ensanches del siglo XIX de Madrid y Barcelona).

Igual que mirar cada vez más allá en el espacio exterior es mirar cada vez más lejos en el pasado del Universo, pasear por una ciudad también es un viaje en el tiempo, pues a nuestro paso también se van mostrando los diferentes modelos de ciudad, como en un patchwork que el tiempo ha ido sedimentando, desde los intrincados cascos antiguos de piedra a los nuevos desarrollos urbanísticos de la periferia, formados, por lo general, por bloques clónicos y calles sin vida.

Y para conocer la ciudad es crucial recorrerla, vivirla, utilizarla, como señala Francesco Careri en su seminal libro *Walkscapes. El andar como práctica estética*: «En las facultades de arquitectura me di cuenta de que los estudiantes –es decir, la futura clase dirigente– lo saben todo acerca de la teoría urbana y los filósofos franceses se consideran expertos en ciudades y en espacio público, pero en realidad nunca han experimentado jugando a la pelota en la calle, encontrándose con los amigos en la plaza, haciendo el amor en un parque, entrando ilegalmente en un edificio industrial en ruinas, atravesando una favela, deteniéndose para pedir información a un transeúnte. ¿Qué clase de ciudad podrán producir estas personas que tienen miedo de andar?». »

Así le cogí el gusto a pasear por este collage urbano, sobre todo por la zona de Madrid que se llama popularmente la «almendra central», los barrios encerrados por el río Manzanares y la circunvalación de la M30, donde se supone que ocurre todo lo que tiene que ocurrir; o al menos eso era lo que yo, como recién llegado, pensaba entonces. Y es lo que todavía piensan muchos madrileños, de dentro y de fuera, y, definitivamente, la práctica totalidad de los turistas. Ahí, en el cogollo central madrileño, están la Gran Vía y la Puerta del Sol, Lavapiés y Malasaña, Chueca y La Latina, el barrio de Salamanca y Chamberí, el estadio Santiago Bernabéu y el Congreso de los Diputados: el Madrid que parece que importa si uno no mira más allá. En esos barrios me entretuve durante algunos años, paseando.

«Con supremo cariño y atención ha de estudiar y contemplar el que pasea las más pequeñas de las cosas vivas», escribió el escritor y ferviente paseador Robert Walser, que paseó toda su vida («Sin pasear estaría muerto», decía). Walser paseó mucho, tanto que un día de invierno de 1956 salió a caminar por el bosque que rodeaba el manicomio suizo de Herisau, donde pasó recluido sus últimos veintitrés años de vida, y nunca regresó. Pronto unos niños encontraron su cadáver entre los árboles, sobre la nieve, rígido.

En Madrid no nieva mucho, aunque alguna vez ha nevado, y es una ciudad fácilmente paseable, nadie muere perdido en el bosque, sino envenenado por la contaminación que va haciendo mella a lo largo de toda una vida. Su estructura radial, centralista, como España entera, hace que desde la posición más nuclear sea fácil desplazarse a cualquier sitio. El cogollo central es fácilmente recorrible a pie si uno tiene el tiempo y las ganas necesarias para caminar en este mundo hiperacelerado tan poco propicio al caminante. Madrid, su centro, tiene más de «población manchego», como dijo Paco Umbral, o Azorín, o Manuel Azaña, que de gran ciudad.

Madrid no rasca el cielo como Nueva York, no tiene la majestuosidad de París; incluso Barcelona, la segunda ciudad de España por población, me parece a mí más ciudad, más ancha, más alta, mejor construida, más ilustrada que Madrid, aunque haya gente que vaya en bañador y chanclas. Madrid ni siquiera tiene, se quejan los expertos en turismo, una «Marca Madrid», un hito arquitectónico como la torre Eiffel o el Empire State Building, ni siquiera un atributo que la caracterice y la diferencie del resto, como el diseño y la arquitectura barceloneses, no hay nada que identifique de un plumazo a Madrid y transmita en un instante su idiosincrasia al cerebro del futuro visitante.

El skyline madrileño es tan disperso que apenas puede llamarse skyline, aunque se empeñen en dibujarlo en la carrocería de los autobuses municipales. Ni siquiera tiene Madrid un Sena o un Támesis, como París o Londres, solo el humilde pero entrañable Manzanares, ni un paseo marítimo ni una bahía, tampoco ningún promontorio significativo desde donde apreciar el paisaje

urbano desde las alturas, como Atenas o Lisboa, porque Madrid tiende a la planitud, eso sí, una planitud a veces empinada (lo que tradicionalmente ha dificultado el paseo a pie o en bicicleta, por eso las bicicletas públicas tienen un motor eléctrico, para vencer la vagancia ciudadana). Pero en eso radica el infinito encanto de Madrid: en esa sencillez, en ese caos, esa complejidad, esa irresumibilidad, en esa cutrez, en ese desenfado, en ese aldeanismo universal, en ese casticismo, en ese amor por la buena vida, que se va acabando a base de emprendimiento, turistas, franquicias, desahucios y pensamiento positivo.

Los años fueron pasando (y lo siguen haciendo, implacablemente) y el centro de Madrid se me fue quedando pequeño, así que empecé a romper sus costuras con los pies, a recorrer lo que había fuera de sus fronteras, la *terra incognita* que se extendía más allá del río y de la M30, los lugares fundados por los obreros españoles llegados de más allá del campo, habitados luego por inmigrantes de otros continentes que trajeron otras pieles, otras lenguas, otras costumbres, los que antes eran pueblos independientes y fueron absorbidos por la urbe feroz, a los que solo se podía llegar cruzando puentes y que mostraban una ciudad diferente, desigual y aún más compleja que la que aparecía en las televisiones y la guías turísticas. Un Madrid no oculto pero sí más invisible por el que no se dejaban caer los visitantes.

Descubrí así que Madrid no era solo una ciudad, sino varias; de hecho, buena parte de la actual periferia de la capital es el resultado de la absorción a lo largo del tiempo de los pueblos colindantes: Vallecas, Carabanchel, Fuencarral, Hortaleza, Chamartín, etcétera, como si la ciudad fuera un monstruo cada vez más grande y hambriento o un cáncer descontrolado en mitad de la península ibérica. Una absorción diseñada por el franquismo para competir con otras capitales (Barcelona) y crear el llamado Gran Madrid, una ciudad digna de ser la capital imperial del dictador.

Caminando paso a paso, sin prisas cosmopolitas, descubrí que podía llegar a pie a lugares que ni siquiera parecían Madrid, a lugares de hermoso silencio, a calles que dan miedo, a parajes campestres en mitad del ubicuo hormigón: que todo el planeta podía caber en esta ciudad llena de rincones y personas que a veces parecían no existir. No había un solo Madrid, sino un Madrid dentro de la cabeza y la experiencia de cada persona, millones de madriles que muchas veces ni siquiera se solapaban por alguna de sus partes. Aquí viven y mueren millones de personas que nunca van a cruzarse ni a compartir espacios, porque cada uno vive en su propia ciudad y no siempre llegan a conocer los lugares donde viven los otros, ciudadanos lejanísimos en galaxias urbanas apartadas.

Descubrí el territorio físico y humano que resulta invisibilizado por el brillo eterno del centro. Que muchas personas de la periferia madrileña se identifican más con su barrio que con la ciudad

en su conjunto, y son más vallecanos o carabancheleros que madrileños. Incluso en el habla cotidiana de esos barrios es frecuente que se diga que se «sube», o se «baja», o se «va», o se «vuelve» de Madrid, como si Madrid, el Madrid de la Gran Vía y el parque del Retiro, fuera otra ciudad o incluso otro país. El llamado «barrionalismo»: no es extraño que alguno se identifique más fuertemente con el puñado de calles en las que sucede su vida, con esos vecinos con los que se topa cada día en el grasabar o en la panadería, que con un país entero, lleno de diferencias y distancias y gente extraña.

Uno de los grandes temas de este libro de paseos, tal vez el más grande, es la desigualdad. La que se da en las sociedades contemporáneas en general y también, sobre el plano de la ciudad, entre los barrios más ricos, por lo general situados al norte, y los barrios más pobres, situados al sur. Esto lo puede observar el viajero ya desde la entrada a la capital, cuando se aproxima por carretera: si uno llega por la autopista A6, la carretera de La Coruña (por donde yo me aproximaba en el ALSA desde Asturias), atraviesa la Sierra y los abiertos territorios boscosos, el aire fresco y limpio, la Casa de Campo, el monte del Pilar o el del Pardo, las urbanizaciones de chalets, muchas veces ocultos tras los frondosos setos verdes, a lo lejos los rascacielos de AZCA o las Cuatro Torres Business Area hasta entrar por un barrio bien como Moncloa, por donde vive el presidente del gobierno y se dispersan las facultades universitarias, hasta desembocar en la animada calle Princesa.

Sin embargo, si uno entra por las arterias del este y del sur (las carreteras de Valencia, Extremadura, Valencia o Toledo), la aproximación ocurre por territorios áridos, yesíferos y parduscos hasta atravesar los populosos barrios obreros de casas amontonadas, conglomerados de ladrillo y ropa tendida donde lo único verde son los toldos de los balcones, puro paisaje de extrarradio, hasta adentrarse en el centro sin demasiados hitos urbanísticos o arquitectónicos, como si en la ciudad confluyeran lo verde y lo amarillento, lo húmedo y lo seco, lo atlántico y lo mediterráneo. Lo pobre y lo rico.

No es solo una cuestión paisajística: la gente que vive al sur, la gente trabajadora, la gente inmigrante, la gente pobre, vive peor, se alimenta peor, sufre mayores tasas de desempleo, goza de peores servicios públicos, es más vulnerable ante los vaivenes económicos y es más frecuentemente desahuciada. Para colmo, como resultado de todo esto, y aunque resulte increíble, tiene una menor esperanza de vida, que se cifra en varios años comparada con los barrios más ricos. No solo se vive peor, sino que se vive menos.

Paradójicamente, en Madrid la desigualdad también se ha dado tradicionalmente en la inversión pública: en vez de gastar más dinero allí donde más falta hacía, se ha invertido siempre más dinero en las zonas más céntricas y más ricas, por aquello de dejar la ciudad chispeante y bonita para la foto de la postal. Se ha dado más a los que más tienen, ahondando así en la desigualdad social. Uno de los proyectos más característicos del gobierno de Manuela Carmena y Ahora

Madrid ha sido el de tratar de reequilibrar esta inversión, para que también se vean mejoras allí donde más se necesitan y donde, además, más votos recolectó este gobierno. Porque en la cuestión del voto la ciudad se partió por la justa mitad, las dos Españas, los dos madriles: en los distritos del norte ganó el Partido Popular, en los del sur, Ahora Madrid, sin excepción.

Aficionado a dar paseos y a escribirlos a mi regreso en mi perfil de Facebook, presenté la idea de pasear desde mi casa en el centro hasta todos los distritos de Madrid, por lejanos que fueran, a Maral Kekejian, la directora del festival cultural Veranos de la Villa, a quien visité en su despacho de la Plaza Mayor. Creado en tiempos del alcalde Tierno Galván, el festival trataba en los últimos años de descentralizar la cultura y llevarla en los meses de verano a todas las esquinas de la capital. Con el tiempo el festival se había convertido en algo elitista y exclusivo del centro, con sus conciertos de jazz y de flamenco mainstream, y ahora se trataba de volver a desaparramarlo sobre el mapa y hacerlo popular, en el sentido de hacerlo de la gente, combinando muestras de lo que podríamos llamar «alta cultura» con actividades más lúdicas y verbeneras.

Mi plan era caminar por los veintidós distritos de Madrid, durante el verano del año 2018, en pos de los eventos culturales que se celebraban en Veranos de la Villa: si se quería que el ciudadano conociese un poco mejor su ciudad... ¿qué sentido tenía que se viajase en metro, viendo solo la uniforme oscuridad del túnel? Kekejian, con un buen criterio que le agradezco, tuvo a bien incluir esta extraña actividad en el programa del festival y así comencé a recorrer la ciudad como un explorador selvático o como un viajero romántico del XIX, dispuesto a asombrarme con lo urbano y con lo cotidiano.

El nombre de la aventura fue Expedición Asfáltica, pero yo me autoproclamé en las redes sociales Paseador Oficial de la Villa, un cargo que, por el momento, no existe. Aunque en principio no me di cuenta, podría haber tomado el nombre de «Paseante», más común en el lenguaje popular, pero la palabra «Paseador» era un hallazgo afortunado: el paseante pasea por placer, pensé, pero el paseador pasea como trabajo o exploración, de forma sistemática. También descubrí, en un libro de Miguel Sánchez-Ostiz titulado *Peatón de Madrid*, la expresión del «oficio de paseante en corte», que, según cuenta el autor, se define en la tercera edición del Diccionario de la Lengua de 1971 como el «sujeto que no tiene oficio ni beneficio ni empleo» y que, al parecer, se usa en ocasiones (la usaba Baroja) para ironizar sobre las personas ociosas.

Aquellos textos se publicaron en la web del Ayuntamiento de Madrid y fueron impresos como pasquines para ser repartidos entre el público de los eventos de Veranos de la Villa. Y de aquellos paseos, aquellas notas, junto con otros paseos y textos que se fueron produciendo desde entonces, con otras lecturas, vivencias y todo tipo de anécdotas, surge este libro, que es un paseo por el territorio pero también por la memoria, la historia, el urbanismo o la propia biografía; y cuando

digo paseo también lo digo en el sentido narrativo: lleno de meandros, digresiones, salidas de tono y accidentes catastróficos, un collage como lo es la propia ciudad y la gente que vive en ella. Un libro-ciudad que trata de demostrar lo obvio: que la ciudad es infinita. Este libro, afortunadamente, no.

1

El distrito Centro del Universo entero

Durante algunos años, al poco de instalarme en Madrid, viví muy cerca de la plaza de Callao, en unas calles cercanas al Senado que, a pesar de estar en mitad de toda la pomada centralina, ofrecían la tranquilidad de una aldea. Algunas tardes me asomaba al balcón y observaba cómo el viento mecía suavemente las ramas de los árboles y casi podía oír el roce de las hojas; a veces pasaban los señores senadores, nunca demasiado ajetreados, qué delicia. En la esquina de abajo había un famoso restaurante de buey a la piedra, y en la otra esquina otro célebre por su cocido de tres vuelcos, delante del cual los fines de semana se formaban colas de turistas y gentes de buen comer.

Al anoecer, algunas veces, bajaba a la plaza de Oriente, donde alguien dejó caer desde el espacio exterior el Palacio Real como un mastodóntico ladrillo (más que real, hiperreal), y miraba, sentado en la hierba del parque, rodeado de turistas y parejas acarameladas, el sol ya domesticado poniéndose al oeste por la Casa de Campo. El cielo vespertino se teñía de esos tonos anaranjados y violáceos que solo adopta con esa intensidad en Madrid: el cielo de Madrid es un monumento más o, tal vez, el monumento mayor, igual que la piel es el mayor órgano del cuerpo humano. Descubrí la palabra «arrebol», caída en desuso, que denota precisamente ese color rojizo que adquieren las nubes del oeste al atardecer. Mi corazón estaba herido de tanta belleza.

En aquel piso de la calle Guillermo Rolland éramos tres habitantes fijos, los que serían mis primeros amigos en la ciudad, y una habitación rotante por la que pasaron decenas de personas de toda clase, raza, condición, género y nacionalidad: el mundo de los pisos compartidos tenía su gracia, porque tenían algo de Organización de las Naciones Unidas o, mejor dicho, de albergue internacional (yo cogí fluidez en mi inglés sin salir de la cocina de mi propia casa).

Ahora, sin embargo, la cosa está complicada porque algunos pretenden que compartamos piso hasta que seamos ancianos: lo llaman *coliving*, para darle la habitual pátina de *coolness* a lo precario. Lo que experimenté al vivir en un lugar tan céntrico de la capital fue, primero, cierta fascinación, porque todo lo que ocurría en el mundo ocurría allí (las noticias en el Congreso, los anuncios por la Gran Vía, las películas españolas por el Madrid de los Austrias, las encuestas callejeras de la tele por la calle Preciados, las últimas transformaciones culturales y urbanas por Lavapiés o Malasaña). Luego, cierta sensación de claustrofobia precisamente por la misma razón: porque parecía no haber un afuera.

Entonces los distritos aún no estaban de moda, como luego los puso el Ayuntamiento de Ahora

Madrid, y el resto del Universo constituía la Provincia: Callao era el eje central desde el que todo se irradiaba. Tanto es así que cuando se iba celebrar la boda real entre Felipe & Letizia vinieron unos agentes policiales casa por casa a pedirnos la documentación y a comprobar nuestro pelaje. Se empezaron a ver armas largas por las calles, como si fuéramos los rehenes de un ejército de ocupación, mirando los fusiles mientras lamíamos helado de chocolate.

El día del fasto, 22 de mayo de 2004, no pude regresar a mi hogar desde un after hours malasañero porque tenían las calles cortadas para que pasaran los novios. Cuando intenté cruzar la Gran Vía, con los ojos enrojecidos y el paso errático del *hardnighter*, un agente de la Policía Nacional me echó el alto y me hizo dar media vuelta: por allí iba a pasar la comitiva nupcial y, de hecho, los monárquicos y los curiosos ya empezaban a coger los mejores sitios junto a las vallas. Nadie podía pasar. Si no podía ir a mi casa, ¿dónde demonios se supone que tenía que ir? ¿Por qué la dinastía borbónica me obligaba a seguir de fiesta? Tranquis: me volví a reenganchar en el after con unos desconocidos y pasamos juntos a una nueva dimensión. En casa de una tal Andrea Julia, joven de nombre novelesco, vimos el evento por la tele. Son cosas que pasan en el distrito Centro de Madrid.

Ahora sobrevivo en Lavapiés, que, estrictamente, es distrito Centro, pero que tiene un carácter mucho más barrial y menos céntrico, o eso se pretende. Desde aquí comienzo a pasear, y es un buen comienzo para cada itinerario porque, dada su situación geográfica, equidista de todas las esquinas del centro y de todas las periferias; su comunicación es muy buena porque Madrid es radial, como las ruedas y como el sol.

Nada más salir de casa veo el Carrefour de Lavapiés, el primer supermercado de España en abrir las veinticuatro horas y que considero también uno de los centros del Universo conocido. Sus horarios, tan amplios que no pueden serlo más, nos dicen mucho de los estilos de vida que se van imponiendo: jornadas laborales interminables o desestructuradas y una sociedad siempre encendida, siempre online, a cualquier hora del día o de la noche. Aunque una de las grandes ventajas de estos horarios sería comprar cerveza a cualquier hora, por las noches está prohibido, con lo cual tampoco el bienestar social crece en demasía. Una vez me levanté, me asomé al balcón, y vi que la verja del Carrefour de Lavapiés estaba cerrada, cosa extrañísima en un sitio famoso por abrir siempre. Inferí que nos encontrábamos amenazados por una guerra nuclear o una invasión extraterrestre, y sentí miedo, como cuando derribaron las Torres Gemelas con aviones. Eso no era normal: estaba acostumbrado a acostarme con el Carrefour abierto y despertarme con el Carrefour abierto. Pero resulta que era Primero de Mayo, el Día del Trabajo. Todavía se respetan algunas cosas.

El Carrefour de Lavapiés es también un Gran Teatro del Mundo donde yo observo a la gente y

me voy dando cuenta de cómo cambian las cosas en este planeta y en esta ciudad, hasta el absurdo. Cuando llegué a Lavapiés este era un supermercado normal, bastante feo, de azulejos blancos, como el vestuario de un presidio: en su enorme hilera de cajas estaba la gente aleatoria, el fruto de millones de años de evolución biológica, las señoras, la inmigración, etcétera. Ahora el Carrefour de Lavapiés está hiperdiseñado, como el mundo en general, y hay sección ecológica y cosmética, gran cuidado con el glutamato monosódico y los alérgenos, una pequeña cafetería y hasta una barra de sushi hecho allí mismo por un *sushiman* oriental, preciso como un ninja. Por supuesto, hay wifi gratis.

En la composición social de la clientela del Carrefour de Lavapiés, abierto las veinticuatro horas, se observa la composición social de la ciudad: los turistas que compran pizza congelada y cereales para el desayuno, los hipsters recién aterrizados en este barrio que la revista internacional *Time Out* considera el más *cool* del mundo, los restos de la población anterior (las señoras que, como digo, son las que dan legitimidad a un barrio), los jóvenes profesionales urbanos que se han acercado a la zona al calor de su nueva molonitud, más usuarios que vecinos. En el supermercado, en cualquier supermercado, se experimenta lo que Marx llamó el fetichismo de la mercancía, eso de admirar un objeto sin pensar ni por un solo momento quién lo ha fabricado, ni cómo, ni dónde, ni de qué manera ha llegado hasta aquí, hasta nuestras manos. Ahora a eso lo llaman «trazabilidad», que suena menos misterioso y atávico.

En el supermercado se ve plástico y cartón coloreado, y ya plastifican hasta los trozos de sandía cortada, y buena parte de ese plástico, después de usado un instante, se va al mar y forma enormes islas en la mitad más desierta de los océanos y se lo comen las tortugas o se lo come usted cuando se come un pescado al horno plagado de microplásticos. En el Carrefour de Lavapiés se ve la furia inmobiliaria y los problemas ecológicos y sociales, por eso yo voy al Carrefour a Lavapiés a mirar la realidad en estado puro, y después a pasar por caja. Hay una cajera de aspecto punk, con media cabeza rapada y piercings y tatuaje, pero esas cosas ya están bien vistas por las empresas, no como antes, cuando las rastas o un pendiente en la nariz te alejaban de cualquier puesto de trabajo como Dios manda, exceptuando el de dependiente cultureta de la Fnac. Otra de las cajeras se parece a la joven Madonna Ciccone, y siempre me da vergüenza que vea las cosas que compro, porque en la compra de cada uno se puede leer su alma, igual que en su basura.

Fuera, en Lavapiés, el rumor de las terrazas de la calle Argumosa resuena en la lejanía: hay quien ha llamado a esta calle puerto o costa de Argumosa, de manera pelín cursi, porque en tiempos menos gentrificados se podían encontrar personas de todo el mundo, como en un frenético pueblo costero, como en el Nantucket de *Moby Dick*, del que ya hablaremos luego. Lo cierto es que el desnivel que subyace al barrio de Lavapiés, desde la calle Santa Isabel, arriba, hasta la Costa de Argumosa, abajo, bien podría ser la fuerte inclinación propia de algunos puertos de

pescadores, de Lastres o de Cudillero, en la costa asturiana. Yo a veces bajo por ahí y me da la impresión de que puedo oír el mar detrás de los edificios y de que hay cierta brisa que me revuelve el pelo, y de que huele muy fuerte al agua estancada del puerto, como a genital sucio. Temo que aparezca una brutal galerna, de esas que surgen en cuestión de minutos y se tragan barcos y marineros, terrazas y bicicletas, y se lleve la mitad del barrio a las profundidades del infierno. Las calles son estrechas y serpentean entre los edificios pintados con colores pastel alternos, llenos de esos balcones tan propios de arquitectura normal y corriente del viejo Madrid, balcones ahora decorados con maniqués, bicicletas plegables o banderas y pancartas con consignas políticas y sociales. Si uno mira al frente, allí donde debería estar el horizonte rectísimo que une el cielo y el mar, en realidad se ve el skyline del barrio de Aluche o así, muy lejos, un poco ennegrecido por esa eterna capa de smog que cubre la ciudad, la famosa boina de contaminación, que nos va a matar a todos como no la disuelvan (ahora lo andan intentando, regulando el tráfico: así debe ser el futuro).

En Lavapiés los arcanos se descifran en los tatuajes de las muchachas que bajan esa pronunciada cuesta que separa el barrio del resto del planeta, por la que antes caían tres arroyos que venían a juntarse en la plaza de Lavapiés: es notable cómo la geografía anterior de este suelo que ahora llamamos ciudad influye en la misma. Hoy en día, en que todo es asfalto, ladrillo, hormigón, acero y cristal, todavía se puede seguir el curso de los arroyos que caían por las calles Lavapiés, Olivar y Ave María, y que daban al supermercado abierto veinticuatro horas. Siempre pensé que esta cuesta rompepiernas protegería al barrio del mundo exterior, como un abismo insalvable, que lo salvaguardaría de los horribles procesos de gentrificación y turistificación que azotan las ciudades de todo el mundo, pero la falsa modernidad *cool* y los turistas acabaron por llegar, cuesta abajo, a lugares que antes no pisaban ni por asomo.

Ahora el sonido de los ruedines de las maletas trolley, aquí y allá, arrastradas por turistas anglosajones o centroeuropeos en pos de su piso de Airbnb, es la banda sonora de la colorida destrucción de la ciudad tal y como la conocemos, de la conversión de la ciudad en un lugar para hacer negocios en vez de un lugar para vivir en comunidad. Al pasar por la plaza de Lavapiés nunca puedo evitar mirar con cierta ojeriza a esos jóvenes trajeados, con sus tupés modernos tipo Cristiano Ronaldo y sus chaquetas entalladas, que trabajan en la agencia inmobiliaria, probablemente muy contentos porque la cosa está muy bien para invertir.

Frente a la agencia, en la plaza misma, se reúne esa inmigración que tanta fama ha dado a este barrio como hito de la multiculturalidad. Los bengalíes (son de Bangladesh) regentan sus restaurantes con baratísimos menús de tikka masala y samosa vegetal y sus tiendas de alimentación de las que manan incansables las cervezas y las patatas fritas. Chinos quedan pocos, porque la regulación del tráfico en el barrio no les dejó meter los camiones de carga y descarga a sus tiendas al por mayor: optaron por irse a Cobo Calleja, el polígono industrial chino de

Fuenlabrada, dejando un montón de locales vacíos ahora utilizados en actividades gentrificadoras. Los africanos toman el fresco en la plaza, es algo muy africano eso de estar en la calle tomando el fresco y hablando con cualquiera sobre cualquier cosa, como si la charla distendida fuera una de las bellas artes. Algunos te miran fijamente a los ojos y te ofrecen aromas de otro mundo.

Muchos de los que llegan van a la cárcel sin cometer ningún delito (estas cárceles se llaman Centros de Internamiento de Extranjeros, CIE, como el que hay en Madrid en el barrio de Aluche, y alrededor del cual voy a pasear) y los que consiguen salir de allí o no ser interceptados son estos, estos que veo en la plaza de Lavapiés a diario, buscándose la vida, viviendo en pisos hacinados, viviendo del top manta y escapando de la policía que les espanta como si fueran palomas: al parecer suponen una amenaza gravísima para el pequeño comercio. Hasta el momento no se ha visto a los policías espantar a las franquicias multinacionales de fast food o de ropa barata fabricada con mano semiesclava en el sudeste asiático, se conoce que no son tan peligrosos para el comercio tradicional como los manteros, tal es el poderío comercial de estos pobres africanos.

Un día de marzo de 2018 el mantero senegalés Mame Mbaye sufrió un infarto mientras huía de la policía por una calle de Lavapiés, frente al número 10 de la calle del Oso, muy cerca de la antigua plaza de Cabestreros, hoy renombrada como Nelson Mandela. La indignación fue grande y el barrio ardió en disturbios nocturnos: estas calles abrieron el telediario durante varios días. Ahora en un bar de la calle Embajadores, El Rincón Guay, una pieza de arte urbano recuerda la figura de este mantero. Coronando un colorido retrato se lee «Luchando por la vida/visa». Mbaye, senegalés de treinta y cinco años, había llegado a España en patera, por Tenerife, más de diez años antes del día de su muerte y aún no había conseguido sus papeles.

La inmigración extranjera comenzó a llegar a Lavapiés a finales del siglo XX, en lo que fue la penúltima mutación del barrio. Lavapiés había sido judería, barrio castizo de manolos y manolas plagado de corralas donde las clases trabajadoras compartían el baño y el chorizo del cocido (cada mujer lo metía un rato en su potaje), también un barrio degradado y deprimido donde había miedo a la delincuencia, a las peleas entre diferentes etnias, a los atracos nocturnos o a un grupo de chavales magrebíes que se reunían en la plaza de Cabestreros y que esnifaban química: la banda del pegamento.

Cuando yo llegué a Madrid había gente a la que le daba miedo este barrio; cuando recibía visitas e íbamos a las terrazas mis invitados siempre agarraban bien sus objetos personales por miedo a que les robasen y, por supuesto, nadie estaba dispuesto a comprar o arrendar un piso en estas calles. Ahora los precios están por las nubes y, además de los turistas, comienza a verse gente por el barrio que hace unos años no hubiera pisado estas aceras ni a punta de pistola (porque creían que en el barrio, precisamente, les iban a poner una pistola en la cabeza). Ya tengo escrito por ahí que igual un poco de delincuencia es necesaria para moderar la burbuja

inmobiliaria rampante: un tirón de bolso, unas peleas callejeras, unos disturbios, un sindicato del crimen para espantar a los especuladores, que hacen más daño que los manteros.

A un amigo mío escritor que bajaba una noche algo borracho por el barrio, uno de estos críos se le subió al cuello y, cual Mr. Spock, le pinzó en ese punto de la clavícula que hace que caigas inconsciente en el acto. Lo siguiente que vio mi amigo fue a un vecino dándole bofetadas, pero para despertarle. El chaval le había robado la cartera, él se había meado encima y, por suerte, no le habían dejado sin pantalones. Aun así, no creo que la peligrosidad del barrio fuera mayor que en otras zonas como los alrededores de la Gran Vía, por ejemplo; eso sí, en base a esta sensación de inseguridad se implantaron una buena cantidad de cámaras de vigilancia que fueron criticadas por la parte más combativa del vecindario.

Y la parte más combativa es mucha, porque otra de las características de este sitio es su tradicional carácter político. Subiendo por la calle Zurita se encuentra el Teatro del Barrio, antigua sala Triángulo, un espacio cooperativo en el que en 2015 se presentó un nuevo partido encabezado por un joven profesor universitario de izquierdas, con coleta, que se había hecho famoso como hábil tribuno de la plebe en tertulias televisivas: aquel hombre era Pablo Iglesias y aquel partido era Podemos. El panorama político nunca sería el mismo. El partido se había gestado en aquellas calles, había tenido su primera sede en la misma calle Zurita, empinada como en un pueblo pesquero, y muy cerca estaba la librería de carácter político La Marabunta, ahora cerrada, donde los miembros fundadores se reunían a debatir. La cuestión política lavapiesera, sin embargo, no empezaba con el partido morado, sino que se puede rastrear algunos años atrás, cuando se establecieron en el barrio diferentes colectivos de izquierdas, ONG y se vivió una explosión del movimiento okupa, con centros tan importantes como el Centro Social Minuesa (ahora el solar lo ocupa, curiosamente, una comisaría) o las tres sedes de El Laboratorio.

Subiendo a la plaza de Tirso de Molina, donde yo primero me hospedé en Madrid, mientras alrededor construyen flamantes apartamentos de lujo, los miembros de una ONG reparten gazpacho de bote y café con leche a los pobres de la plaza, que suelen reunirse aquí a pasar la vida. Huele a naranja, pero no a azahar como en Granada: es el repartidor precario que ha dejado la bici, se sienta en el suelo caliente y rellena su boca de gajos. El jugo se derrama por su cuidada perilla. Está lleno Madrid ahora de estos jornaleros del carbohidrato, es difícil no verlos con una gran mochila cúbica y fosforita a la espalda en la que llevan los manjares contemporáneos que la gente quiere comer en su casa, mientras ve series de Netflix.

La gente se ha atrincherado en sus casas a comer y a ver Netflix y HBO y Filmin y cuando quieran volver a salir ya será demasiado tarde: no cabrán por la puerta y tendrán que quedarse para siempre, como los *hikikomori* japoneses, viendo la tele y jugando al Candy Crush. Mientras,

las empresas de reparto *cool* seguirán extendiendo la creciente precariedad laboral sobre dos ruedas, llueva o nieve. Mientras, nosotros nos creemos millonarios, yendo en Uber, mientras no podemos alquilar pisos o formar familias y el futuro se derrumba.

Si uno continúa culebreando por las calles del centro, esquivando a los repartidores de comida, va escuchando cosas:

«En Madrid hay nueve meses de invierno y tres de infierno».

«Cuando entras en la basílica [de San Miguel] estás en territorio vaticano, cuando sales de la basílica estás en Madrid: es cuestión de un paso.»

«Los gatos no abundan: son los ciudadanos que tienen los cuatro abuelos de Madrid.»

Son los retazos de sabiduría que se desprenden de las visitas guiadas que pululan por la zona, los rebaños fluorescentes ávidos de conocimiento. Aquí se solapan dos realidades paralelas: la de los visitantes que miran cosas y la de los que estamos trabajando, aunque no lo parezca; dos usos diferentes que se superponen a un mismo espacio, a una misma ciudad. Caminando lo suficiente por estas calles uno puede componer la historia completa de Madrid a base de estas cápsulas de información que van naufragando en los oídos desde la boca de los guías turísticos que levantan un paraguas hacia el cielo. Porque ahora la historia aquí, y en buena parte del mundo, es el turismo.

El turismo está bien: genera ingresos para algunos (aunque la parte gorda se la llevan franquicias, fondos de inversión, grandes empresas hoteleras que explotan a las limpiadoras) y le confiere a la ciudad cierto aire cosmopolita, con nuevos rostros y nuevas voces venidas de otros confines. Los turistas me hacen pensar que hay algo valioso en lugares y perspectivas que yo ya nunca contemplo, porque las tengo muy vistas a base de rutina. Es curioso cómo cuando uno tiene que enseñar la ciudad a una visita ve la ciudad con ojos nuevos, como si la viera a través de la persona a la que se la está enseñando.

El problema está en el turismo hipertrofiado, que es lo que se nos viene encima: están echando a vecinos y a amigos de donde vivían para poner pisos turísticos, y así la ciudad se convierte en una cáscara vacía, en un decorado de cartón piedra dedicado a la pura representación de la vida en vez de a la vida pura. El horror que ha asolado el centro de Barcelona. En Lavapiés, pero también en el resto del distrito Centro, ya hay varios bloques de edificios que han sido comprados por grandes capitales, fondos de inversión que ya poseen la mayor parte de las viviendas del mundo, verdaderos imperios del ladrillo como Blackstone, para poner sus pisos de alquiler turístico (algo así como un hotel informal) o sus pisos de lujo, expulsando a los «bichos» (así llaman ellos a los inquilinos que se encuentran) que tienen dentro.

Ese es el germen de la gentrificación. Aunque empezó por tratarse en suplementos de tendencias y no en secciones de Economía, es un asunto básicamente inmobiliario: se trata de aprovechar lo que el geógrafo Neil Smith (uno de los pioneros del estudio de estos procesos, en su caso en el

Lower East Side de Manhattan, en torno a Tompkins Square) llama la «diferencia potencial de renta», es decir, el comprar barato y vender caro de toda la vida. Los barrios gentrificados son primero barrios deprimidos, abandonados por las administraciones públicas, en los que lo inmobiliario es barato: de ahí que la inversión privada en comandita muchas veces con lo público consiga levantar los precios y sacar tajada. Todo ello en nombre de la modernidad y el progreso.

En una ocasión, el 22 de febrero de 2019, día de la infamia, asistí al que podría ser el mayor desahucio del mundo, en la calle Argumosa 11. Cuando me desperté la policía ya estaba allí: desde las dos de la madrugada la calle estaba en estado de sitio, tomada por un despliegue militar, más de diez lecheras y trepientos agentes que impedían el paso a vehículos y vecinos, parecía un ejército de ocupación reflejando sus luces azules en las fachadas de la calle. Todo a mayor gloria de la especulación inmobiliaria. Concretamente, de la empresa especuladora que iba a echar a mis vecinas Rosi, Pepi, Juani, Mayra y sus familias después de varios intentos infructuosos parados por las asociaciones por el derecho a la vivienda.

Bajé a las 6.30 de la mañana, antes que el sol, y había un pequeño grupo de activistas con la legaña puesta. Dentro del edificio había otros tantos dispuestos a resistir, entre ellas las famosas cascos azules de Lavapiés. Algunos se asomaban por la ventana. Hacía mucho frío.

–Estamos asistiendo a algo inaudito –me dijo Ana, portavoz de Bloques en Lucha–. Tres juzgados se han puesto de acuerdo en cuarenta y ocho horas para emitir tres autos idénticos.

Algo allí olía mal.

Amaneció y llegó más gente, y más policía. Un helicóptero comenzaba a sobrevolar el barrio. Había representantes políticos: los diputados Rafa Mayoral y Alberto Rodríguez, el concejal Carlos Sánchez Mato. Sin embargo, ni el Estado ni la Comunidad ni el Ayuntamiento habían evitado este drama, ni ofrecido alternativa habitacional. ¿Por qué la alcaldesa Manuela Carmena no traía sus deliciosas magdalenas a estas cuatro familias? Los jueces se pasaron por el forro las repetidas indicaciones de la ONU para detener estos desahucios. Habían enviado a la Policía Nacional a Lavapiés para defender el dinero por encima de los Derechos Humanos.

–Es un dispositivo policial sin precedentes –contó a los medios que allí nos reunimos Alejandra Jacinto, abogada de la PAH, el Sindicato de Inquilinas e Inquilinos y las familias– y una vulneración flagrante de los Derechos Humanos. Investigaremos hasta qué punto un fondo de inversión como la empresa Proindivisos es capaz de orquestar una operación como esta, nunca vista en la historia del derecho a la vivienda. Tendrá sanciones por parte de la ONU.

Los policías se colocaron los cascos de Robocop. Llegaron la ambulancia, los mediadores, el Samur Social. Se me pusieron los pelos como escarpías cuando vi, por el hueco que dejaban las furgonetas, el brutal ariete para derribar puertas, las enormes cizallas. Los agentes entraron a lo burro, rompiendo la puerta de cristal del portal. Hubo forcejeos y al menos seis detenidos entre los activistas que resisten dentro del portal.

Me subí a casa a escribir esto con las manos aún temblorosas de la indignación. La gentrificación, más allá del cupcake, es esto: la lucha de clases en el territorio urbano. Los ricos vinieron a esta calle a echar de su hogar a los pobres, ancianos, enfermos y a un bebé de un mes. Así es de demagógica la realidad. Quieren subir las rentas un 300 por ciento. Quieren poner pisos de lujo y alquiler turístico. Me pregunto si a los nuevos inquilinos adinerados les explicarán que aquí han sucedido estos desahucios infames, como cuando en un inmueble sucede un asesinato y queda el fantasma. Volví a mi casa y allí, asomado al balcón, mirando a la poca gente que quedaba reunida tras el desahucio, me pregunté adónde irían Pepi, Rosi, Juani, Mayra y sus familias.

Esto es un atropello que las administraciones públicas tienen que parar para garantizar el derecho a la vivienda y el derecho a la ciudad (del que escribió Henri Lefebvre y, más recientemente, David Harvey): algunas de estas administraciones quieren, pero dicen que no pueden solas. Otras, directamente, no están muy por la labor: «Así es el mercado, estúpido». El Sindicato de Inquilinas e Inquilinos y la plataforma Bloques en Lucha surgidos recientemente en Madrid trabajan sobre estos asuntos, y ya han conseguido parar algunos desahucios relacionados con la subida del precio del alquiler, que son los que ahora abundan: los desahucios invisibles. El gobierno todavía no se ha atrevido a meterle mano a la regulación de los precios para asegurar el derecho a la vivienda antes que el derecho a la especulación inmobiliaria. Con las cosas de vivir, habría que decirles a los buitres especuladores, no se juega.

Tras pasar por la Puerta del Sol, donde viven los muñecos Dora la Exploradora y Bob Esponja con los que se fotografía el transeúnte (una vez tuvieron una pelea entre ellos que salió en los periódicos), se sube por la calle Preciados, una de las calles comerciales con el metro cuadrado más elevado de España y del mundo, siempre rellena de un compacto fluido de carne y de hueso, de mendigos, carteristas y predicadores callejeros de ONG, se llega a Callao y ya se está ante la Gran Vía, la principal, aunque no demasiado larga, calle de la ciudad. Cuenta Paco Umbral en su *Trilogía de Madrid* que cuando desembarcó en la capital (y en el Café Gijón), a principios de los años sesenta, la Gran Vía, sus traseras y alrededores, olían a arroz a la cubana. Hoy, según por qué sitio, huelen a nuggets de pollo.

La Gran Vía se empezó a construir en 1910 como una forma de tener un eje de comunicación que transcurriese de este a oeste, de igual modo que la Castellana transcurre de norte a sur, como una forma de conectar de manera directa los barrios de Salamanca y Argüelles y descongestionar la Puerta del Sol. Para su construcción fue preciso derribar un montón de edificios y acabar con un montón de estrechas callejuelas. La cosa, por supuesto, no estuvo exenta de polémica: tanto es así que los famosos compositores Federico Chueca y Joaquín Valverde le dedicaron al conflicto

urbano una de las zarzuelas más populares de la época y de la historia: *La Gran Vía*. En esta pieza los diferentes actores y actrices representan a las diferentes calles de la zona (y a Doña Municipalidad) y expresan cantando sus posturas respecto a la gran reforma que se les venía encima. A Friedrich Nietzsche le gustó.

Sea como fuere, Alfonso XIII puso la primera piedra de la Gran Vía en su confluencia con la calle de Alcalá y empezaron las obras, que duraron varios años. La Gran Vía son dos hileras de edificios hermosos, en los que abunda el estilo Chicago, muchos de ellos coronados por cúpulas o esas estatuas de personajes mitológicos que habitan los tejados de Madrid y en las que poca gente repara. Una de las vistas más conocidas es el edificio Metrópolis, retratado por Antonio López, o el célebre anuncio luminoso de Schweppes en el edificio Capitol, eterno coloreador de la noche madrileña.

Mirando las señoriales fachadas de la Gran Vía se da uno cuenta de la fugacidad de la vida humana en comparación con los largos ciclos de las ciudades: la Gran Vía se ve igual en las fotos de la Segunda República y en las de la Guerra Civil, igual en las del franquismo, la Transición o las huelgas generales de los años ochenta, al menos de entresuelo para arriba, claro. Los que vamos cambiando somos los habitantes, porque estamos hechos de materia fugaz.

Los procesos de turistificación y gentrificación no llegan solos sino acompañados de otros de globalización homogeneizadora que se percibe muy bien en las calles principales de las ciudades, que ahora son siempre la misma calle, con las mismas franquicias textiles y los mismos fast foods, ya sean los Campos Elíseos parisinos o la calle Uría en Oviedo, con esa monotonía que decían había en la Unión Soviética, pero de colorines. El arquitecto Rem Koolhaas llamó a esta uniformización de las urbes la «ciudad genérica», siempre igual, siempre la misma, con sus centros de arte moderno, sus calles con encanto, sus grandes superficies comerciales, vayas donde vayas. ¿Para qué viajar si todo es lo mismo, el mismo Starbucks, el mismo H&M, el mismo Zara?

De entresuelo para abajo, es decir, a pie de acera, la Gran Vía sí que ha cambiado a lo largo de los años. Lo que era una calle plagada de cines y cafetones ahora es el hogar de los locales antes mencionados que se pueden encontrar en cualquier rincón del planeta, que despachan comida de dudosa calidad y ropa de dudosa procedencia, en muchas ocasiones fabricada con mano de obra semiesclava en los otros confines del mundo, donde los derechos laborales aún son cosa de ciencia ficción: así nosotros nos aprovechamos de los más débiles comprando más barato mientras otros se hacen ricos y se convierten, paradójicamente, en ejemplos de emprendimiento a seguir por las masas competitivas.

Un ejemplo de la colonización de la Gran Vía por las grandes marcas y sus *flagship stores* es el enorme establecimiento de Primark, donde la ropa es tan barata que casi te pagan por llevártela y delante del cual se forman frecuentes colas de gente ávida de trapos de saldo. No muy lejos se apostan los jevis de Gran Vía, una pareja de hermanos, jevis de libro, llenos de parches, con

mallas y cinturones de balas, que llevan plantados en un punto muy concreto de la calle hace varios años, en protesta por el cierre de la tienda de discos Madrid Rock, local en el que ahora, claro está, hay otra franquicia de ropa barata. Los jevis, entrañables seres de otro tiempo, son ya casi un atractivo turístico más de la Gran Vía, siempre bebiendo su botella de dos litros de Coca-Cola y atendiendo a sus numerosos fans, casi el último toque de humanidad en las aceras de lo que podríamos llamar una calle global.

Subiendo por la peatonalizada calle Fuencarral, una vez epítome de la modernidad, donde había pequeñas tiendas de ropa para drag queens, siniestros o skaters, ahora se reproducen también esas marcas clónicas que se encuentran en las calles principales de Oviedo, Málaga o Burgos, cosa que está muy bien, aunque a una gran capital, a una «ciudad global», se le presupone, digo yo, un hecho diferencial, huir de lo «genérico», aunque solo sea en las tiendas.

En la propia calle Fuencarral estaba, cuando yo llegué a Madrid, y hasta hace no tanto, el Mercado de Fuencarral, el que fue faro de la modernidad española, meca de lo fashion (así se decía entonces), y que acabó cayendo en la irrelevancia, porque ahora, internet mediante, se puede encontrar de todo en todas partes. Ahí iba yo a alucinar con la gente capitalina, a sentirme provinciano, a fumar porros de extranjis o a perder la cabeza en las fiestas anuales de música electrónica a las que había que acudir sí o sí para estar en la onda que más vibraba. Luego comía plátanos para superar la tristeza de media semana. Eran los tiempos del peinado *mullet* y la coletilla taleguera y de aquellos pantalones de campana que algunos amigos y yo nos poníamos para ir a bailar, aun a riesgo de explotar como una supernova.

El Mercado de Fuencarral, lleno de peluquerías, estudios de tatuaje y piercing, tiendas de vinilos, de ropa de segunda mano o de parafernalia militar, tenía sótano (donde había un bar y una sala de cine a la que yo iba a ver cortos) y varios pisos. Ocupaba la finca que antes había sido un mercado de abastos, y ahora, después de su cierre, hay una enorme tienda de ropa deportiva Decathlon, como en cualquier periferia. El que sigue ahí, pululando por la calle Fuencarral, es ese Hare Krishna que siempre quiere pararte para hacer proselitismo y llevarte a su templo vegano. Su táctica es inocente e infame al mismo tiempo. Te dice:

—Perdona, se te ha caído...

Entonces tú te paras, extrañado, a ver qué se te ha caído, cuando el muy cabrón añade:

—¡... la sonrisa!

Malasaña adentro está el paraíso de la gentrificación, que tal vez empezó con el Mercado de Fuencarral. Lo visible de la gentrificación es la aparición de lo *cool* en barrios anteriormente deprimidos: Malasaña era lugar de trabajadores, drogadictos, rockeros y prostitutas, y antes de eso era casi un pueblo, como se ve en la película *El mundo sigue*, de Fernando Fernán Gómez. Lo

cool en forma de cupcakes, hipsters y bares cuquis, la llegada de nuevos profesionales urbanos que sustituyen a los curritos y a las viejas.

En Malasaña se produjo un caso paradigmático de la gentrificación en lo que se llamó TriBall, Triángulo de Ballesta, en torno a la calle del mismo nombre, tradicionalmente llena de prostíbulos sórdidos y prostitutas de edad avanzada y generosas carnes sentadas en sillas en plena calle. De esas todavía ve algunas el paseador cuando cruza estas calles, se ve que no consiguen echarlas. Un grupo de inversores compró con todo boato estos prostíbulos y los cedió a jóvenes artistas, a modo de regeneración de la zona: lo sacamos mucho en la prensa. La esperanza era que los inmuebles de la zona se revalorizaran con la aparición de nuevos públicos culturetas, microteatros, boutiques y cafeterías, como así fue, en TriBall, en toda Malasaña y, prácticamente, en todo el centro de la ciudad. La plaza de Chueca, sin ir más lejos, barrio gentrificado principalmente por la comunidad gay (lo que sus críticos llaman «capitalismo rosa»), antes era un mar de jeringuillas con restos de sangre y heroína y ahora no hay espacio para sentarse entre tanta terraza, tanto cañeo, tanto turista.

Podría argumentarse que es beneficioso que un barrio se «regenera» y deje atrás la inseguridad, las drogas, la prostitución, y es cierto; la pregunta es para quién se «regenera» ese barrio: si es para sus habitantes, con dotaciones e inversión pública para hacer una ciudad más amable, o si es para que vengan otros a hacer sus negocios, a cobrar los cafés con leche a precios de trufa blanca del Piamonte y a llenar edificios enteros de pisos turísticos y apartamentos de lujo muy monos.

Los precios de la vivienda suben, la gente del centro se va a otros barrios periféricos, donde expulsa a su vez a otra población más pobre, y así en cadena, hasta que alguien se tiene que acabar cayendo por el borde de la Tierra, que acaban de descubrir que es plana. Son procesos de precarización colectiva: ¿dónde se irán los que se caigan por el precipicio del fin de la urbe? En realidad, por verlo de forma más gráfica, es como si toda la ciudad tuviera que reacomodarse para hacer hueco en el centro a los ricos y a sus negocios. Hacer un donut urbano para colocar en el centro el dinero.

Es que antes los ricos no tenían demasiada querencia por el centro de las ciudades. Ya durante el capitalismo manchesteriano la burguesía escapaba en sus fincas campestres de la pestilencia fabril y de la presencia de las nuevas masas proletarias que copaban las nuevas ciudades industriales. Y si algo caracterizaba a las ciudades de la época de la posguerra y el Estado del Bienestar era tener centros podridos y periferias a las que huían los más adinerados: la famosa Suburbia, el país de las apacibles urbanizaciones clónicas (*suburbs*) estadounidenses que abundaron a partir de la década de los cincuenta y que tan prolijamente se han reflejado en novelas y películas (la serie televisiva *Aquellos maravillosos años* sería un buen ejemplo).

Casas individuales aptas para el bricolaje cotidiano, un jardín con segadora, un coche que limpiar los fines de semana, un garaje para que los críos tengan una banda de rock o inicien una

empresa tecnológica que llegará a multinacional planetaria, una esposa guapa y alcohólica. Lo que se prometió como una liberación del individuo acabó siendo esa vida normalizada, hipermoralizante y aburrida contra la que posteriormente se rebelaría la contracultura de los años sesenta en adelante. El sistema de las urbanizaciones periféricas se extendería a Europa y tanto en Estados Unidos como aquí fueron necesarios miles de kilómetros de nuevas autopistas (66.000 kilómetros en los Estados Unidos de Eisenhower) para conectar Suburbia con la ciudad, con el destrozo del medio ambiente, la dependencia energética y el calentamiento global que ello acarreó.

Los barrios del centro eran vistos como lugares sórdidos, inhóspitos, inseguros, porque muchas veces lo eran. Algo parecido había pasado décadas antes en las playas, solo frecuentadas por marineros y consideradas lugares violentos y peligrosos (porque también lo son), donde el sol o el mar o el Kraken te podían devorar, hasta que la alta burguesía empezó a frecuentar Biarritz y sitios así porque era sano. La gente de bien que tenía a bien vivir en urbanizaciones periféricas ahora ha decidido regresar al fragor del centro de las ciudades, cosa que es medioambientalmente muy provechosa, porque las ciudades densas consumen menos espacio y energía que la ciudad dispersa pero socialmente desastrosa, sobre todo si la unimos al proceso antes citado de la turistificación (en realidad ambos cohabitan y se superponen).

Después de las crisis del petróleo en los años ochenta y con la llegada del modelo neoliberal que iniciaron Thatcher y Reagan, enterrado el consenso socialdemócrata, los centros urbanos comenzaron paulatinamente a ser atractivos para las grandes empresas, que buscaban visibilidad en el agresivo mercado global, y para las clases medias y altas, hartas del sopor de los suburbios y las urbanizaciones.

Paralelamente, en las periferias iban quedando cadáveres industriales al tiempo que la producción se trasladaba a otros lugares con menores costes, sobre todo en las condiciones laborales y sobre todo en el Lejano Oriente. El desempleo, la delincuencia, la desigualdad y la decadencia se trasladaban ahora al borde exterior de las urbes. La actividad económica regresó al centro, también el uso habitacional, el centro podrido comenzó a revitalizarse... y a gentrificarse: llegaron los edificios singulares donde albergar los centros de arte contemporáneo que legitimaban a una ciudad como participante de la cosa planetaria, los barrios con aparente diversidad y encanto, lo *prémium*, lo exótico y lo *gourmet* y, en fin, la gentrificación.

Pasear por Malasaña da mucho asquito. Fue barrio popular y populachero y luego, durante la Movida, atrajo a aquellas gentes neoliberales y socialistas de plexiglás a bares como La Vía Láctea o el Penta, a lugares como la casa de los artistas Las Costus (en la calle La Palma, donde Almodóvar rodó parte de *Pepi, Luci y Bom*); un barrio que vivía de noche, lleno de bares rockeros como el Garaje Sónico, el Agapo o el Nueva Visión, también conocido como Ramones Fan Club, que le sigue dando al punk rock y donde se puede beber kalimotxo.

Uno de los pocos lugares donde se encuentra algo de la antigua normalidad del barrio es la plaza del Dos de Mayo. Cuando llegué a Madrid era un lugar donde la juventud formaba unos botellones prémium en los que se tocaban los tambores y se hacían hogueras, para horror de los vecinos y disfrute de los participantes. Al amanecer una capa de varios centímetros de basura y materia viscosa y alcohólica cubría el suelo. Prohibieron aquel botellón y se formaron disturbios durante algunas noches, recuerdo a la muchachada arrojando piedras a la policía que custodiaba la plaza. Ahora la peña sigue bebiendo en ese lugar, pero de manera algo más civilizada.

Hay una mujer china a la que llaman Susana Ofertón, por sus ofertas de cerveza, pipas y chucherías, que da la vuelta al ruedo empujando un carro de tela, de esos que las señoras llevan a la compra, con su material. Los niños juegan al fútbol, los perros olisquean por ahí, los adultos se toman discretas latas de cerveza, de las que despachan, incansables, Ofertón y sus socios.

En esta plaza el alcalde Tierno Galván, el Viejo Profesor, tan querido por la juventud, dijo su icónica frase «¡Rockeros: el que no esté colocado que se coloque... y al loro!», durante unas fiestas de San Isidro. En algunos balcones se lee una pancarta: «SOS Malasaña, vecinos en peligro de extinción».

Decía que pasear hoy por Malasaña da asquito porque Malasaña empalaga visualmente: todo pretende ser moderno e hiperdiseñado, hay por ahí una escuela de inglés que parece una casa subida a un árbol o un domicilio élfico, y una falafería (donde venden falafel), y todo tipo de cupcakes y bares cuquis, todos clónicos. Por supuesto, las barberías llenas de barbas. A mí me tocó cubrir, hace unos años, el concurso de barbas de Malasaña, cuando aún era gracioso, y lo ganó un señor con una barba muy larga, como era de esperar, y unos quevedos y unos tatuajes y una camisa floreada que venía de Murcia o por ahí.

Hay que estar en contra del interiorismo contemporáneo: antes una óptica parecía una óptica, una panadería parecía una panadería y un bar parecía un bar, porque en un sitio vendían gafas, en otro pan y en otro esperanza. Hoy en día, con el interiorismo hipster del que Malasaña podría ser un museo, pleno de mesas de madera a compartir, paredes de ladrillo visto o azulejo blanco, bombillas vintage de filamento ardiente, bicicletas *fixie* colgadas de las paredes, mensajes motivacionales pintados por doquier y menús con platos de nombre ingenioso, todo resulta clónico y artificial, como si viviéramos una competición por alcanzar la más plena modernidad y el máximo beneficio, que hoy en día son sinónimos.

Esto es lo peor de la gentrificación malasañera, que se vende como vanguardista y creativo algo que no es sino una copia mil veces repetida de un original que ya era malo. El hipster es, tal vez, la primera tribu urbana o subcultura juvenil que no es antagonista de alguna manera, sino totalmente prosistema, porque el capitalismo de seducción todo lo absorbe y lo pone a su favor, sobre todo lo contracultural. El hipster es el moderno que gusta a las abuelas y a la patronal, el moderno del PP o de Ciudadanos.

Viajé a Williamsburg, Brooklyn, Nueva York, el que se dice uno de los primeros lugares gentrificados del mundo, origen de la cultura hipster, y allí observé que la modernidad malasañera, que la modernidad que se nos impone en todo el planeta Tierra, es un sucedáneo de lo «williamburgués». Lo escribí en una columna en el periódico y me autocito: «Sufrimos una modernidad que no propone nada, que no critica nada, que no transgrede un pimiento, solo enfocada al ejercicio de la apariencia y de la compraventa. Una modernidad prosistema, aliada de las marcas y las franquicias, cómplice del negociete turístico e inmobiliario, de la destrucción de la ciudad, de la precariedad laboral. Una joven derechina *avant garde*, genuinamente madrileña, que ha obrado el milagroso salto del acróbata: decirse moderna y ser paleta».

De vuelta a la Plaza Mayor –he bajado por la Corredera de San Pablo y he cruzado Callao y esas callejuelas cercanas a Ópera– pacen los turistas, y los calamares de los bocatas a muy buen precio, y toda la fauna urbana que les acoge: los magos y comediantes, las simpáticas cabritillas de cintas plateadas o el Spiderman Gordo, el mayor superhéroe de Madrid (con permiso de Malasaña Man), que cobra dinero por hacerse fotos bromeando con los visitantes y al que una vez entrevisté: me dijo, con un acento que no pude identificar, que su afán era combatir a los malandrines, y en eso anda. Su barriga embutida en el traje de superhéroe es hipnótica. Plaza Mayor tiene mucho de circo.

Son espectáculos más amables que los que eran tradición en esta plaza en otros tiempos: los autos de fe y las ejecuciones públicas. No había entonces fútbol, ni *Sálvame*, ni internet, y el pueblo se aburría soberanamente el tiempo que no invertía en sobrevivir. Me imagino que olía muy mal: dicen que Felipe II puso El Escorial tan lejos para huir del hedor de aquel Madrid asalvajado. Luego Franco, por aquella zona, inventó la geolocalización: la enorme cruz del Valle de los Caídos es la primera chincheta de Google Maps. Franco era un visionario y, desde luego, un emprendedor. Total, que en la Plaza Mayor la población disfrutaba con la tortura y los ajusticiamientos a garrote vil (la más española forma de matar), a horca o a degüello (cada especialidad se llevaba a cabo en una esquina de la plaza), que eran el reality show de la muerte.

El suelo de la Plaza Mayor está empedrado y sobre él se sientan y solazan los turistas que no quieren dejarse los cuartos en las terrazas, que son caras. En 2017, el artista urbano Spy, con motivo de los actos del cuarto centenario de este sitio, recubrió buena parte del suelo de la plaza de césped, ocultando debajo los adoquines, al revés de lo que decían los sesentayochistas que hacía la playa en París. Parecía una tontería, pero el cambio que se dio en el espacio fue muy notorio y los ciudadanos y los visitantes parecían vivir un día campestre en Plaza Mayor, algo surreal y algo marciano, y los niveles cotidianos de estrés se reducían mientras la gente se tumbaba a mirar el cielo rectangular encuadrado en los edificios centenarios. Todo era mejor,

como si el ser humano tuviera una inconsciente nostalgia del verde. Otro día un helicóptero sobrevoló la plaza y bombardeó con poemas a los transeúntes. Uno era mío.

Muchas plazas de Madrid son muy duras, les han quitado los bancos para que la gente no haga botellón y para que no duerman los que no tienen donde dormir, no hay árboles ni sombra ni fuentes donde beber agua, y están recubiertas las plazas de cemento para colocar encima mercadillos o promociones comerciales de grandes empresas que se empeñan en vendernos sus cosas, que siempre son alucinantes.

Cuando anochece, los soportales de la Plaza Mayor, en los que los domingos se colocan los vendedores de sellos, monedas y otras cosas intercambiables y coleccionables, se llenan de cajas de cartón y mantas sucias, el ajeteo con que los sintecho van montando sus precarias habitaciones en las que pasarán la noche, ya haga frío siberiano o una ola de calor. Pasan los años y pasan los años, y siguen ahí los homeless, en un lugar central de la capital, sin que nadie les rescate del naufragio vital.

Hoy, según llego, sucede en la plaza un evento mucho más hermoso: canta el Coro Nacional de España, y canta un repertorio de música coral rusa de principios del xx, pero lo más bonito es verlos a todos pasar la hoja de la partitura casi al tiempo, con un retardo quizás infinitesimal, generando el mismo efecto que la espuma de las olas que lamen las orillas de las playas de Cádiz. En el cielo hay un atardecer renacentista, en el suelo hay quien se abre una chinobirra, los pintores callejeros hacen esgrima de colores sobre sus lienzos.

Al que nadie hace caso es al jefe de todo esto: Felipe III, fundador y anfitrión de la plaza, montado en su estatua ecuestre, convidado de piedra, o de bronce. Esta es mi historia favorita de la Plaza Mayor y probablemente de todo Madrid: cuentan que la boca de este caballo metálico estaba abierta, que los gorriones se metían por ahí y, una vez dentro, revoloteando en la oscuridad, no lograban salir nunca, qué oscura angustia. Tengo pesadillas con estos pajarillos aleteando en la tiniebla, buscando la forma de escapar una y mil veces, muriendo, al fin, de hambre dentro de la panza del animal metálico. Cuando unos republicanos pusieron una bomba en esta estatua, en 1931, se abrió el vientre del caballo y aparecieron cientos de huesos de gorrión, fruto de siglos. Ahora el estático corcel tiene la boca cerrada.

2

El hogar del dinero

Me gustaría que hubiera calles en espiral. Calles que dibujasen en el plano la trayectoria de los astros. Calles que formasen parte de asteriscos. En el barrio de Salamanca, en cambio, las calles están trazadas en rigurosa retícula ortogonal, son líneas rectas que se cruzan formando manzanas cuadradas, ángulos rectos entre los que, curiosamente, es fácil perderse y que dejan poco espacio para el asombro cotidiano. Todo está como tiene que estar, en un espacio recto preeinsteiniano, ignorando las dobleces del Universo alrededor.

Partí de Lavapiés con viento favorable, y en Lavapiés las calles estaban dispuestas como si al demiurgo se le hubieran caído de las manos tras un tropezón cuando iba a por tabaco. En realidad, tiene sentido; dicen que en el barrio de Salamanca viven las familias que regentan y poseen España, así que no es raro que sus calles formen una cuadrícula como las cuadrículas sobre las que escriben los niños: para evitar los renglones torcidos de Dios. En calles tan anchas, además, es difícil tender barricadas, como en el París que se inventó el barón Haussmann.

El barrio de Salamanca es uno de los ensanches que la ciudad desarrolló en el siglo XIX, a cargo del urbanista Carlos María de Castro (se llamó Plan Castro). Madrid, el viejo Madrid, se había quedado pequeño y había que hacerlo crecer. Los ensanches decimonónicos, como el de Madrid, el de Barcelona (a cargo de Ildefonso Cerdá, uno de los pioneros del urbanismo) o el de París (proyectado por Haussmann bajo encargo de Napoleón III; la mayoría de las grandes ciudades europeas proyectaron su ensanche en esos años), recogían el espíritu de la Ilustración, las luces de la razón, por eso planteaban una retícula ortogonal: era repetitiva y aburrida, llena de ángulos rectos, pero sin duda mucho más racional que los intrincados trazados caóticos, sin sentido aparente, de las ciudades medievales.

El nuevo trazado mejoraba la circulación y permitía calles más salubres, anchas, aireadas y luminosas. Ahora se haría todo recto, todo bien clarito, y los planes servirían para acoger el crecimiento de las ciudades durante unas cuantas décadas. Los ensanches, además, eran fruto de una época de auge de la burguesía, después de las revoluciones liberales de 1848, la industrialización, la acumulación de capital, el aumento de la población en la urbe, la perspectiva de negocio inmobiliario, por eso al caminar por el barrio de Salamanca en Madrid o por el ensanche de Barcelona vemos la expresión urbanística y arquitectónica pura de lo que sería la burguesía decimonónica: elegante, algo ostentosa, sí, pero también práctica y sobria, sobre todo impetuosa y, a la vez, cuadriculada.

En la calle Serrano (a esto lo llaman la Milla de Oro) pasea la gente bien vestida mirando los escaparates de las tiendas donde se vende bien cara la ropa que bien viste (aunque los calores veraniegos, cuando paseo por estas calles, no ayudan a la elegancia). Hay Gucci, hay Loewe, y Stella McCartney, hija del beatle Paul, también ha abierto aquí su primera tienda en España. Todo es lujo, y muchas joyerías albergan tesoros tan preciados que tienen un guardia de seguridad en la puerta a jornada completa. He visto programas de la tele donde salen señoras pijas que son tal y como las imaginas, que viven en casas atiborradas de objetos caros y horteras, con mayordomo, y matan el tiempo de compras en tiendas donde solo están ellas y las tratan como lo que son, como ricas, señoras que compran modelitos con la ceremonia con la que se compra un piso, señoras que tienen nombres que siempre suenan a diminutivo, como si a pesar del dinero nunca llegaron a crecer del todo.

Hace unos años me invitaron a una exposición en el barrio de Salamanca sobre el material que mejor puede definir este barrio: el oro, metal pesado y noble con 79 protones en el núcleo atómico, dúctil y maleable, buen conductor tanto del calor como de la electricidad, pero, sobre todo, símbolo de la riqueza. Tenía lugar en uno de estos establecimientos protegidos como búnkeres, y se exponía el oro que había reunido la legendaria dinastía de banqueros judeoalemanes Rothschild (entre sus negocios estuvieron el despliegue del ferrocarril francés, la apertura del Canal de Suez o la explotación de las minas de Riotinto). El especialista en este metal precioso que estaba al cargo de la muestra me contó que la Humanidad, en 5.000 años, había recolectado unas 160.000 toneladas de oro. Así a ojo no supe decir si eso era mucho o poco, pero luego me hicieron ver que tal cantidad de oro cabe en el volumen de un cubo de 20 metros. Es decir, en lo que ocupa un edificio de ocho plantas. Si fundiésemos todas las muelas de oro y todas las pulseras y collares, y todos los candelabros y todas las cosas hechas en oro, hasta el billete dorado que conducía a la fábrica de chocolate de Willy Wonka, cabrían en ese reducido espacio. Por eso es tan caro: la escasez crea valor.

Por las anchas aceras del barrio pululan los miniejecutivos que salen de los bufetes de abogados y los centros financieros: llevan traje a medida, la melenita neoliberal que el presidente Aznar puso de moda sin complejos, pero son tan jóvenes que casi no les ha salido la barba: ellos heredarán la Tierra. Me producen grimilla *deluxe*, a la par que ternura. Me hacen preguntarme si he hecho algo bueno con mi vida. Por un lado les admiro: les importa una mierda no ser unos bohemios. Creatividad: la justa para hacer nuevos billetes. La horizontalidad y la participación les producen carcajadas. Su coworking tiene mesas de caoba. Su palabra favorita es «libertad». En sus gemelos dorados luce el símbolo del dólar.

Algunos de ellos se dirigen a una terraza frente a la Puerta de Alcalá, donde ofrecen ostras y caviar (cien euros por treinta gramos), y todo lo riegan con Möet & Chandon y brillantes copas de balón que parecen bolas de dragón. Se rezuma la algarabía que producen los negocios que salen

siempre bien. Un poco más arriba, en el ambiente más relajado que propician los años asentados, las señoras a las que el fútbol les trae sin cuidado se solazan en la terraza de la confitería mientras hablan de cosas importantes. Los tópicos se cumplen. Los cocodrilos muerden pezones. Las dentaduras están OK.

La gente del barrio de Salamanca es, desde luego, importante. No es casualidad que durante la Guerra Civil este fuera el barrio menos bombardeado por los aviones Junkers alemanes que Hitler le prestaba a Franco. Aquí estaban los amigos de los nacionales, los que luego dominaron el país durante cuarenta años y que, al parecer, lo siguen dominando. Las bombas caían, y caen, en otro lado. A pesar de la belleza de su arquitectura señorial, hay algo rancio en las calles de este barrio, como un polvo invisible y antiguo que lo recubre todo, incluso lo que hay dentro de los cráneos.

Los estilos de vida dizque modernos, sin embargo, son imparables, y hasta han sido adaptados por los más conservadores. Dijo una política que hoy lo moderno es ser de derechas, y tenía razón, porque la izquierda ha dejado de ser propietaria del sentido común y no parece tener proyecto de futuro. Ya hay tatuajes en el barrio de Salamanca, porque el tatuaje ya no es bucanero y carcelario, sino también *cool*. La *coolness* nos iguala a todos, como la muerte y El Corte Inglés. Y precisamente donde El Corte Inglés de Serrano brota la inocencia: allí gira un carrusel encantador lleno de lucecitas, como sacado del fotograma de una película navideña, que recupera un punto de ensoñación entre tanto lujo y competencia: es hermoso, a la par que cursi, ver ahí montado a un chaval cabalgando un caballito, aunque dé vueltas y vueltas y vueltas y nunca llegue a ningún sitio. Es que le da igual, conoce la enseñanza del parchís: el tesoro, tras dar la vuelta al mundo, está al lado de casa.

Hay gente religiosa en este barrio y gente que sigue la religión contemporánea: el emprendimiento. No en vano el marqués de Salamanca, fundador del barrio, fue un emprendedor empedernido y algo granuja. Dicen que lo perdió todo y lo recuperó en tres ocasiones. Negoció con la sal, con los ferrocarriles, montó bancos, vivió de película y ahora tiene una plaza y una estatua. Al final el marqués de Salamanca murió arruinado en el carabanchelero palacio de Vista Alegre. Esto no se les dice a los emprendedores de ahora: que igual al final te arruinas (fracasa otra vez, fracasa mejor). Su casa, un palacio que todavía se alza en Recoletos, es uno de los pocos que resiste de todos los que trazaban la Castellana: más allá todo era campo.

No muy lejos de la estatua del marqués me topo con el colegio del Pilar, cuya arquitectura podría ser la del castillo Hogwarts de Harry Potter: al parecer muchos pilaristas también hicieron su magia en el ámbito del poder. Entre los exalumnos del centro se encuentran el periodista Juan Luis Cebrián, los políticos José María Aznar, Javier Solana, Alfredo Pérez Rubalcaba, el diplomático Fernando Schwartz, el jurista Antonio Garrigues Walker, los poetas Luis Antonio de Villena y Luis Alberto de Cuenca, el cantautor Javier Krahe o el cineasta Guillermo Fesser.

Su lema, en la escalera principal de este edificio neogótico y modernista, reza: «La verdad os hará libres». El lugar, por lo demás, podría evocar misterios criminales, como los que se narran en *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco. De hecho, uno de los exalumnos más famosos de la institución, no citado todavía, fue el asesino Jarabo, que, algunas manzanas más abajo, en la trasera del parque del Retiro que toma el nombre de barrio de Ibiza, asesinó a cuatro personas en el verano del 58 (dos de ellas eran una embarazada y su hijo no nato) y murió ajusticiado en el garrote vil, que era la forma de ejecución preferida de la época. Dada la fortaleza física de Jarabo, el verdugo tuvo que desempeñarse a fondo para acabar con él: tardó veinticinco minutos en morir.

Otro muerto célebre del barrio de Salamanca fue el presidente del gobierno durante la dictadura franquista Luis Carrero Blanco, al que la oposición de la época apodaba «El Ogro» por el grosor de sus cejas (y supongo que por su maldad, si es que los ogros son malos). ETA, en una operación de ingeniería terrorista inaudita en su todavía corta trayectoria (la Operación Ogro), colocó miles de kilos de explosivos en el subsuelo de la calle Claudio Coello y mandó el coche del presidente al interior del patio de un convento de jesuitas que hay en esa calle. Después de aquel atentado, que venía a impedir la sucesión del dictador, no fueron pocos los que en España brindaron con cava. Todavía se hacen chistes en las redes sociales sobre aquel asesinato, con el riesgo de que al autor de las bromas le lleven ante los tribunales. En la calle Claudio Coello, echándole algo de imaginación, todavía se ve un ligero socavón en el lugar en que estalló la bomba.

Pero para que haya ricos tiene que haber pobres, y haberlos haylos en el barrio de Salamanca. Son casi invisibles, están en silencio, son algo así como la bisagra secreta que hace que la vida de los ricos funcione. Son los porteros, los camareros, los seguratas, los obreros que levantan las calles y las vuelven a cerrar. Hoy en día la clase trabajadora, esa que dicen que ya no existe, no tiene conciencia de sí misma y en buena parte desea adoptar los mismos vicios que los ricos: yo he visto a esos trabajadores que levantaban la calle Serrano cuando la reformaron deseando poseer los cochazos que por allí pasaban, sin ningún ánimo de presumir de su orgullo sindical ante las clases ociosas.

Mientras paseo por la cuadrícula salmantina imagino que no se acaba nunca, y que vivo en un planeta cubierto por completo por el barrio de Salamanca, un planeta decimonónico y austrohúngaro, como en aquel cuento terrorífico de Lovecraft en el que se describe un pueblo sin escapatoria, porque al llegar a las afueras el pueblo volvía a empezar, y así para siempre. Cuando llego a la plaza de Colón allí ondea (con dificultades, dado su peso) la mayor bandera de España que hay en España. La colocó ahí, no sin cierta polémica, el gobierno de Aznar a principios del siglo XXI: mide 294 metros cuadrados, porque el tamaño sí importa a la hora de rendir pleitesía a la nación española. Es tan grande y aparatosa que se mueve torpemente, como un monstruo somnoliento que no acaba de arrancar, haciendo una mala analogía con este país. Es como lo del

toro como símbolo nacional, que ahora aparece en muchas banderas que venden en las tiendas de souvenirs, y que se fabrican en China. Lo escribió Manuel Vicent: ¿qué país puede elegir como símbolo a un animal que es continuamente humillado y derrotado en sus plazas?

Borges imaginó en uno de sus relatos un mapa tan grande que coincidiese punto a punto con el territorio, un mapa que fuese el territorio mismo. Yo imagino, mirando la estatua de Colón, que a su vez mira al cielo, una bandera de España que fuera tan grande como España y que se tendiese sobre todo el país, de Algeciras a Gijón, sobre todas nuestras cabezas, y nos dejara respirar, a duras penas.

3

Bajo la luna de sangre

Francisco de Quevedo llamó al Manzanares «aprendiz de río». El Manzanares nace en la sierra de Guadarrama, en el Ventisquero de la Condesa, y luego va a dar al Jarama, que luego va a dar al Tajo. Quién diría, desde Madrid, una tarde de paseo cualquiera, que si siguiésemos su curso iríamos a dar al océano Atlántico, en la desembocadura de Lisboa, donde la torre de Belém y su rinoceronte. El Manzanares, que es casi Portugal y que podría conducir hasta el Caribe, según se mire, es un río pequeño y modesto al que la ciudad nunca le ha hecho demasiado caso, por eso Quevedo y otros autores se han burlado de él con frecuencia.

Ahora tiene cierto carisma doméstico, porque ya no vive enjaulado entre los ruidosos y humeantes carriles de la M30, sino que le pusieron alrededor el parque Madrid Río, donde se solazan los vecinos, y sus niños, y sus perros. En otros tiempos las lavanderas, un grupo de mujeres marginado de la sociedad, bajaba a la orilla a lavar las ropas de la urbe y formaban campamentos de telas blancas al viento que fueron ampliamente retratados por fotógrafos y artistas. Ahora ya no hay lavanderas, ahora hay lavadoras: la tecnología lleva mucho tiempo destruyendo formas de vida y puestos de trabajo.

Hace poco dejaron de embalsar las aguas del Manzanares, cosa que se hacía para darle cierto empaque, para que su caudal fuera abundante y mostrase una sólida y plácida superficie de agua, para que se pareciese un poco más al poderío del Támesis o el Sena. Pero esto no es Londres o París, y aquel Manzanares rebosante de agua no era más que un simulacro, un bótox, una cirugía estética: si se abren las compuertas que sujetan el agua el Manzanares vuelve a ser pequeñito y de andar por casa.

Eso sí: ahora la naturaleza ha vuelto a desplegarse por el río aportándole dignidad, y se han formado islas, y ha regresado el verde asilvestrado y también numerosas especies animales y vegetales: las garzas, las gaviotas, las abubillas, los ánades, los gansos y hasta los galápagos, igual que antes habían regresado las personas. A pesar de todo, hay gente que se queja –porque siempre hay gente que se queja– y prefería la estética a la ética medioambiental. Y porque querían remar por el río.

La noche del eclipse de luna crucé el Manzanares para llegar a esa parte de Madrid que es un laberinto de edificios obreros de ladrillo visto y toldos verde botella, el Madrid del sur, el Madrid que vive al otro lado del río. ¿Por qué habrá tantos toldos verde botella en el sur de Madrid? Para llegar al río hay que bajar el gran plano inclinado del distrito de Arganzuela y,

cuando uno llega abajo, si se gira, puede admirar una de las vistas más populares de la capital, esa que es como una enorme muralla de tierra sobre la que se encaraman el Palacio Real y la catedral de la Almudena, esa que tantos pintores pintaron bajo cielos barrocos, la que veían los viajeros antiguos cuando venían a la ciudad desde el sur montados en un carro tirado por mulas.

La noche del eclipse de luna bajé al río para llegar a Usera. Usera, tan lejos, tan cerca: basta cruzar un puente para llegar, pero aquí la esperanza de vida es varios años más baja que en los distritos del centro. La esperanza de cada día ya la pone el nuevo centro comercial Plaza Río 2, con su tienda de Armani y su restaurante de rodicio brasileño, su gran panoplia de franquicias de restauración recauchutada y los pasillos tan brillantes y lujosos que dan ganas de pasar la lengua por el suelo durante todo el horario de apertura. De noche el edificio enciende tantas pantallas y tantas luces que parece Times Square, no sé qué pensarán las garzas y los ánades del río, quizás que están en el Studio 54 de los patos.

Es curioso: nada más salir del complejo comercial, en la calle Antonio López, se encuentran algunos de los mejores menús del día de España en bares tradicionales, negocios de los de toda la vida frecuentados por los vecinos, y un local célebre por estar regentado por un ciudadano chino que es facha y añora a Franco. Sale mucho en los periódicos, como una curiosidad nacionalcatólica llegada del Lejano Oriente, la reacción con soja.

Encuentro en esa calle, a la salida del centro comercial, un puesto donde varias personas tratan de captar afiliados para el Partido Popular en uno de esos distritos obreros donde lo tienen más crudo. Una de esas personas es un tipo de peinado estrafalario, sexualmente ambiguo y con un abrigo grande y avejentado de cuadros negros y violetas. Parece más bien sacado de un concierto de The Cure en los ochenta que de un puesto del Partido Popular en Usera. Pero es que los tiempos están cambiando y lo moderno es ser de derechas.

Cuando vengo a Usera me acuerdo de Dako, el perdiguero-bodeguero-andaluz que me enseñó a ver a los perretes de otra manera. Vinimos a vivir unas semanas a esas casitas encantadoras de la Colonia Moscardó para cuidar de Dako, porque su legítima humana se había tenido que ir fuera de la ciudad a hacer unas gestiones. A pesar de estar en un barrio obrero, la Colonia Moscardó está constituida por casas que podrían ser casitas de campo o de pueblo, con su patio y su piso de arriba abuhardillado. Y yo sacaba a pasear a Dako, pero tal era su fuerza, tan heroico y praxiteliano era el perro, el Rey del Barrio, que en realidad él me sacaba a pasear a mí mientras yo le susurraba endecasílabos y hacía mis necesidades.

Al acercarme a su antigua casa volví a ver a los ancianos que en aquel murete tomaban el fresco cada tarde y a cuyos perros blandengues Dako siempre intimidaba, y también volví a ver las decadentes columnas prerrafaelitas de la plaza, por las que trepa la enredadera, allí donde se emborrachan los desempleados.

En la entrada de la estación del metro de Usera un marroquí ha tendido al viento diferentes

prendas a la venta: pantalones vaqueros, chaquetillas de chándal, camisetas deportivas, todo a muy buen precio. Me encuentro por allí a dos conocidos que forman parte de esa nueva emigración inversa, la de profesionales liberales, jóvenes adultos, recientes padres, que van del centro a la periferia.

–Dejamos nuestro piso en el centro por la subida de la renta y nos vinimos a Usera –me dicen–. Y mira, ni tan mal. Ahora mismo los niños están en el cole y nosotros hacemos un reconocimiento rutinario del barrio. Todo bien.

–Yo estoy de paseo.

Dako me enseñó a admirar a los perros y a romperme la crisma contra el enigma cósmico que representan. Todos los misterios del mundo están dentro de los ojos de los perros: nosotros mismos somos ante la existencia como perretes ante una ecuación diferencial de segundo grado. Ahora, cuando estoy triste, bajo al parque del Casino de la Reina, en Lavapiés, a observarlos como un perverso. Pero Dako ya no vive en Usera: cuando regresó su legítima humana se mudaron a Canarias, y Dako cruzó en barco la mar marinera; vimos las fotos. La noche que nos despedimos Dako se quedó muy callado debajo de la mesa de la terraza mirándonos raro, como si de alguna manera supiera lo que estaba pasando: le dimos una última galletita con forma de hueso, cayó una tormenta melodramática de la que él se refugió bajo la mesa del patio y en el taxi de vuelta nos costó disimular el temblor de nuestra voz, de la tristeza.

Usera sigue en su sitio, o no tanto.

–En realidad, Usera no existe –me explica un vecino con el que entablo conversación–, no existe en el imaginario local, porque es un conglomerado de barrios creado administrativamente, así que la gente no se siente de Usera. Se siente, más bien, de San Fermín, de Zofío, de Orcasitas, etcétera.

Así son los sentimientos barriales, aunque lo cierto es que ni siquiera geográficamente tiene unidad este distrito, cada barrio de Usera se arrejunta a los otros más como un racimo de uvas que como una pequeña ciudad.

En Orcasitas, caminando más al sur, encontraron los trabajadores de una cantera en la avenida de Andalucía, en 1959, un elefante, el llamado elefante de Orcasitas, que había vivido aquí en el Pleistoceno Medio y que no se sabe de dónde se sentía; ahora vive en el Museo de San Isidro, en el centro, donde se cuenta parte de la historia de la ciudad. Cientos de miles de años más tarde, a mediados del siglo XX, llegaron a vivir los trabajadores del sur de España, manchegos, andaluces y extremeños atraídos por la incipiente industria, y montaron aquí sus chabolas, en lo que era mayoritariamente propiedad de un señor que se llamaba Pedro Orcasitas: las precarias viviendas las construían por la noche, con la solidaridad del vecindario, para que las autoridades no abortaran la misión; una vez levantadas las cuatro paredes ya no podían echarles.

El problema de la vivienda es viejo en Madrid. En Orcasitas la gente moría porque las

ambulancias no llegaban a su destino, encalladas en el ubicuo barrizal. Había quien, viendo la oportunidad de negocio, alquilaba botas de goma para que los vecinos pudiesen ir de casa a la parada del autobús sin mancharse los zapatos de barro. Un potente movimiento vecinal, comandado en este barrio por el histórico activista Félix López Rey, consiguió que les construyeran un barrio como Dios manda, con asfalto, con agua y con luz, para dejar de vivir en el medioevo. Antes tenían que ir a ducharse a los baños públicos de la Glorieta de Embajadores, a un buen trecho, ya en el centro. Consiguieron, además, que el barrio se diseñara de forma participativa, y eso fue hace décadas, aunque lo participativo nos parezca ahora la última modernidad.

Eso se ve al llegar a Orcasitas. Desde lejos, cuando uno se aproxima al barrio por el parque de Pradolongo, los bloques grises del barrio en la lejanía semejan las construcciones de Pyonyang, en Corea del Norte, que vemos por la tele: edificios sobrios, altos y grises donde se amontonan las vidas de los vecinos. Antes de llegar hay que cruzar la avenida de los Poblados, que discurre por Usera, Latina y Carabanchel: la idea inicial es que fuera una circunvalación que uniese los poblados de absorción que se iban creando, la nueva periferia madrileña, pero al final se quedó en lo que se quedó.

Al introducirse en la trama de Orcasitas se ve la presencia de las luchas vecinales reflejada en plazas que tienen estos nombres: Asambleas, Solidaridad, Promesas, Memoria Vinculante o Movimiento Ciudadano. En 1977 el Tribunal Supremo reconoció que los vecinos que vivían allí (llevaban quince años) podían permanecer en un espacio en el que se pensaba construir viviendas para vender a mayor precio. Orcasitas fue conocido en su momento porque fueron los propios vecinos, después de tantas luchas, los que consiguieron diseñar el barrio junto con el Ministerio de Vivienda. Llegaron hasta a elegir el color de los baldosines de sus domicilios.

En una plaza un grupo de chavales algo crecidos ejercen de esos pandilleros que ven por las noches en las películas y las series de Netflix: forman corro y hablan de cosas que parecen secretas, con los pantalones anchos y las capuchas puestas, aunque no llueva. Miran al visitante con desconfianza, como si uno fuera un policía secreto, como se supone que deben hacer: es su territorio. Por aquí no vienen muchos forasteros. Por lo demás, más allá de las fantasías cinematográficas de la chavalada, el barrio es apacible y la gente hace su vida normal, arrastrando las señoras los carros de tela con los que van y vienen de los supermercados. También hay grupúsculos de señores mayores que imagino que serán aquellos que levantaron el barrio hace años, y que ahora fuman y toman la fresca cerca de la sede del Partido Comunista de España. Es lo que pasa con el movimiento vecinal: que los que lo hicieron son ahora mayores y las nuevas generaciones, que nacieron con los barrios ya puestos, prefieren hacerse los gángsters y los traperos por las esquinas antes que involucrarse en las luchas colectivas. Es el signo de los tiempos.

Al pasear por Usera se hace patente su famoso mix cultural: el sabroso ritmo latino se mezcla con los aires del Lejano Oriente. En el Chinatown madrileño del barrio de Almendrales hay dragones y medusas y patas de pollo y farolillos rojos que asoman de los sempiternos edificios de ladrillo visto que no sé qué les parecen a los chinos, ¿será China también así? Al pasear por estas calles uno parece estar en otro lugar (hay muchos lugares en Madrid que parecen otros lugares) porque todos los carteles y rótulos de las tiendas están en ideogramas chinos de esos que los horteras se tatúan en el cuello, así como las revistas y los periódicos, y abundan los ojos rasgados.

A primera vista uno no sabe si un local es una inmobiliaria o una peluquería, luego ya ve las tijeras y los secadores. La infinidad de restaurantes chinos que hay aquí se han puesto de moda, después de que uno llamado Royal Cantonés cogiera fama a base de ensalada de medusa y pollo cocido a baja temperatura con salsa de jengibre, y ahora la gente viene a comer la comida china china de verdad.

Aunque yo soy fan acérrimo de la comida china occidentalizada, el rollito de primavera, el arroz tres delicias o el pollo con limón, a tope de glutamato monosódico, esas recetas que ahora tienen tan mala fama entre los que saben lo que es bueno. De hecho, auguro que el restaurante chino tradicional, el que tiene un tejadillo rojo y estatuas de leones y garzas a las puertas, está en peligro de extinción, en favor de los modernos *asian lounges* que van apareciendo por doquier, mucho más trendies y alejados de esos tópicos tan bonitos, como de película de los ochenta. En estos nuevos restaurantes chinos, tan asépticos, ya no existe la fantasía de encontrar un sabio oriental en la trastienda que te venda un adorable gremlin llamado Mogwai, al que no conviene dar pollo después de medianoche.

La mayor parte de la comunidad china en Madrid vive en este barrio y la mayoría procede de la región de Zhejiang, al sur de Shanghái; según dicen los vecinos españoles, los chinos van un poco a lo suyo y la mezcla genética no es del todo fácil, tal vez por el choque cultural y la diferencia idiomática, aunque nos andan diciendo que tenemos que ir aprendiendo chino para ser competitivos en un mundo donde partirá el bacalao el gigante asiático y no los americanos. Pero ya aparecen nuevas generaciones de chavales chinos nacidos en España: les llaman los chiñoles y son jóvenes que se sienten a la vez chinos y españoles o, en el mejor de los casos, ninguna de las dos cosas.

No solo hay chinos y chiñoles en Almendrales. En la esquina de la calle del Olvido con la populosa Marcelo Usera, verdadera arteria del barrio donde se vende el pollo frito, una gitana ofrece cerezas relucientes y, al atardecer, los trabajadores se aprietan buenos licores en las barras metálicas de los grasabares: la trapaperras proyecta entonces su alegre cántico. Últimamente las masas centralinas vienen cada febrero a celebrar este exotismo cañí durante el Año Nuevo Chino.

Este es el Año del Perro (como Dako), que, según la tradición, es bueno para hacer amigos y para cooperar en armonía.

Usera es múltiple, dispersa, multicultural, un puzzle urbano bajo un título muy feo, el de una familia muy española que nombra las calles: Marcelo Usera, Amparo Usera, Nicolás Usera, Isabelita Usera. Usera, ya lo dije, no era un pueblo antes de ser distrito, sino algo así como una promoción inmobiliaria. Los Usera tenían su barrio como Donald Trump tiene su Trump Tower en la Quinta Avenida. Sucedió que el militar Marcelo Usera y Sánchez, teniente coronel, admirador de la Legión y de Millán Astray, se casó muy bien, en 1904, con la hija de un terrateniente llamado El Tío Sordillo, Carmen del Río Fernández. Usera heredó y, con muy buena vista, decidió parcelar sus nuevas tierras de labranza y venderlas para edificar, logrando de esta manera la mejor rentabilidad. Así nació este barrio y así nació su callejero.

Según regreso hacia el parque de Pradolongo, donde un verano vi miles de peces flotando muertos como en una película apocalíptica, voy notando bajo mis pies cómo la Tierra se coloca entre el Sol y la Luna, cómo se acerca, lentamente, el eclipse. En el parque miles de festivos madrileños esperan no se sabe si al evento astronómico o a que empiece a pinchar el DJ Pional, que ha venido con sus platos a amenizar el evento astronómico.

No se debe retrasar: una vez vino a tocar Lou Reed a Usera (era la primera vez que tocaba en España, en junio de 1980) y, tras llegar una hora tarde al concierto, su actuación no fue del gusto del exigente público, formado por 5.000 personas. Tras veinte minutos de música alguien lanzó una lata o una moneda y Reed, contrariado, abandonó el show. Se montó una buena algarada, con avalanchas, heridos, lanzamiento de más latas de cerveza y hasta la toma popular del escenario. Le robaron la guitarra: lo llaman el motín del Mosca, porque sucedió en el estadio del Moscardó, sito en el distrito. Yo una vez conocí a un vecino que decía conocer al tipo que le robó la guitarra a Reed, pero a saber. Era el lado salvaje de la vida, que cantaba el neoyorquino, pero a la usereña.

Hoy, que son tiempos aparentemente más civilizados, nadie roba los platos a Pional, porque Pional sale a pinchar, y la peña se disloca y se desmelenan en la rave municipal, y la luna se enrojece a 130 beats por minuto y se refleja en la tremolosa superficie del lago. Ahora, bajo el influjo de la luna de sangre, nos volveremos todos zombis y sembraremos el caos en el sur de Madrid.

4

Conejos, dadaístas y Melendi

Los dadaístas, amigos del absurdo, hijos de las atrocidades de la Primera Guerra Mundial, seguidores de Tristan Tzara y Hugo Ball en el Cabaret Voltaire de Zurich, fueron de los primeros artistas que vieron en el caminar una forma de arte, o algo así. El 14 de abril de 1921, una tarde de aguacero, Dada convoca una visita a la iglesia parisina de Saint-Julien-le-Pauvre con la que pretende inaugurar la Grande Saison Dada que incluirá óperas, congresos, conmemoraciones y otros actos. Este es el primer evento dadaísta al aire libre, fuera de salones y cabarets, y, si bien desde principios de siglo el arte trataba de representar el movimiento (por ejemplo, los futuristas), aquí no se trata de representarlo sino de encarnarlo físicamente. De salir de paseo, vaya.

En la octavilla de la convocatoria se puede leer: «Los dadaístas, de paso por París, queriendo subsanar la incompetencia de las guías y de los presuntos *ciceroni*, han decidido emprender una serie de visitas a ciertos lugares elegidos, en especial a aquellos que realmente no poseen ninguna razón de existir». La iglesia en cuestión, medieval, situada en el Barrio Latino, estaba abandonada, no era demasiado monumental ni demasiado conocida por nada en especial y estaba rodeada de terrenos baldíos (aunque las guías turísticas actuales dicen que está a la sombra del árbol más antiguo de la ciudad). Aun estando París llena de lugares significativos que visitar, los dadaístas optaron por la exploración de lo banal. Sería la primera y última visita de esta índole que harían los dadaístas, pero esta acción será el punto de partida para otras posteriores como las deambulaciones surrealistas o las derivas situacionistas.

Los dadaístas resaltan en su paseo la banalidad de los espacios urbanos y elevan el espacio y el tránsito por él a la categoría de arte, a modo de *ready made* duchampiano. En una foto de la visita se puede ver a los dadaístas posando en el jardín de la iglesia con sus abrigos, sus sombreros, sus bastones y sus monóculos: ahí están André Breton, Tristan Tzara, Paul Éluard o Louis Aragon. No hacen nada en particular: estar allí, haber ido caminando hasta allí sin ningún motivo aparente, ese es el hecho a reseñar. Yo también viajo a una iglesia, la de Santa Ana, una iglesia singular, al contrario que la de Saint-Julien-le-Pauvre, pero tampoco demasiado conocida por el público. Sin ningún otro motivo en particular que caminar hasta allí. Una parroquia, en el distrito de Moratalaz, levantada por un arquitecto con nombre, Miguel Fisac, en honor a su hija muerta.

«Será feo, pero tiene un piso en Moratalaz.» Esto lo decía una señora de un señor en la publicidad que se hacía del flamante distrito en los años sesenta. La inmobiliaria Urbis levantó en

aquellos años, sacando pecho empresarial, lo que se pretendía que fuese una «ciudad dentro de la ciudad» y que es una muestra de los salvajes desarrollos ladrillescos que tuvieron lugar en aquellos años por toda la periferia madrileña. «Moratalaz satisface a todos», decía otro de sus lemas.

Moratalaz, al otro lado del Amazonas metálico que es la M30 según se sale de Retiro, vive constreñido entre cuatro carreteras de las gordas. La dificultad de acceso, ahora mejorada, fue uno de los múltiples problemas (como entonces y ahora es habitual en este tipo de proyectos urbanísticos) que primero se encontraron los vecinos y que llenaron portadas de periódicos: había pocos y se formaban buenos atascos. En ocasiones se tardaba hora y media en entrar en el inexpugnable Moratalaz.

Yo también he tenido mis problemas: cruzando el puente que sigue a la avenida del Mediterráneo (la carretera de Valencia) por la acera del flanco izquierdo llego a un lugar en que la acera termina y empieza el descampado. Me inserto en él por un caminito con la esperanza de encontrar una salida a pie, pero me veo encerrado en una de esas convoluciones que hacen las carreteras para conectarse unas con otras, sin escapatoria, dentro de un rizo de maleza donde abundan los conejos allí donde mire, saltando como centellas entre los arbustos. Conejos salvajes en la M30, la naturaleza silvestre que se infiltra en los intersticios que le deja el hormigón urbano.

Viven muchos animales entre nosotros sin que los percibamos. En Madrid viven los conejos, las ardillas y los vencejos, y la Unidad de Medio Ambiente de la Policía Municipal ha encontrado animales prodigiosos como dragones barbudos, murciélagos, cerdos vietnamitas, serpientes de varias especies o jabalíes correteando por la M30. Sin ir tan lejos, en nuestros hogares vive escondida, con nocturnidad y alevosía (usted les paga el alquiler), gran variedad de cucarachas, arañas, pececillos de plata, mohos (yo una vez me topé con una lagartija inmóvil, disimulando, en mi salón) y, sin ir tan lejos, otra vez, hay unos ácaros horrorosos en los poros de nuestra propia cara, como arañas mutantes microscópicas, que salen cada noche, mientras dormimos, y hacen el amor sobre nuestro rostro. Se llaman *Demodex folliculorum*: cuando supe de su existencia en una exposición del Museo Nacional del Ciencias Naturales pasé varias noches sin dormir, atento a sus ominosas patitas microscópicas sobre mi piel dormida.

Yo, entre la fauna y la flora del rizo de la autopista, camino de Moratalaz, sigo sin encontrar modo de escape y empiezo a sentir miedo porque ese terreno reseco en el que veo algunas sillas plegables abandonadas y algunas bolsas de plástico (¿es que vive alguien aquí?, ¿saldrá a matarme algún ser atávico con una máscara macabra?) me empieza a resultar terrorífico, como la Carcosa de la serie *True Detective*.

Así que, después de dar una vuelta de reconocimiento entre las ramas de los árboles y sobre la hierba reseca, me veo obligado a ser precavido, volver sobre mis pasos y cruzar el puente por la acera de la derecha, que sí tiene salida. Un chaval que espera el autobús y que es consciente de mi

maniobra («¿Adónde irá este?, si no hay salida...»), parecía preguntarse) me mira como si yo fuera un pringao, un turista despistado que se ha aventurado absurdamente a explorar distritos desconocidos, y da en el clavo. Decido caminar ante él con aplomo, mirando al frente, como si viniese de meterme un pico de heroína o de hacer de vientre en tierras ignotas. Como si fuera un dadaísta con bastón y monóculo.

El skyline de Moratalaz se recorta al crepúsculo contra el cielo del este como una gran aglomeración de torres residenciales. La novedad es que no son del habitual ladrillo visto, aleluya, sino que toman colores ocre, blanquecinos, verdosos. Eso ahora. Hace 9.500 años ya vivía gente en Moratalaz, según se ha descubierto en el yacimiento epipaleolítico del parque Darwin. Se han hallado allí instrumentos hechos de piedra o huesos de animales (de liebres y conejos, precisamente), hogares donde hacer el fuego, etcétera, cosas que no construyó una gran inmobiliaria como Urbis, sino personas de hace mucho tiempo con sus propias manos.

Luego Moratalaz fue una dehesa donde pastaban los toros de lidia entre las huertas y los pozos, un campo de maniobras militares de artillería, un lugar de paso de personas, de animales, de multitud de arroyos (como el Abroñigal) y del tren de Arganda, del que se decía que «pita más que anda» (se conservan fragmentos de la vía en algunos parques). Su primera colonia fue la del Hogar del Ferroviario, cincuenta casitas bajas con jardín para los trabajadores del sector. Así hasta que llegó Urbis y montó su Sin City particular.

Ahora Moratalaz es un distrito residencial y tranquilo, con una población algo envejecida y menguante (el envejecimiento y la despoblación son, tal vez, sus mayores problemas, y eso que en otra época se le llamó «el barrio del chupete», por su alta natalidad). Los que aquí se asentaron fueron trabajadores que accedieron a la clase media y fueron grandes beneficiarios del Estado del Bienestar, tal vez por eso estos barrios fueron durante los años ochenta un caladero sin igual de voto socialista (ahora se vota más popular y podemita). Alfonso Guerra se fijaba en este distrito para hacer sus predicciones electorales. El rapero El Coleta, muy influido por la estética y la ética de los quinquis de los ochenta, narra en sus canciones un Moratalaz macarra y delincuencial, aunque según se ve, al menos en la actualidad, las cosas no son como las cuenta: los chavales moratalazeños que quieren parecer malvados se ve que van de pastel.

Además de El Coleta otros músicos notables han nacido, que no nacido, en Moratalaz. Es el caso del inefable Melendi, que dejó Asturias con sus rastas para surfear su éxito y recaló en estas calles. «Su gente es de verdad, sus aceras son sinceras. Así es Moratalá», cantaba el ovetense. O Alejandro Sanz, que vivió en la calle Doctor García Tapia desde los doce a los veinticinco años y formó su primera banda de heavy metal de maravilloso nombre: Jinete Inmortal. Ojalá Sanz entre en razón y vuelva a ondear la mano cornuda. De hecho, aun no contando entre los distritos más carismáticos de la capital, toda la gente que he conocido procedente de este barrio enseguida han explicitado su origen con notable orgullo.

Moratalaz fue protagonista de uno de los episodios más sonados de las luchas vecinales de antaño. En septiembre de 1976, cien mil personas se manifestaron por el camino de Vinateros para hacer diferentes reivindicaciones, pero sobre todo para protestar por el llamado «fraude del pan». Por eso la manifestación tenía un aspecto tan particular: muchos de los manifestantes blandían barras de pan contra el cielo como si fueran espadas, otros habían pinchado los panes en un palo y los agitaban al viento. Curiosa comitiva. El problema era la carestía de la vida y otras reivindicaciones vecinales, y se cantaron eslóganes clarividentes como «Menos fútbol, más escuelas», «Abajo los precios, arriba los salarios» o «El pueblo grita: escuela gratuita». Pero ¿qué pasaba con el pan? «Hace más de un año que las asociaciones de vecinos denunciábamos fraudes de peso, calidad y precio perpetrados por la Agrupación de Fabricantes», dijo entonces el vicepresidente de la Asociación de Vecinos de Moratalaz.

Resulta que las barras de pan industrial que se vendían en los barrios pesaban menos de lo estipulado, y se vendían al mismo precio, lo que supuso una estafa de varios miles de millones de las antiguas pesetas. En aquella época, en los barrios desfavorecidos, el pan era un alimento aún más esencial que en la actualidad. Algunas asociaciones de vecinos comenzaron a vender el pan en sus locales al precio justo y, finalmente, se arregló el conflicto cuando la Audiencia Nacional condenó a los autores del fraude. Hoy en día las guerras del pan continúan: los panaderos artesanos acusan a las grandes franquicias de panadería, que van apareciendo aquí y allá en las calles acabando con la panadería tradicional, de no vender pan de masa madre sino pan procesado de baja calidad.

Callejeo por las calles del distrito, pero, sobre todo, por sus «espacios interbloques». El modelo urbanístico aquí utilizado fue el de bloque abierto, es decir, bloques de viviendas separados entre sí sin formar calles al uso, lo que se piensa que es más agradable para la vida pero que crea un tejido urbano débil y algo aburrido. El mantenimiento de este laberinto endiabrado es complicado, así que donde debería haber múltiples espacios de césped verde y reluciente lo que hay es polvo marrón y hierbajos amarillentos. Eso sí, esos espacios interbloques (en uno me embriagan los efluvios de la marihuana, ¿será Melendi?) están muy bien para colocar agradables terrazas donde veo a vecinos de todas las edades compartir mesa en grupos numerosos, como si todos se conocieran, como si aquí todavía hubiera algo de pueblo.

Entre tanto bloque doy con el edificio singular: la iglesia de Santa Ana y la Esperanza, obra del también muy singular Miguel Fisac. Este arquitecto, moderno y exmiembro del Opus Dei, autor a la sazón del célebre edificio de La Pagoda, derribado a finales del siglo XX, tomó aquí por primera vez en cuenta las exigencias litúrgicas del Concilio Vaticano II: había que hacer una misa más amigable, cercana y popular, sin curas de espaldas murmurando en latín. La iglesia de Fisac, de puro hormigón, se dispone en corro alrededor del altar y en el presbiterio se ven tres oquedades orgánicas y algo marcianas que le dan ese halo extraño que tienen todos sus edificios.

Otro edificio de arquitecto con nombre es El Ruedo, de Francisco Javier Sáenz de Oiza, donde Moratalaz se pone a la verita de la M30, una mole de planta curvada y ventanucos muy pequeños para conjurar el ruido infernal de la circunvalación: una muralla para protegerse de la violencia del tráfico, en cuyas viviendas el baño y la cocina hacen de parapeto en el flanco exterior y el salón y los dormitorios se abren al enorme espacio central.

Se construyó entre 1986 y 1990 para acoger a familias chabolistas procedentes del Pozo del Huevo, en Vallecas. En YouTube se puede ver un vídeo curioso en el que el famoso arquitecto visita las viviendas para conocer a las familias alojadas y las familias alojadas le montan un pollo argumentando que aquello no son viviendas ni son nada, que ni siquiera cabe una cama matrimonial como Dios manda o que no se puede cocinar y tener abierta la ventana al mismo tiempo. Se ve que Sáenz de Oiza, encorbatado y serio ante la queja popular, lo pasa mal, que le sacan los colores, y trata de defenderse diciendo «Os dan algo y ponéis pegas», «Deja la casa, hazte arquitecto y a ver si la haces mejor» y otras reacciones no demasiado convincentes.

Resulta ciertamente curioso presenciar esa confrontación tan poco habitual entre el arquitecto que diseña la vivienda y el usuario que la habita (muchas veces la arquitectura es un crimen que queda impune y que tenemos que sufrir ocular o habitacionalmente sin derecho a protesta), sobre todo perteneciendo ambos a clases sociales tan diferenciadas: de alguna forma se ve al arquitecto estrella, autor de las célebres y modernísimas Torres Blancas, casi indefenso ante la elocuencia barrial de un gitano pobre que viene de una chabola.

El Ruedo se ha considerado un gueto problemático y al pasear por allí se ve cierta dejadez en sus portales con puertas rotas, buzones destartados y algunas pintadas. Hay grupos de jóvenes en algunas esquinas que al visitante, tal vez sugestionado por el lugar, le resultan amenazantes. Pero es más el prejuicio, el racismo y la aporofobia que la criminalidad real, que no destaca en la ciudad. Si por fuera El Ruedo es amenazador, horrendo, carcelario, cerrado sobre sí mismo en forma de espiral, cuando uno penetra en su curvatura, bajo la atenta mirada de los vecinos por allí apostados, descubre que sus fachadas interiores están plagadas de alegría y de color y de ropa que se seca al sol. Igual habría que mirar también por dentro a sus habitantes, en busca de la policromía festiva.

5

Barrio rico, barrio pobre

De muy niño empecé a soñar con un extraño espacio arquitectónico que no sabía identificar. En él se mezclaban sin orden ni concierto plazas, túneles, escaleras, fuentes, pasadizos, pequeños parques, rampas que llevaban a ninguna parte, como si un arquitecto demente hubiera diseñado este espacio en estado de éxtasis místico o duermevela, solo para que yo lo soñara. Y lo fui soñando, lo fui soñando, lo fui soñando sin saber lo que soñaba hasta que, a principios del siglo XXI, me mudé a Madrid y descubrí que ese lugar era AZCA.

AZCA, acrónimo de Asociación Mixta de Compensación de la Manzana A, son unas 19 hectáreas que fueron el primer intento que hizo Madrid de tener una city financiera como Dios manda. Pero da la impresión de que nunca funcionó del todo y ahora se ha quedado un poco vintage: el proyecto de AZCA, de Antonio Perpiñá, data de 1954 y se inspira en el Rockefeller Center neoyorquino, que intentaba ser una ciudad dentro de otra ciudad. Ahí, en medio de este caleidoscopio de hormigón, de acero y de cristal, está la torre Picasso, esbelta y blanca, pero que ya se ha quedado un poco chata en comparación con las no muy lejanas Cuatro Torres Business Area, que se asoman orgullosas al norte.

En las entretelas de AZCA conviven los vecinos, los trabajadores y los gambiteros que, por las noches, van a disfrutar de la fiesta latina y sabrosa en los bajos, donde prolifera el botellón silvestre y el reguetón sudoroso (también está el legendario club de techno underground Specka). Cuando anochece en AZCA se forma en este submundo un escenario de distopía futurista, de *Blade Runner* o *Desafío total*: dicen que a veces hay hostias. Pero la gran nave nodriza de la zona es El Corte Inglés, el mayor Corte Inglés de España, la madre de todos los Cortes Ingleses, donde uno puede pasear en un paseo sin fin, como quien pasea por dentro de la Estrella de la Muerte, y comprar todo aquello que desee sin correr el menor riesgo: si no quedas satisfecho, te devuelven el dinero.

AZCA es lo que en inglés llaman un Central Business District (CBD), el lugar donde se corta el bacalao financiero de la ciudad, un concepto de inspiración estadounidense, donde suele ocupar el downtown (el centro de la ciudad, aunque no siempre), pero rápidamente exportado a Europa, sobre todo durante el desarrollismo de posguerra, como se puede ver en la city de Londres o en la parisina La Défense. En los alrededores están el estadio Santiago Bernabéu o el Auditorio Nacional, cuya entrada preside un enorme mural de Joan Miró. En AZCA ardió en extrañas circunstancias un edificio, el Windsor, y todo Madrid y parte del extranjero se acercó a mirar las

brasas humeantes. Salió en los telediarios, pero también en el programa de Iker Jiménez. Yo también fui, recuerdo el olor a quemado y las cualidades escultóricas de aquella cosa carbonizada que quedó tras el fuego.

A la sombra de la torre Picasso, donde una vez visité las oficinas de Google y vi el famoso futbolín para que jueguen los empleados, me siento en una terraza y pongo la oreja a la conversación de las chavalas de la mesa de al lado. Parecen estudiantes pijas.

–Se fueron mis padres e invité a Álvaro y a María del Carmen, a ver *Shrek*. Pues María del Carmen vino con una botella de ginebra y se puso a beber ella sola hasta que se cayó redonda en mi cama. Luego se puso a vomitar. Creo que tiene un problema.

–Pues Herminia, mi compi de piso y del CEU, siempre se da unos baños de horas con sales de baño y mucha espuma. Luego lo deja todo perdido de pelos.

–¿Te acuerdas de aquel chico de la uni que te conté? Tenía una plantación de maría en casa. Una noche se quedó dormido en la cama mientras se fumaba un porro y la casa ardió. Hay quien dice que fue un suicidio.

Hablo de AZCA y de todo lo que la rodea porque está en el distrito de Tetuán, aunque AZCA podría ser un mundo propio, independiente del resto. AZCA y sus alrededores son el Tetuán rico, pero luego hay otro Tetuán, el Tetuán popular, el Tetuán pobre que se vertebra en torno a la frenética e interminable calle de Bravo Murillo. Estos barrios, llamados antes Tetuán de las Victorias, nacen de los antiguos campamentos que aquí levantaba el ejército en el XIX, donde antes estaba la agrícola Dehesa de Amaniel, en los terrenos del pueblo de Chamartín de la Rosa, cuando regresaba victorioso de la guerra de África (de ahí su nombre, de la victoria sobre los marroquíes en aquella ciudad en 1860) al mando del general Leopoldo O'Donnell, presto a realizar su entrada triunfal en Madrid.

Era un buen sitio: conectado a la ciudad por la carretera de Francia (por donde iba el correo hacia el país vecino) y bien suministrada de agua por pozos, manantiales y por el recién inaugurado canal de Lozoya, que buscaba suministrar agua fresca a la capital y que brotaba milagrosamente en un surtidor de la glorieta de San Bernardo.

Fue el germen del canal de Isabel II. De ahí el asentamiento se extendería hacia el sur por lo que es hoy la calle Bravo Murillo hasta juntarse con el barrio de Cuatro Caminos y atrayendo a miles de personas en busca de oportunidades de negocio para abastecer a la población, que abrían merenderos o puestos ambulantes. Por este lugar llegaban las gentes de Castilla a vender sus productos o a comprar utensilios capitalinos. Los comercios se iban asentando a ambos lados de la carretera de Francia que luego se convirtió en Bravo Murillo, todavía hoy una de las más animadas en la compraventa de la capital.

Al barrio de Bellas Vistas, al oeste de Cuatro Caminos, lo llaman el Pequeño Caribe y con razón: por algunas de sus calles, como Topete, parece uno transitar por la República Dominicana

(y eso que uno nunca ha estado en la República Dominicana). Los edificios de dos o tres plantas, algo destartados, cada uno de su padre y de su madre, entre el ubicuo ladrillo y los detalles modernistas, albergan multitud de peluquerías, lo que puede llevar a pensar que a los dominicanos les gusta mucho cortarse y peinarse el pelo. Eso es cosa cierta, pero es que además estas peluquerías ejercen de centro social, de encuentro de la familia y la comunidad, así que ahí podemos ver el bullicio de las orondas abuelas y los bebés recién nacidos, con las sillas sacadas a la calle al son de los ritmos caribeños que salen de los radiocasetes.

–Una banda de hombres me debe tres mil euros pero no se los puedo reclamar porque me matan –se oye decir, muy teatralmente, a una mujer.

A estos barrios también se les ha colgado el sambenito de la violencia de las bandas latinas, de los botellones, los ruidos, las drogas, las peleas, incluso con pistolas; sin embargo, según las estadísticas municipales Tetuán es menos conflictivo que otros distritos de mejor fama como Centro o Salamanca. Hay quien opina que se trata de prejuicios raciales o de maniobras para que caigan los precios inmobiliarios en la zona: Bellas Vistas, cercana a zonas de interés comercial como Malasaña, lleva años señalada por los especialistas como un lugar en riesgo de gentrificación. Esta, sin embargo, no acaba de llegar: los inversores parecen ocupados en otras cosas.

Por aquí también tuvo su primera sede el grupo neonazi de maneras contraculturales Hogar Social Madrid: su actividad, la okupación de inmuebles abandonados, y su estética (su jefa Melissa lleva el pelo teñido de colores, piercings, tatuajes) bien podría ser propia de un grupo de izquierdistas, sin embargo, ha sido adoptada por la ultraderecha más ultra. Los del Hogar Social, que fueron desalojados de Tetuán y ya han pasado por varias sedes por todo Madrid, están muy preocupados por ayudar a las personas necesitadas con DNI español antes que a las personas necesitadas en general. Cuando empezaron podrían resultar anecdóticos, pero desde entonces la extrema derecha y las ideas antiinmigración no han parado de crecer en España y parte del extranjero, como se ve en la entrada en los parlamentos del partido ultramontano Vox.

Al subir por Bravo Murillo uno va recorriendo una variopinta mezcla de tiendas tradicionales, restaurantes de fast food, pequeños casinos, bares de toda la vida, como un eco de la pasada carretera de Francia. De hecho, durante mucho tiempo, los vecinos continuaron llamando a la calle «la carretera». Esta es una de las calles bulliciosas y comerciales de Madrid y en Navidad compite con las céntricas Preciados, Arenal o Fuencarral por ser la que más factura de la ciudad. En 2009 cayó el Gordo de Navidad en esta calle, en la administración 146, y a mí me tocó ir a cubrirlo a toda leche y ver a la gente saltar blandiendo una botella de champán y toda la parafernalia habitual: era hermoso porque caían los millones en un barrio de trabajadores e inmigrantes. Espero que no se lo hayan gastado todo, al menos no en apuestas: los vecinos de Tetuán se han manifestado recientemente contra la proliferación de casas de apuestas que, según se

ha comprobado, hacen leña del árbol caído en los barrios más pobres, donde hay menos que perder y la esperanza es más grande, generando, a su vez, numerosos problemas de ludopatía.

Por ahí está también el último Nebraska, superviviente de la cadena de cafeterías que echó el cierre el año pasado. Dos de los trabajadores de este local, en el que llevaban trabajando más de cuarenta años como empleados, decidieron tomar las riendas del negocio y aún siguen sirviendo perritos calientes y sándwiches a ritmo de plusmarquistas y manteniendo el secreto en torno a la célebre salsa Nebraska. Al final del barrio por el norte hay zonas que semejan la periferia media de París y fruterías de excesivo color que arrojan una exuberancia de fruta a las aceras. Desde la cornisa del parque Agustín Rodríguez Sahagún ya se acaba casi la ciudad y se ve la Sierra a la lejanía. Según anochece, las autopistas se iluminan bajo un crepúsculo rojo inferno.

6

Sweet home Arganzuela

En Arganzuela viví en el alto edificio de los ferroviarios, cuando éramos jóvenes, y pintamos las paredes del pasillo de un rojo que producía ansiedad, y celebrábamos fiestas multitudinarias que no tenían en cuenta la rotación del planeta ni los horarios de los vecinos, que eran sordos. Era lo más parecido a lo que decían que era la vida molecular y bohemia, y mis preocupaciones de entonces, que me parecían grandes, ahora me parecen meros divertimentos vitales. Todo resultaba especialmente atómico y excitante.

Aquella casa, en un séptimo piso de un edificio de obreros ferroviarios atravesado de grietas (siempre temíamos que se derrumbase con nosotros dentro), donde Delicias 83, hermosa y cutre, estaba llena de disfraces y era traspasada por la luz desde los cuatro puntos cardinales. La ventana de mi austero cuarto, lleno de discos robados, daba al este, así que cuando me levantaba temprano y subía la persiana me cegaba brutalmente la luz del sol naciente que asomaba vigoroso tras el lejano skyline de bloques de Vallecas. Así que no podía madrugar.

Hay una encrucijada entre Delicias y la calle Ferrocarril, donde está la estación del cercanías, y cada vez que paso me quedo un momento mirando al balcón de aquel piso, alto y lejano, indiferente a mi presencia; todavía tiene las viejas persianas de madera verde que había que sujetar enrolladas con una cuerda, como se hacía antaño. En aquel balcón yo tenía una mecedora en la que me sentaba algunas tardes a mirar el obelisco de la iglesia de enfrente y a leer, aunque daba un poco de vértigo, porque entonces no había redes sociales y había tiempo para los libros.

Dentro de la Mancomunidad, que así llamaban a aquella urbanización obrera, olía al suavizante de la ropa que los vecinos colgaban para secar y un día, yendo con mi amigo, encontramos un gato muerto color perla, tendido de cualquier manera sobre el asfalto, como solo te despreocupa la muerte. Mi amigo lo tocó y comprobó su frío y su rigidez y nos pusimos muy tristes. Una de mis compañeras de piso, natural de Algeciras, me prestaba su ordenador, porque durante mis primeros siete años en Madrid yo no tuve computadora, y tenía que utilizar la del locutorio ecuatoriano o la de la facultad, y en aquel ordenador, cuando las pantallas eran cúbicas y enormes, escribía yo mis cositas y veía vídeos musicales, porque entonces navegar por internet era más un hobby que una obligación. Todavía estábamos solos, a nuestro aire digital, ausentes del negocio.

Siempre me produce la extraña melancolía del cronóforo pasar por los lugares donde he vivido antes. Miro las ventanas, espío los portales, me pregunto quién vivirá ahí arriba en lo que antes era mi cuarto. A veces fantaseo con subir y llamar a la puerta, una puerta que reconozco como mía,

y que salga yo mismo, más joven, y no me reconozca, y me escupa en la cara. Las vidas pasan pero las ciudades quedan, estamos de alquiler aunque algunos sean propietarios, alguien está ahora en todas las casas, en todas las habitaciones contra cuyas paredes alguna vez estrellé mis neuronas, y no son pocas. Esas personas no saben quién soy yo, y yo no sé quiénes son esas personas. ¿Por qué están ocupando los espacios de mi vida?

De aquella manera, despreocupada y tremenda, vivíamos muchos amigos en Arganzuela, porque era barato y estaba lleno de señoras y de farmacias y muy cerca de Atocha o de Lavapiés. Quedábamos para ver películas asiáticas del videoclub y para tomar café de sobremesa. Era nuestro hogar, aunque en invierno hacía mucho frío. Hasta conservo fotos Polaroid y post del Fotolog, donde todo parece más heroico de lo que realmente fue. Yo no solo habité la alta casa de los ferroviarios, sino también otra casa bucanera e infernal, por Palos de la Frontera, poblada por gente excesiva y dispar, donde fui muy desgraciado y muy feliz, pero sin término medio. Así que cuando regreso a Arganzuela, que no me queda muy lejos, es como si regresase a una segunda ciudad natal, donde no pasé la infancia, pero sí buena parte de lo más desregulado de la juventud.

Vuelvo a caminar por las calles de Arganzuela pero ya de otra manera: ahora exploro, pajareo, derivo, y me doy cuenta de cuántas calles tan cercanas a los sitios donde viví desconocía. Por lo general, en la vida cotidiana, elegimos siempre las grandes avenidas antes que las carreteras secundarias, la arteria principal antes que el capilar, de modo que siempre tomamos ciertos trayectos, los más cortos, los más fáciles, los más llanos, y vivimos dentro de un mapa lleno de lagunas en blanco. No miramos más allá del eterno retorno del mismo paso de cebra.

En el paseo de las Delicias, una de esas grandes arterias, hace muchos años estuve más cerca de la muerte que nunca en mi vida. Me giré a mirar a una flameante mujer latina que pasaba y cuando proseguí mi camino una maceta estalló contra la acera delante de mí con gran estruendo, como caída del cuarto piso. Se rompió en mil pedazos contra la acera y la planta quedó tronchada entre un montón de tierra dispersa.

Si no me hubiera detenido a mirar a aquella ciudadana desconocida probablemente ahora estaría muerto y enterrado en el cementerio civil de la Almudena. Por esa misma zona, que ahora vuelvo a recorrer, y donde pienso colocar un ramo de flores, esta vez sin maceta, está la muy particular empanadillería china Los Tres Cerditos, uno de esos sitios algo destartados pensados más para el *take away* que para ser restaurante, y que ofrece delicias orientales a módicos precios.

Hoy se llena de chavalería –de la edad que debía tener yo cuando vivía en Delicias– que planea llevarse un montón de empanadillas a una hipotética fiesta en una hipotética casa. Dos se dan el lote y se magrean el culo, todo fluye. Otro les amonesta en broma y me mira, haciéndose el simpático: «Estos dos llevan cinco años saliendo y están como el primer día». Sonríe lo justo y lo celebro mucho por dentro, como si yo mismo fuera una empanadilla china rellena de amor.

Cambio de local y me voy a un grasabar. En Arganzuela todavía abundan los bares tradicionales, los bares de barrio, los bares manolo, los grasabares, esos que en otras zonas más céntricas son arrasados por los clónicos bares hipsters de ladrillo visto y bicicleta *fixie*. Soy grasabarófilo y grasabarólogo: voy a beber solo, me siento en la barra, abro un periódico deportivo y finjo que leo mientras escucho lo que dicen esos hombres solitarios que hay en los grasabares, los señores-que-bajan-al-bar. Hoy hay uno muy enfadado, con chaleco militar, que no deja de dar la murga a la camarera, que le escucha con paciencia: «Mañana me toca volver a la fábrica y estoy seguro de que voy a tener que empezar a repartir hostias —se pavonea—, no me gusta repartir hostias, pero voy a tener que repartir hostias». El otro cliente que hay se pasa el rato en su mundo, insertando obsesivamente monedas en la ranura de la colorida máquina tragaperras, cuyas alegres melodías siempre resultan melancólicas en los bares que están vacíos.

Arganzuela fue uno de los ensanches que experimentó Madrid a mediados del siglo XIX, como Chamberí o el barrio de Salamanca, que fueron más allá de las cercas que limitaban el crecimiento de la ciudad; en todos ellos se nota el trazado ortogonal de sus calles ideado por el arquitecto Castro. Arganzuela, la expansión natural de la ciudad cuesta abajo hacia el Manzanares, lugar de huertas, dehesas y tierras baldías, fue donde se instalaron los llamados barrios negros, pobres y marginales, habitados por «gentes de mal vivir», como ocurrió en los arrabales de Peñuelas e Injurias. Fue también el escenario de la industrialización de Madrid, donde se estableció un bullicio de humos, bufidos de locomotoras, rugido de maquinaria y ajeteo entre fábricas, talleres y almacenes.

Zona ferroviaria e industrial, como se comprueba recorriendo sus calles cuando vamos encontrando los restos de aquello: la vieja estación de Delicias, ahora Museo del Ferrocarril; la vieja fábrica de bombillas Osram, hoy sede de la Empresa Municipal de Vivienda; el viejo Matadero, hoy centro cultural; el antiguo Mercado de Frutas y Hortalizas, hoy sede del Espacio Vecinal Arganzuela (EVA). Donde había una fábrica de gas, el Gasómetro, ahora hay un parque, y otro parque levantaron encima de unas escombreras, el parque Tierno Galván. Arganzuela es uno de los distritos más postindustriales de la sociedad postindustrial, un paradigma, que pasó de albergar a la marginalidad a albergar a la clase obrera y, posteriormente, a cierta clase media, si es que tal cosa existe.

Al parque Tierno Galván iba yo a correr a medianoche cuando me dio por ahí, luego descubrí que era mala idea: primero, porque me atacaban los murciélagos (luego lo contaba por ahí y nadie me creía, porque hay quien piensa que solo hay murciélagos en las películas y en las cuevas), y segundo, porque con la activación biológica propia del running luego no podía dormir.

Aquí está, con su blanca cúpula, el Planetario de Madrid (iniciativa del propio Tierno), desde donde los madrileños pueden admirar dentro de la cúpula las estrellas que nos ha robado la contaminación lumínica, esa luz-basura (la única luz-basura) que nos condena a ese cielo

anaranjado y neblinoso propio de *Blade Runner*. Desde el inicio de los tiempos el ser humano pudo mirar al cielo en enormes noches estrelladas, estrelladísimas, y medir contra él su patética existencia, asombrarse del regular movimiento de los astros y ver los rastros de los dioses, escuchar la música de las esferas. Ahora que manchamos el firmamento con la luz guarra que tiramos al vertedero cósmico, nos falta ese cielo oscuro y estrellado con el que compararnos, y así nos hemos convertido en una especie, *homo sapiens*, soberbia y desmemoriada, que solo se mira el ombligo.

7

Un pueblín de filósofos, showmen y otros animales

A la izquierda del Camino Viejo de Vicálvaro, según se entra en el distrito, está el descampado más grande que he visto en Madrid, y mira que he visto descampados. Más que un descampado es puro campo. A veces me he preguntado cómo serían las tierras de los distritos periféricos antes de que las cubrieran de bloques de viviendas. Pues la respuesta es esta, este trozo de campo que se ha quedado perdido en el medio de la urbe.

Hay hasta dos pequeñas casuchas, como posadas para viajeros románticos del XIX, como si allí siguiesen haciendo la vida de otro siglo sin darse cuenta de que alrededor las grúas, flamencos metálicos, no paraban de colocar ladrillos. Hay arbolitos, y hay hierba quemada por el sol, y pájaros ornitológicamente extraños.

Hay, otra vez, conejos, hay muchos conejos en Madrid; esta vez decido perseguirlos un rato, no para meterlos en la olla, sino para comprobar su proverbial rapidez. Pero no hay manera, claro. Me han dicho que con tanto paseo soy como Alicia en el País de las Maravillas. Es cierto que Wonderland es Vicálvaro, que nada más empezar tiene campo. Solo estuve una vez aquí, cuando vine a entrevistar a una hermosa joven llena de tatuajes que vivía con dos serpientes, como una diosa de alguna mitología oriental. Liebres y serpientes, qué maravilla Vicálvaro.

Esta visión del campo vicalvareño me retrotrae a los paseos de los surrealistas, que tomaron el testigo de los dadaístas (que habían visitado aquella olvidada iglesia parisina, Saint-Julien-le Pauvre) de la caminata como acción artística. En su caso, sustituyeron el andar urbano por el paseo campestre: la deambulación surrealista.

Tres años después de la experiencia dadaísta, en 1924, un grupo surrealista parisino, formado por André Breton, Louis Aragon, Roger Vitrac y Max Morise, tomó un tren a campo abierto, hasta el pueblecito de Blois, que eligieron al azar sobre el mapa, y desde allí caminaron conversando durante varios días, sin objetivo aparente, sin camino predeterminado, atravesando pueblos como Salbris, Gien o Court-Sevigny hasta la localidad de Romorantin, al sur de Lyon, una travesía que Breton calificó como iniciática. Una especie de escritura automática en el espacio físico. «Exploramos los límites entre la vida consciente y la vida de los sueños», escribió Breton.

Los surrealistas sentían, al igual que siento yo como paseante sistemático de los centros y las periferias, un estado de hipnosis o de trance, un abandono al inconsciente derramado sobre las

calles de la ciudad y sus espacios anónimos, donde a veces surge la hierba o explota una flor inopinada entre los escombros. Eso sí, el cansancio y la falta de objetivos provocó fuertes enfrentamientos entre los miembros del grupo.

Pocos meses después de su regreso publicaron su Manifiesto Surrealista. Nunca repitieron la experiencia campestre, Breton y Aragon se centraron en la exploración urbana como se refleja en obras suyas de la época, *El campesino de París* o *Nadja*. El siguiente paso de esta cadena de la vanguardia andarina lo darían los situacionistas con sus derivas psicogeográficas.

El pueblo de Vicálvaro, más real que surreal, fue anexionado por Madrid en 1951 en cumplimiento del llamado Plan Bidagor, que pretendía hacer de la capital una gran metrópoli. Para muchos aquella fecha fue un desastre, aunque, bien mirado, Vicálvaro todavía parece un pueblo. La parroquia de Santa María la Antigua, barroca, de ladrillo castellano, yergue su campanario en lo que era su centro y ruega en un cartel a los vecinos que, por favor, no se hagan pintadas, ya que se trata del único conjunto histórico-artístico del distrito. En la plazuela cercana, donde se mantienen las esencias de lo que era el pueblo anterior, una niña cuenta, con asombro, que tiene una amiga china que se comió cinco (¡cinco!) huevos Kinder Sorpresa de una sentada, no sabemos si por golosa o por ambición de los juguetes que vienen dentro. El pueblín de Vicálvaro está ahora fagocitado por enormes bloques de vivienda nueva, como el regalo sorpresa dentro del huevo Kinder.

En estos sitios tuvo lugar en 1854 la Vicalvarada, una revolución mediante la cual, durante el reinado de Isabel II, los generales Espartero y O'Donnell consiguieron poner un gobierno progresista donde había uno moderado. Lo que empezó en Vicálvaro acabó, tiempo después, extendiéndose al país y a su capital, que se llenó de barricadas y edificios en llamas. De los hechos se hizo eco, en el *New York Daily Tribune*, un periodista llamado Karl Marx. Hablamos de la guerra del 36 como de la Guerra Civil Española, con mayúsculas, pero el convulso siglo XIX patrio estuvo plagado de guerras civiles, pronunciamientos militares y revoluciones de las que no nos acordamos tanto: carlistas contra isabelinos, conservadores contra liberales, moderados contra exaltados, como si tal cosa fuera desde entonces del deporte nacional en el que seguimos inmersos, aunque de otra manera más pacífica.

Cuando en Madrid caían las bombas franquistas de la Guerra Civil (la del 36), aquí aprendía de su maestro, don Francisco, el filósofo Emilio Lledó. Hace unos años el pensador regresó a la vicalvareña librería Jarcha a recordar aquellos tiempos de inicio en el conocimiento. Otro ilustre vecino del barrio, aunque en otros ámbitos bien diferentes, es el showman Mario Vaquerizo, cuyos padres viven aquí y que ha participado en el reciente documental *Vicálvaro, más que un pueblo*. Y aquí se vino, acompañado de Alaska, a la presentación. Dice Vaquerizo que, cuando muera, quiere que paseen sus restos en coche funerario por estas calles, con un retrato enorme sobre el féretro.

En el distrito de Vicálvaro abrieron una vez un lugar con el frío título de Parque Biológico de

Madrid, pero no iba mucha gente. Así que llamaron al poeta y nombrador Fernando Beltrán para que lo rebautizara y le puso Faunia, que suena mucho más sexy. Y entonces la gente empezó a acudir a mirar a los miles de animales que allí se muestran (¿habrá conejos?): es la importancia de un buen nombre. Luego Beltrán se inventó otros que nos suenan mucho, como Amena, Opencor o La Casa Encendida.

Ahora los nombres de los lugares, de los locales de hostelería, de las empresas de transporte, de los negocios, incluso de los platos que se ofrecen en las cartas de los restaurantes, están mucho más trabajados, se ve al pasear por la ciudad, cosa que debemos celebrar, aunque a veces puede resultar empalagosa, a falta del talento poético de Beltrán, tanta proliferación de ingenio por doquier. Ya nadie pone un bar y lo llama Casa Manolo, ya hay pocas empresas que terminen en S. A., ya no se pone a tu camión el nombre de Ferysu, por Fernando y Susana.

Alrededor del casco histórico de Vicálvaro, además de Faunia, han crecido otros barrios más modernos y algunos parques enormes, como el de Valdebernardo. Allí hay un mirador aupado a un promontorio al que se sube por un camino en espiral: desde aquella altura se ve, al oeste, la ciudad de Madrid casi completa y cómo va encendiendo lentamente sus luces mientras el crepúsculo se apaga en poniente: se hace evidente el lento giro del planeta Tierra. Los vecinos suben y observan arrobados la ciudad, como si de pronto fueran conscientes, desde la altura y la perspectiva, de la enorme maquinaria dentro de la cual viven. Hay un silencio reverencial, solo roto por el grito de una mujer que dice el nombre de su hijo que se ha perdido jugando por ahí. Uno mira la ciudad como miraba la lejanía *El caminante sobre un mar de nubes*, de Caspar David Friedrich.

De dónde saldrá la energía para alimentar un monstruo tan descomunal, para que fluya la electricidad a cada enchufe, a cada ventana, a cada farola, a cada cartel luminoso que va decorando la noche que empieza. Cómo llegará el agua desde las montañas y los pantanos con la fuerza necesaria para escalar cada edificio y salir milagrosamente por cada grifo. Cuánta gente estará haciendo el amor ahora mismo en esa masa infinita de hormigón y de ladrillo, en cuántas de esas ventanas iluminadas alguien estará sufriendo la pequeña muerte del orgasmo. Por qué hay tanta gente en Madrid, qué estarán haciendo en este momento, cómo es posible que uno camine dos o tres horas desde el centro y sigan sucediéndose más edificios y más calles y más vidas que nunca conoceremos.

Si uno mira al resto de los puntos de la rosa de los vientos descubre, como se descubre en pocos lugares de Madrid, que vivimos, sin ser del todo conscientes, rodeados de un desierto árido y pardusco.

8

La Hortaleza alpina

La calle Hortaleza, que parte de Gran Vía y discurre, más o menos, entre los barrios de Chueca y Malasaña, se llama así porque en otros tiempos era el camino que llevaba al pueblo de Hortaleza. Lo mismo ocurre con su vecina calle Fuencarral, que llevaba al pueblo de Fuencarral, la calle Alcalá, que llevaba a Alcalá de Henares, o la calle Toledo, que apuntaba hacia Toledo. La cosa estaba muy bien: la propia ciudad te decía adónde ibas, sin trampa ni cartón.

Esto me recuerda a los situacionistas franceses, que, después de los dadaístas y los surrealistas, continuaron dedicándose a la exploración a pie de la ciudad y teorizando, a veces muy abstrusamente, en torno a ella. El carismático, taxativo y borrachuzo líder de los situacionistas, Guy Debord, escribió aquello de *La sociedad del espectáculo*, un libro donde profetizaba, en 1967 y con asombroso tino, lo que es la sociedad en la que vivimos ahora: una sociedad en la que todo se convierte en un espectáculo, que es puramente Espectáculo, del que vivimos separados, como meros espectadores, como si no viviéramos una verdadera vida, sino un simulacro. La vida se convierte, en palabras de Debord, en una «declinación de ser en tener, y de tener en simplemente parecer». Tal cual.

Los situacionistas estaban interesados en la vida cotidiana y la cultura como campo revolucionario, en la «realización del arte», y resulta que inventaron la deriva psicogeográfica, ese andar errático pero sistemático por la ciudad, que revelaba la existencia de algunos puntos de atracción y otros de repulsión, un extraño mapa de ascos y afectos que se ocultaba debajo del plano de la urbe. Practicaban las derivas también de taberna en taberna, catando espirituosos, por las calles de París, qué hermoso. Debord concebía la ciudad como un archipiélago, como un conjunto de islas flotando en un océano, y esa misma sensación es la que tengo yo al explorar los diferentes distritos de la ciudad, tan diferentes y ajenos unos a otros.

La psicogeografía era esa ciencia (es un decir) de la apreciación de las diferentes impresiones subjetivas que la ciudad iba causando en el paseante. En la teoría, la deriva se realizaba en grupos de personas que caminaban la urbe y luego se reunían para compartir sus impresiones psicogeográficas, aunque hoy se llame «deriva» a cualquier cosa, porque el término ha cogido prestigio. Por eso yo, antes que derivar, paseo.

Así que lo de Hortaleza es raro, porque hay una calle que te indica por donde llegar a ella —es un decir—, pero cuesta mucho llegar, como si en ese distrito hubiera uno de esos puntos de repulsión urbana sobre los que teorizaban Guy Debord y los suyos. No es fácil llegar a Hortaleza.

Ahora Hortaleza, desde 1949, ya no es un pueblo independiente sino un distrito integrado en la capital, como tantas otras localidades periféricas que han sido deglutidas por la urbe hambrienta. Madrid como un agujero negro, Madrid que crece hasta incluir a toda España, al planeta entero. El Pequín del futuro: un barrio de Madrid.

Prosperidad aparece en el camino al noreste (La Prospe, fundada por un señor llamado Próspero), y tiene nombre de restaurante chino o de señora anarquista. Es uno de los barrios más barrios de la ciudad, y eso se nota en torno a su tradicional mercado (ahora gastromercado), donde han abierto una sucursal de la chocolatería San Ginés. Hay ambiente de terrazas y la franquicia, aunque va llegando, no abunda demasiado. Algunas zonas de la arteria López de Hoyos a esa altura, con sus edificios pequeños de dos y tres alturas, responden al imaginario de la pequeña ciudad estadounidense del Midwest (eso sí, echándole mucha imaginación). No muy lejos se encuentra un hito arquitectónico madrileño: el edificio organicista Torres Blancas de Sáenz de Oiza, que es un poco como el interior de la nave de *Alien: el octavo pasajero*. Yo tuve una tía a la que le iba muy bien y vivía en ese lugar tan señalado: me fascinaba cuando me contaba que uno podía tirar la basura directamente por una portezuela que había en la pared.

Entonces aparece la M30, bestial y bulliciosa. Este anillo de asfalto y coches discurre por el este de la ciudad siguiendo buena parte de lo que antes era el arroyo Abroñigal, afluente del Manzanares, y soterrado por la carretera desde la década de los setenta. La M30 es muy Madrid, es la vía que lo contiene y lo segrega, es como una faja, una muralla, una frontera, un cinturón, todo a la vez. No está, pero siempre está presente, ahí fuera, o ahí dentro, de alguna manera. Estamos rodeados, literalmente. Se le puso el número 30 porque, en teoría, era el tercer anillo de la ciudad, después de la cerca de Felipe IV (del siglo XVII), y del anillo que forman las diferentes rondas: la de Segovia, Toledo, Valencia, etcétera. Ahora lo llaman Calle 30 y, desde 2003, es de gestión municipal y no ministerial, cosa rara para una autopista de este grosor. La idea de la circunvalación de la urbe ya surgió durante la dictadura de Primo de Rivera, pero hasta los años cuarenta no comenzó a proyectarse, cuando el Plan Bidagor, y hasta los setenta no comenzó a materializarse, como suele pasar con estas cosas.

El arroyo Abroñigal tenía mucha presencia en la vida popular: en su ribera había lavanderas, merenderos, puestos de frutas y verduras, paellas vecinales, tabernas obreras, bailes, y a su orilla vivían muchos de los personajes más decaídos. Lo típico, en sentido estricto. Por ahí vivió y relató Paco Umbral a su llegada a Madrid y al Café Gijón. Durante mucho tiempo el arroyo fue negro y maloliente, porque todos los residuos de los barrios colindantes iban a parar allí sin ningún control. Pero había vida, como en todas partes. A su paso por Vallecas el Abroñigal discurría por debajo del famoso puente de los Tres Ojos, que una vez se hundió al paso de una locomotora y que luego fue demolido, precisamente, por la M30. El distrito de Puente de Vallecas

toma el nombre de otro puente sobre el Abroñigal que había por aquellas latitudes y que conectaba con el sudeste de la urbe.

Encima de todo eso, expropiación mediante, se puso la M30, que en la zona del Manzanares ahora se ha soterrado por debajo de Madrid Río, que por el resto de flancos sigue siendo esa carretera brutal donde la gente se atasca yendo o viniendo del curro, y que sale siempre en los informativos mañaneros para saber a lo que uno se atiene si coge el coche. En la película *Barrio*, de Fernando León de Aranoa, los chavales barriales protagonistas se sentaban en los puentes de la M30 a fantasear con que el próximo coche que apareciese por debajo de sus piernas colgantes fuese suyo. En la muy generacional *Historias del Kronen*, de Montxo Armendáriz y basada en la exitosa novela de José Ángel Mañas, los alocados protagonistas noventeros se colgaban de esos mismos puentes jugándose la vida. Cuando uno pasa por encima los puentes vibran al ritmo del tráfico, y los coches, como balas coloridas, parece que van a clavarse en su estómago.

La M30, más allá de sus significados metafísicos, sirve para distribuir el tráfico que llega y sale de las autopistas radiales, que, como en una rosa de los vientos, y desde el kilómetro cero de la Puerta del Sol, se dirigen a todas las Españas. A partir de los años cincuenta, con la popularización del vehículo motorizado en todos los estratos sociales (la gente empezó a tener los icónicos Seat 600, los Seiscientos), el tráfico del centro comenzó a densificarse y a necesitar un desahogo (cosa que ahora, con el Madrid Central libre de coches, se trata de corregir, no se vaya a convertir el planeta en un infierno). La solución era esta circunvalación y las que la siguieron, como la M40.

Después de cruzar la M30, que es ese límite físico y psicológico que indica que ya estás en el más afuera de la ciudad, se arriba al distrito de Hortaleza. Su entrada por López de Hoyos tiene un punto alpino, porque aparece el arbolado y huele como a Sierra: hay una cuesta y, en la calle Arturo Soria, una estatua que da la bienvenida en forma de un ciervo y una cabra. Son los únicos animales salvajes que se dejan ver por la zona, y están muy quietos.

Recuerdo haber estado en Hortaleza hace veintidós años, cuando aún no vivía en Madrid y venía a visitar a las amistades que había cosechado en un campamento de verano. Una de aquellas amistades era hortalina, pero casi no recuerdo nada de aquella visita, lo que demuestra que vivimos en balde, porque lo único que vamos dejando son agujeros de olvido en el calendario. ¿Dónde estaba usted el 6 de julio de 1996? Yo, probablemente, en Hortaleza, aunque, Hortaleza: no te reconozco. Por entonces yo escuchaba a un grupo de rock que lleva a mucha honra ser de Hortaleza, donde «Dios se echó la siesta pero no pudo dormir»: los Porretas. Y este lugar fue también la cuna de un sabio: Luis Aragonés, el sabio de Hortaleza, experto futbolero al que no le cabía en el culo «ni el pelo de una gamba», según él mismo reveló.

Dicen que el nombre le viene al barrio de que antes esta era una zona de huerta y hortalizas. Ahora, más que hortalizas, que no vi ninguna, lo que se cultiva es lo que se cultiva en todas partes:

el ladrillo (hay también quien dice que el nombre le viene de la palabra «Fortaleza», aunque ahora se deja penetrar sin resistencia). Caminar por la ciudad movido por la fuerza centrífuga, del centro al borde, es una forma de ver cómo se apilan toneladas de humanidad rodeadas de toneladas de arquitectura: ¿quién es toda esta gente? ¿Qué les conmueve? ¿Con qué sueñan?

En la Gran Vía de Hortaleza me topo con un lugar que podría servir para darme respuesta a estos dramas barriales-existenciales, aunque no es el caso: una gran iglesia ortodoxa con grandes cúpulas doradas que deslumbran desde la lejanía y que destacan como una aparición divina entre los bloques de apacibles viviendas. Es la parroquia de Santa María Magdalena, donde se junta buena parte de la comunidad religiosa rusa, ucraniana, georgiana, moldava, además de los españoles ortodoxos, que haberlos haylos.

Un poco más adelante se me presenta otro templo, pero de otra religión, la de los mercaderes: el centro comercial Gran Vía de Hortaleza, un edificio de cubos negros incomprensibles como un Tente gigante. Dentro se reproduce lo que hay en todos los centros comerciales, siempre idénticos a sí mismos, aunque en este caso el espacio tiene un toque vintage que hace pensar que en cualquier momento puede aparecer una invasión zombi de película de los ochenta. Sin embargo, los zombis aquí no son violentos: los apaciguan a base de Carrefour y Burger King.

Al final del trayecto, tratando de recordar la Hortaleza que visité en mi ya lejana juventud, donde comí tortilla de patatas, llego a la barriada de San Lorenzo, de la que creo rescatar algunas imágenes mentales prehistóricas o será que la memoria, que es prima hermana de la fantasía, se las inventa: me suenan de algo esos edificios que, en vez de lucir el monótono marrón habitual de los barrios, son de color blanco hueso, blanco sucio, blanco roto, o como demonios se llame ese blanco.

9

Los sonidos de Carabanchel

Cuando arribo a Carabanchel Alto, hora y media después, me topo con un señor escuálido que, sentado en un parque pequeño, con la camisa bien abierta y la cara hecha un dédalo de arrugas subcutáneas (como dijo el poeta), mira la vida pasar. Le pregunto por dónde se llega al parque de la Peseta. Me responde con perfecto acento carabanchelero:

–Eso está muy lejos, mejor te coges el autobús que para ahí...

–¿Cómo de lejos?

–Por lo menos veinte minutos andando.

–Da igual, si vengo andando de allá abajo...

Y señalo a mi espalda, no sin cierto orgullo, toda la cuesta que he subido desde el río.

–¿De dónde?

–De Lavapiés.

–Coño, ¿vienes andando desde Madrid?

Carabanchel Alto es también Madrid, claro, pero para este señor yo vengo de Madrid-Madrid y aquello es otra cosa. Y lo cierto es que lo es. Al sudoeste de la ciudad es la última frontera de la capital que limita con la ciudad exterior de Leganés.

Carabanchel, como Vallecas, son distritos enormes con una más enorme identidad. Tanto es así que cuando los paseas te saben a poco, como cuando te enseñan un trozo de la cruz de Cristo o te presentan a una estrella de Hollywood: es difícil comprender el todo a través de la parte, o la cosa presente sin imaginar su historia. En mi camino paso por la ermita de San Isidro, donde se dice que vivía el santo, patrón de Madrid, con santa María de la Cabeza, su señora. Allí se obró el milagro de los bueyes: Isidro tenía fama de vago porque antes del curro se dedicaba a la oración. Cuando el jefe, Iván de Vargas, uno de los grandes prohombres de la ciudad, fue a comprobar esa información, se encontró con que los bueyes estaban arando guiados por ángeles mientras Isidro rezaba. Después le nombraron encargado. Quisiera yo tener ángeles subcontratados.

El *storytelling* de Carabanchel pasa por la historia obrera, por la célebre cárcel donde recluían a los antifranquistas. Pero el distrito de Carabanchel engloba lo que eran en sus inicios los pueblecitos agrícolas de Carabanchel Bajo y Carabanchel Alto. Fue tradicionalmente un lugar campestre donde los ricos tenían sus fincas de asueto, como era el caso de Eugenia de Montijo o

el marqués de Salamanca, que murió en el palacio de Vista Alegre: un sitio para el descanso y el veraneo antes de que esto se convirtiera en un barrio obrero.

En 1834 la corte se trasladó a Carabanchel Alto: la regente María Cristina quería poner a salvo a su hija, que reinaría como Isabel II, de una epidemia de cólera que asolaba Madrid. Posteriormente adquiriría unos terrenos en Carabanchel Bajo donde levantaría el palacio de Vista Alegre, y esto atraería a la zona a otras familias de alta alcurnia, siempre deseosas de imitar a la monarquía. Ahora en la plaza de toros de Vista Alegre celebran sus mítines y congresos partidos, tanto Vox como Podemos, como si ese sitio fuese una lanzadera para nuevas formaciones políticas que de repente, para bien o para fatal, parten la pana.

En Carabanchel paseo y me topo con el auténtico Bar Paco, «especializado en tapas de cocina», un garito que, según dice el chiste, en el centro se llamaría Gastrobar Francis. Eso sí, ya están los futurólogos diciendo que Carabanchel es el nuevo Williamsburg (¿qué no es ya el nuevo SoHo, el nuevo Williamsburg?): lo cierto es que hay artistas que se están mudando al barrio y aprovechando algunas de sus naves abandonadas como estudios y hasta vivienda. Paseando por las aceras puedo ver en plano picado las vidas de la gente humilde que habita en los sótanos, que fríe empanadillas de bonito congeladas en sus pequeñas cocinas y que solo reciben la luz del sol a través de un ventanuco por encima de sus cabezas y por donde ven pasar los pies de los transeúntes que se van hacia otra parte.

Entre lo que eran el Carabanchel Alto y el Bajo me encuentro el portón de la Colonia de los Periodistas, un arco sostenido por dos torreones de estilo modernista que daba entrada a esta pequeña urbanización donde se trasladaron los periodistas con posibles de principios del siglo XX: quizás entonces esta era una profesión con más prestigio que ahora, y que merecía habitar arquitecturas de vanguardia de la época. Aquí vivían, en chalets, los miembros de la asociación de escritores y periodistas conocida como Los Cincuenta. No había entonces en los alrededores de la capital sitio más sano y tranquilo, más rodeado de naturaleza, que este. Había calles limpias y adoquinadas, electricidad y teléfono, arboledas y horizontes, y un tranvía que llevaba a la Puerta del Sol en cuarenta y cinco minutos. Ahora hay el ubicuo ladrillo de la periferia madrileña y coches aparcados siguiendo la línea de las aceras.

Un lugar muy particular de este barrio es el Cementerio Británico, propiedad del gobierno del Reino Unido: el portón de la muralla roja, bajo un arco apuntado, se abre y muestra las lápidas clavadas en la tierra, algunas rotas, otras torcidas, las cruces erguidas, los inquietantes ángeles de granito, un ambiente romántico y decadente con cierto aire de jardín tradicional inglés. Este pequeño camposanto bien podría ser el escenario de un relato de misterio. Lo visité y el señor David J. Butler, un gentleman inglés, me explicó la vida de los cadáveres que se encuentran bajo su suelo.

Resulta que en otras épocas los muertos no católicos eran tirados por ahí, muchas veces al mar,

que luego escupía en la playa sus cuerpos, que eran carcomidos por las aves carroñeras. En sitios como este, fundado en 1854, se pudo empezar a dar sepultura a los extranjeros no católicos. Aquí duermen su sueño eterno miembros de familias con nombre, como los industriales Boetticher, los Lhardy, fundadores del célebre restaurante de la carrera de San Jerónimo, o el pionero de la fotografía en Madrid, Charles Clifford. O William Parish, el domador que se casó con la hija de Thomas Price y fundó el circo Parish, posteriormente bautizado circo Price, tal y como se le conoce –renovado– en la actualidad.

Las calles de los sitios cuentan mucho de su historia. Por ejemplo, me cruzo la calle de Marcelino Camacho, feroz sindicalista, auténtico *working class hero* con pelazo y jersey de punto que dijo que ni le habían domado, ni le habían doblegado, ni nunca le iban a domesticar. A los Diez de Carabanchel (estaban también Sartorius, Saborido, Juanín...) les metieron en la cárcel por montar un sindicato, Comisiones Obreras, y gente de todo el mundo les apoyó: Marlon Brando (que iba a venir al juicio pero no vino), Noam Chomsky o Arthur Miller, que en una grabación de la época dice la palabra «Carabanchel».

A los sindicalistas les liberaron con la democracia y, más recientemente, en 2008, la legendaria cárcel de Carabanchel, donde habían dado con sus huesos tantos prisioneros políticos opositores a la dictadura de los que contra Franco vivían mejor, como decía Manuel Vázquez Montalbán: haber pasado por esta cárcel era motivo de orgullo, como luego lo fue haber estado en el Rock-Ola durante la Movida. El trullo se clausuró y se derribó, que estaba lleno de okupas y de pintadas.

Algunas asociaciones vecinales se quejan de que se derribó con demasiada premura y que bien podría haberse utilizado un espacio tan majestuoso y pringado de tragedia pretérita para hacer una especie de museo de la memoria histórica. Los terrenos siguen sin utilizarse. Y el tema laboral sigue jodido: he pasado por la plaza Elíptica, en la frontera de este distrito con Usera, donde unos señores venden sus mercancías halladas por ahí, candelabros, muñequitos, casetes viejas, ceniceros. Cuando llega la policía municipal ordena a un limpiador recoger toda aquella basura: lo que para unos es oro para otros es mierda. Enfrente, donde la cafetería Yakarta, los jornaleros urbanos del siglo XXI, venidos de otros rincones del globo terráqueo, esperan a que alguien aparezca en furgoneta y les ofrezca un currillo para pasar el día.

Cerca de Marcelino Camacho, en el callejero, está Eugenia de Montijo, otra célebre del barrio, diametralmente opuesta en el escalafón social: fue esposa de Napoleón III y una celebrity de la época cuyo estilo se seguía en toda Europa, como ahora lo es Lady Gaga, o así. La emperatriz consorte poseía buena parte de lo que hoy es el distrito de Carabanchel, donde tenía su querido palacio, que se quemó y se demolió en 1969. Pero si me dicen Carabanchel yo imagino, muy estereotípicamente, un parque, una litrona y un radiocasete. Carabanchel también es música, la de Rosendo Mercado («el único mercado de fiar», decían), la que se escucha en el garito punk Gruta 77 o la del Sonido Caño Roto.

Me acerco, pues, al poblado dirigido de Caño Roto, donde el distrito de Carabanchel se junta con el distrito de Latina, un barrio peculiar que se construyó a finales de los cincuenta cuando, a través de estos poblados, se trataba de dar un hogar a la gente que llegaba del éxodo rural. Las casitas bajas son cúbicas, muy austeras, y de color verde grisáceo, aunque no son feas: si las encalaran estas pequeñas callejuelas podrían pertenecer a un encantador pueblecito andaluz. Cuando paso, de hecho, suena una guitarra flamenca que toca, en un banco, un crío con pinta de traperero.

El Sonido Caño Roto era una mezcla de flamenco con soul, o funk. Su máximo exponente fueron Los Chorbos, que eran de aquí. La Motown de Madrid, le dijeron alguna vez. Trato de imaginarme por estas calles a aquellos chavales con el *mullet* que se estilaba en la época, rollo Camarón, los pantalones de campana, los maxicuellos de las camisas por fuera. Encaja. Ahora, como digo, los chavales llevan pantalones de pitillo, las gorras de visera plana, y se sientan en los bancos a darse a sí mismos un aspecto marginal, aunque me han dicho que este barrio, en ese sentido, ya no es lo que era.

Estas músicas lolailas y macarrillas también sirvieron de banda sonora al cine quinquí y a los quinquís de carne y hueso. En estos barrios periféricos tuvo lugar en los años setenta y ochenta un fenómeno de delincuencia adolescente que fue immortalizado en las películas de Eloy de la Iglesia o José Antonio de la Loma, donde actuaban los propios quinquís (como El Vaquilla, El Pirri o El Torete) y otros habituales, como Enrique San Francisco. Tirones, atracos a farmacias, coches robados, descampados, hachís y heroína: los quinquís daban mucho miedo, sobre todo a las señoras, porque los quinquís podían atracarlas y también porque sus propios hijos o nietos podían acabar convertidos en quinquís. El cine quinquí aportó algo de comprensión al fenómeno: en él se reflejaba la falta de oportunidades en la que nacían aquellos chavales que, en muchas ocasiones, acababan resultando entrañables. Eran unos críos.

Hoy quinquís, al menos como los de antes, ya no hay. Eso sí, en la rotonda adyacente al barrio la policía municipal está controlando los maleteros de los coches. Un anciano que está sentado en un banco se dirige a mí cuando paso, yo le miro mover la boca sin emitir sonido porque voy escuchando música por los auriculares. Voy, precisamente, escuchando a Los Chorbos, así que paso de largo. Nunca sabré lo que quería decirme. Igual era el inventor del Sonido Caño Roto.

10

Un cielo al que no le pica nada

El cielo madrileño, famoso por su hermosura, también es famoso por sus picores: nunca fue Madrid ciudad de muchos rascacielos. Algunos había, y notables por su esbeltez, como la torre Picasso, en AZCA, o por su rareza, como las inclinadas torres KIO (Puerta de Europa), que en la película *El día de la bestia*, de Álex de la Iglesia, eran un monumento a Satanás en el que iba a nacer el Anticristo, como probablemente sean en la realidad. Hace unos años, en 2009, le salieron a Madrid cuatro rascacielos de golpe, las Cuatro Torres Business Area, y dicen que pronto les nacerá una quinta hermana. Cruzando la calle, en la futura y polémica Operación Chamartín, se levantarán otros tres: que no decaiga.

Antes los rascacielos eran una cosa como neoyorquina, estadounidense a lo sumo, que veíamos en los pósters de las hamburgueserías horteras de barrio o en las películas transatlánticas, pero ahora si una ciudad quiere ser una ciudad global debe tener sus buenos rascacielos, y los más altos, horteras, posmodernos y espectaculares están en Dubái, en Shanghái, en Taipéi y por ahí, porque Oriente va a dominar el mundo y así lo van avisando.

Es inquietante: si uno busca en la Wikipedia la lista de los edificios más altos del mundo se encontrará una lista donde, como digo, proliferan las ciudades orientales, pero lo más raro es que aparecen multitud de ciudades chinas habitadas por millones de personas de las que la mayoría no conocemos ni el nombre: Changshá, Nankín, Wuhan, Dalián, etcétera, son enormes urbes con enormes rascacielos, colocadas en algún lugar de la enorme China, llenas de chinos, millones de chinos, que viven con sus sueños y sus frustraciones y sus trabajos y sus pequeñas cosas y sus paseos dominicales y sus problemas cardíacos y sus perritos exóticos y sus resacas y sus patas de gallina como almuerzo y sus poemas de la dinastía Han y sus móviles Huawei y otros tópicos orientalistas que por aquí manejamos, y no sabemos nada de ellos, como si aquello fuera otro planeta a descubrir, como si usted no supiese nada de Chicago, Munich o Manchester. Pero ahí están, viviendo en la misma época que nosotros, coetáneos al distrito de Fuencarral-El Pardo, que probablemente ellos tampoco conocerán, por donde yo paseo ahora.

En cuestión de rascacielos, como se sabe, lo que importa es quien lo tiene más largo, y estas Cuatro Torres Business Area dejaron muy atrás en altura a sus predecesoras. Hay quien dice que estas cuatro agujas son demasiado prominentes, que han copado demasiado el skyline de la ciudad, que se ven desde todas partes, que pueden llegar a aburrir y a agobiar. Cuando uno camina por cualquiera de los distritos del norte siempre se siente observado por estos cuatro gigantes,

basta girarse para comprobar que le están leyendo el periódico (o el WhatsApp) por encima del hombro.

Incluso cuando uno pulula por los distritos del sur basta subirse a cualquier colina, cerro o azotea para que aparezcan, muy orgullosos, en la lejanía. E incluso cuando uno entra en coche o autobús en la Comunidad de Madrid por el norte, tras cruzar el túnel que horada la sierra de Guadarrama, enseguida asoman en el horizonte las torres señalando la posición de la ciudad aún invisible, excepto por la boina de smog a través de la cual asoman como el naipe del cuatro de espadas. Son como la torre de Mordor, desde donde el ojo de Sauron todo lo ve.

Si te acercas a las torres parece que se te van a caer encima. De cerca se ven mejor sus particularidades: una apuesta por los bordes redondeados (como la torre PWC, de Rubio Carvajal y Álvarez Sala), otra, en cambio, luce una rectitud propia de los bloques de Lego (como la torre Cepsa, de Norman Foster). Y así. Es difícil saber a ojímetro cuál es más alta: según parece hubo cierta competencia entre ellas en este sentido, así que en una colocaron una bandera de España para así, con el concurso rojigualdo de la patria, ganar al resto. Tanta arquitectura de vanguardia para al final recurrir a trucos arteros a la par que pueriles. Abajo, donde los seres humanos moran a los pies de los indiferentes cíclopes, los trabajadores encamisados descansan fumando rubio americano, ese triste paréntesis a la tiranía del trabajo, y una mujer con hiyab vigila a sus múltiples hijos mientras estos juegan a meterse en los chorros de agua para conjurar el calor aberrante.

Cruzo la calle para admirar las torres con algo de perspectiva y me encuentro con el contraste: una vetusta colonia de edificios bajos, bonitos, de aspecto humilde, cerca de la estación de Chamartín. Allí dos señoras toman la fresca sentadas en un banco mirando fijamente un feo muro gris y agrietado que tienen a apenas dos metros, con la atención de quien mira la puesta de sol en el horizonte de los Caños de Meca. Parece una viñeta de El Roto: están mirando un futuro ciberpunk. Más allá un señor calvo, grueso y en bermudas lee los poemas de William Wordsworth editados por Lumen en toscas tapas marrones, en una imagen muy diferente de como imaginamos la lectura de poesía. Y más allá, en otro banco, una mujer que viene de hacer la compra dormita despatarrada como un clown al que le hubieran propinado una paliza.

Las Cuatro Torres se yerguen en el distrito de Fuencarral-El Pardo, el más grande de la ciudad. Es un distrito extraño: es el más grande en superficie pero el menos urbanizado. Es porque buena parte de su territorio es verde, el monte de El Pardo (sí, hay un monte dentro de Madrid, cubierto de monte mediterráneo, y ocupa más de una cuarta parte de su superficie), en cuyo palacio Franco tenía residencia. En la misma zona está otro palacio poderoso, el de la Zarzuela, donde moran sus majestades los reyes. Otra particularidad es que el distrito contiene tres Programas de Actuación Urbanística (PAU), los de Las Tablas, Arroyo del Fresno y Montecarmelo, esa forma un tanto fantasmal de ampliar la ciudad de la que hablaremos otro día. Y el Poblado Dirigido de

Fuencarral. O los Poblados de Absorción A y B de Fuencarral, proyectados por arquitectos con nombre, como el ubicuo Sáenz de Oiza y Alejandro de la Sota, respectivamente, con el fin de cobijar rápidamente a población chabolista del extrarradio, una solución de emergencia. Eran casas bajas y también de baja calidad, de carácter temporal: se dice que Carmen Polo, esposa de Franco, exclamó: «¡Qué caballerizas tan bonitas hemos hecho aquí!».

Mención aparte merece el barrio del Pilar, al que el viajero arriba caminando hacia el oeste. Fue construido en los años sesenta por el señor José Banús, artífice también del lujoso Puerto Banús, campo de juegos de la jet set de colorines que formaban Gunilla von Bismark, Jaime de Mora y Aragón, Espartaco Santoni y otros personajes de cuasi ficción que poblaban las páginas de las revistas de papel cuché desde la Costa del Sol. El barrio del Pilar, vaya por adelantado, no le quedó tan glamuroso, sino todo lo contrario.

Destinado a alojar trabajadores, alcanzó en su tiempo el triste récord de ser la zona de más alta densidad de población de toda Europa. En el Museo Reina Sofía, dentro de la colección permanente, puede verse una película documental (se sienta uno en una silla frente a una tele, con auriculares) donde los vecinos de la época relatan sus problemas: la falta de zonas verdes, de transporte y de cualquier tipo de dotación en general. En plata: se esperaba que los habitantes del barrio se limitaran a trabajar más que a vivir. La protesta vecinal, como siempre, logró que se desfaziera el entuerto. El filme se llama *La ciudad es nuestra*, es obra de Tino Calabuig, y en él también se muestran casos de fuerte tejido vecinal en otros barrios, como Orcasitas o El Pozo del Tío Raimundo. Como la película es de los años setenta sus protagonistas, heroicos activistas vecinales, lucen las gafas gruesas, las barbas pobladas y los jerséis de punto propios del rojerío de la época pero que, extrañamente, no desentonarían en el hipsterismo actual.

Pero si uno se adentra en el barrio del Pilar, ese bosque de torres clónicas llenas de gente y amplias avenidas, lo más probable es que acabe dando con la gran atracción del barrio: el centro comercial La Vaguada, con su aspecto exterior de corte montañés, como si en vez de en el Pilar estuviera en Navacerrada, rodeado de nieve y esquís. La Vaguada es notorio por ser el primer centro de este tipo que abrió sus puertas en Madrid, en 1983, y que, inaugurado por el entonces alcalde Tierno Galván, causó gran expectación. Ha pasado a la historia de la literatura por ser el escenario de varias recomendables novelas de Fernando San Basilio, como *Mi gran novela sobre La Vaguada*, donde se cuenta la historia de uno que quiere escribir una gran novela sobre La Vaguada pero que no acaba de conseguirlo del todo. Yo mismo recuerdo ser traído de crío a este centro comercial desde Asturias para presentarle mis respetos como futuro consumidor. Y doblé la cerviz ante sus encantos con total admiración y reverencia. Hoy, dentro de La Vaguada, hay lo de siempre.

11

El poder y la locura entre pinares

Antes de conocer Madrid yo me imaginaba Madrid tal y como es Moncloa: barrios apacibles, monumentos pretéritos, grandes espacios naturales cubiertos de pinares, centros de poder (como el mismísimo palacio de la Moncloa, donde viven los presidentes y sus síndromes antes de convertirse en jarrones chinos) y decenas de facultades, equipamientos deportivos y colegios mayores poblados de estudiantes universitarios, con su mochila llena de libros y de sueños juveniles que pronto la realidad hará picadillo. Detente, instante, eres tan hermoso... como aquellos bares de chupitos con música atronadora de la juventud. El distrito de Moncloa-Aravaca es, desde la perspectiva de alguien que viene a estudiar a Madrid, cien por cien madrileño, lo que se espera.

Ahora, tanto tiempo después, vuelvo a pasear por el tranquilo barrio de Argüelles y, caminando entre los cines de versión original, el Museo Cerralbo, la sede del PSOE y el parque del Oeste, recuerdo que, aunque todo el estudiantazgo quería compartir piso aquí, dada su proximidad a la Ciudad Universitaria, a mí me recordaba demasiado a aquella densa placidez de domingo en mi Oviedo natal, con sus cines y sus iglesias y sus perros pequeñitos, y prefería habitar barrios más dicharacheros y bulliciosos para captar de primera mano la chatarrería propia de la vida en una gran ciudad.

Al final de la calle Princesa se encuentra el Ministerio del Aire, un enorme edificio de arquitectura imperial franquista con fachada de ladrillo, estilo neoherreriano, obra de Gutiérrez Soto. Pesa mucho, es cuadrado, parece que lo ha colocado ahí un ogro iracundo. Madrid es puro ladrillismo, pero en esto también hay clases: no es lo mismo el ladrillo de las casuchas de Villaverde que el ladrillo de las urbanizaciones de Parla, que el ladrillo de las facultades complutenses, que el ladrillo del palacio de la Moncloa (al que también se le ven los ladrillos, pero más presidenciales).

El Ministerio del Aire, que físicamente no es muy aéreo sino todo lo contrario, forma parte de lo que (junto con la Universidad Laboral de Gijón) es uno de los mayores conjuntos arquitectónicos historicistas del país, incluido dentro del Plan Bidagor en 1944. Está rodeado de viviendas militares y no muy lejos, a la entrada de la carretera de La Coruña, le acompaña el Arco de la Victoria, inspirado en el Arco de Triunfo parisino, que rememora la victoria del bando sublevado en la batalla de la Ciudad Universitaria, una de las más terribles de la Guerra Civil. Algunas tardes del fin de semana se ve a la chavalería que hace botellón debajo del enorme arco,

debajo de los metálicos caballos victoriosos: no se sabe si es la desmemoria histórica o un acto de sabotaje situacionista. Luego está el panteón que recuerda a los «muertos por la causa» y que ahora es la Junta Municipal de Moncloa, donde yo fui testigo de la boda de un buen amigo.

Esta arquitectura pelín fascista del ministerio y de otros tantos edificios de Madrid, mezcla de los aires escurialenses y de la arquitectura monumental alemana de los años treinta, utiliza, según me dijo uno que sabe, el ladrillo como símbolo de la maleable masa ciudadana y luego lo rodea de piedra granítica traída de la Sierra, que simboliza al *fascio* redentor que endereza con su fuerza eterna a la voluntad popular. El ministerio, además, tiene un caza C101 («mirlo», le dicen) aparcado delante, no sé si para sacar pecho o para salir huyendo. Enfrente del ministerio está la célebre estatua del Águila, que recuerda a la mística nacionalsocialista y homenajea el vuelo del *Plus Ultra* entre Palos de la Frontera y Buenos Aires pilotado por Ramón Franco, hermano del dictador. Era el primer vuelo entre España y América.

Del *fascio* redentor también se supo en la Ciudad Universitaria, donde tuvo lugar una de las batallas más cruentas y laboriosas de la Guerra Civil. El general sublevado Varela quería entrar a Madrid por ahí, procedente de la Casa de Campo: una particularidad de este distrito (y una cosa que se ve en pocas ciudades) es que las afueras están a tiro de piedra del centro, se acaba Madrid muy cerca en Moncloa, por donde entra la carretera de La Coruña como un nervio óptico que penetra directamente en toda la pomada centralina: la Gran Vía está a un paso.

Y ahí se peleó piso por piso, escalera por escalera, habitación por habitación a base de fusiles, bayonetas y granadas, como en una microguerra tenaz dentro de los edificios de la guerra. Las puertas y ventanas se bloqueaban para evitar granadas, se colocaban tablones claveteados en las escaleras para dificultar el acceso, soldados de uno y otro bando se amenazaban a voces, como el niño que pide en mitad de la noche un vaso de agua a su madre. Hubo bombardeos aéreos y también guerra subterránea: se cavaban galerías bajo tierra para volar por los aires al enemigo.

Para defender Madrid se necesitó el concurso de las Brigadas Internacionales y de la Columna Durruti, procedente de las colectivizaciones de Aragón, que fue diezmada: de hecho, el líder anarquista Buenaventura Durruti murió en extrañas circunstancias en la cercana calle Isaac Peral. No se sabe si se le disparó el «naranjero» (así llamaban a los subfusiles similares al Schmeisser MP 28 II alemán) por accidente o si le mataron a traición amigos o enemigos, fascistas o comunistas. Todo esto es objeto de continua y morbosa especulación. El cuerpo moribundo de Durruti fue llevado al hotel Ritz, convertido durante la guerra en hospital de sangre, donde finalmente el miliciano falleció. Luego, en Barcelona, su funeral reunió a decenas de miles de personas.

La batalla de Ciudad Universitaria tuvo lugar en noviembre del 36, pero el frente se estableció allí hasta el final de la guerra y el campus, que era nuevo, quedó arrasado: en las imágenes en blanco y negro que se conservan se ve una desolación total, similar a la que ahora muestran los

informativos de algunas ciudades de la guerra de Siria, como Alepo. Muchos edificios se estrenaron como campo de batalla antes que como facultad.

Ahora recorro la Ciudad Universitaria y se respira la misma quietud que después de una batalla, y eso que la guerra terminó hace ochenta años. La realidad es que es domingo a finales de julio y no hay nadie en las facultades, y que triste y sola se queda la universidad. A mí me visitan los fantasmas de los años que pasé aquí, en la Facultad de Ciencias Físicas: por este mismo camino venía cada mañana escuchando en el discman a Fugazi y a Surfin' Bichos y ponía carteles fotocopiados en los tabloneros de anuncios en busca de una habitación decente para vivir de alquiler. Así conocí en otoño del año 2001 a Ruth, joven, morena y gallega, la que fue mi primera amiga en Madrid, y que también andaba colocando papelitos por los tabloneros y comprando el periódico (por llamarlo de alguna manera) de anuncios por palabras *Segunda Mano*, en busca de un nuevo hogar.

Con Ruth pasé momentos bonitos, porque estábamos más solos que la una, y algunos días laborables pasaba a buscarme por mi casa de la calle Atocha para ir a fumar porros al jardín del Museo Reina Sofía y mirar cómo giraba la estatua de Calder mientras se nos iban inyectando los ojos en sangre. Así era la vida del estudiante. Los fines de semana escuchábamos a Yann Tiersen, que estaba de moda entre la bohemia, Ruth se pintaba los ojos como una punk y se ponía los pinchos y bebíamos vino por la calle. Lo curioso del asunto es que no sé dónde está ahora Ruth: perdimos el contacto antes de la era de las redes sociales y cuando ambos teníamos otro número de teléfono. Ni siquiera tengo su correo electrónico: es probable que sea la única persona con la que he tenido trato estrecho en mi vida y que ahora me resulta imposible de localizar. Quizás esté leyendo esto.

Y en este mismo banco de piedra, frente a la Facultad de Físicas, me sentaba a leer *Pedro Páramo* en edición de Cátedra, de bolsillo y tapas negras, la novela de Juan Rulfo que también describía un lugar lleno de fantasmas. Me siento en el banco, que permanece inmutable, y me pregunto qué fue de todos aquellos años, y pienso, una vez más, que el tiempo no es nada y que somos un chispazo comparados con el sueño de la piedra, con la tenue respiración de los ladrillos.

Como sufro de cronofobia, como temo al paso del tiempo y, en última instancia, a la muerte, sufro por las cosas que hacen patente los movimientos de los relojes y los calendarios. Por ejemplo, con frecuencia regreso a la universidad a entrevistar a un investigador y me sorprende la juventud de los estudiantes. Yo ya pensaba que era un adulto de pelo en pecho cuando venía por estas aulas, pero resulta que solo era un niño. Ellos me verán como un señor de mediana edad, aunque yo me siga sintiendo como un indocumentado: dicen que solo envejecemos por fuera, cuando en el espejo se nos va poniendo cara de otra persona. Veo a los profesores, presos en estos despachos y estos laboratorios y me horroriza su perspectiva: ir envejeciendo mientras a su

alrededor todo el mundo tiene la misma edad, porque los alumnos van pasando por aquellos asientos y se van yendo, pero uno se queda, con suerte, para siempre. La brecha entre unos y otros cada vez es mayor, más insalvable.

En la facultad pasé unos cuantos años torturado por las matemáticas más complejas imaginables, que se iban complicando aún más según pasaban los cursos y uno se introducía en las materias de la física moderna, como la relatividad o la mecánica cuántica: tensores, grupos de Lie, geometría diferencial avanzada, y otras cosas de nombres más horribles que no quiero recordar. Por ninguna parte estaban aquellas bonitas imágenes y reflexiones que me había inyectado Carl Sagan en su serie documental *Cosmos* y que me habían hecho desear estudiar Astrofísica. Al final conseguí licenciarme con mucha sangre, mucho sudor y alguna lágrima. Y me hice paseador y teclista.

Una facultad de Físicas está llena de locos, pero es que detrás de la facultad está la Dehesa de la Villa, y allí dentro, en las alturas, el Cerro de los Locos. Nunca en toda mi peripezia universitaria tuve noticias de este lugar tan particular donde tradicionalmente, al menos desde los años treinta, han ido a entrenar acróbatas, malabaristas, titiriteros, culturistas, boxeadores y otros artistas y deportistas: esta es una de las razones por las que es conveniente explorar la ciudad como quien explora una jungla. Entonces no había tantos gimnasios low cost; eran otros tiempos, en los que estas personas que llevaban poca ropa y cubrían su cuerpo con sudor eran consideradas gente rara, casi sospechosa. No era extraño que recibiesen la visita no deseada de la policía franquista, alertada por los curas de un colegio próximo.

Está anocheciendo y me adentro en la zona boscosa por un pequeño y empinado camino que me conduce primero a los edificios de la Agencia Estatal de Meteorología, donde descubro una gran antena parabólica que se orienta al sudeste. Después de preguntar a un vigilante me adentro de nuevo en el bosque, y veo sombras que se mueven, y todo está bañado por la luz violácea del crepúsculo que le confiere a la escena la calidad de lo onírico: el mundo en penumbra parece hecho de pegatinas. Todo esto parece que no existe, que es una siesta de David Lynch, y yo me rayo.

Arriba, en el cerro, se domina la geografía madrileña hasta la Sierra y veo cómo las luces de los pueblos y las autopistas se van encendiendo al tiempo que el cielo se apaga. Además del ocaso astronómico aquí hay otro espectáculo, de cine expandido, que ha traído la Orquestina de Pigmeos. En una proyección audiovisual una nave espacial llega a la Luna, pero los astronautas salen de la pantalla y se materializan en carne, metal y hueso en el propio cerro, donde se ponen a jugar al tenis y a tocar la dulzaina.

12

De San Blas al espacio exterior

Estoy en la Avenida Quinta. Pero no en la Quinta Avenida. Porque esto no es Manhattan, sino Ciudad Pegaso: un barrio entero, una pequeña ciudad, construida en los años cincuenta por la empresa de camiones Pegaso para sus trabajadores, que aquí conseguían una vivienda en propiedad por precios muy por debajo del mercado. Aquí había de todo: economato, cine (el cine Pegaso), instalaciones deportivas, iglesia, servicios médicos o peluquería. Eso sí, la estratificación social era muy fuerte: los currantes rasos tenían su piso en el bloque, los cargos intermedios su casita independiente, los pocos ingenieros sus chaletazos. Por eso estaba tan bien visto ser ingeniero.

Eran tiempos de empresas paternalistas, las personas trabajaban para una misma compañía durante toda la vida y hasta establecían vínculos afectivos con ella, como si de una familia o un equipo de fútbol se tratara: el hermoso logotipo de la empresa, un esbelto corcel atravesando un círculo, era emblema para muchas personas. Hoy, que estamos abocados a la «flexibilidad» laboral, a la movilidad, a la formación continua, a la autonomía y a la precariedad, estas cosas ya no existen y Ciudad Pegaso es un sitio normal. Eso sí, como Manhattan se despliega en grandes avenidas numeradas y pequeñas calles perpendiculares que las cortan, aunque no tan ortogonalmente.

Camino luego por otras zonas del distrito de San Blas-Canillejas. Hay, por ejemplo, una colonia cuyas calles llevan los nombres de localidades de mi Asturias natal como Llanes, Ribadesella, Pravia o Siero. Pero aquí no hay acantilados, ni verdes praderas, ni cordilleras escarpadas, ni minas clausuradas ni esa fina lluvia llamada *orbayu*: aquí el sol cae a plomo sobre los toscos prismas de ladrillo obrero y la única playa debe de estar debajo de un adoquín suelto que me encuentro por ahí y al que le saco una foto porque parece una escultura de Robert Morris. Dicen que las cosas no existen hasta que les pones nombre, pero eso no quiere decir que al ponerles luego un nombre las transformes a tu antojo.

Hay también en esa zona una curiosa tipología de mercado formado por edificaciones bajas en las que se abren a la calle cafeterías, peluquerías y tiendas de alimentación. Por ahí juegan los niños al fútbol, o a tirarse globos hasta empaparse porque hay ola de calor, y un vecino talludito aparece y grita a otros que se va al hospital a que le quiten «una mota que se me ha metido en el ojo».

La mayor parte de este distrito, como tantos otros distritos fuera de la M30, fue construida a

mediados del siglo XX para absorber a la abundante inmigración que venía de los campos de Andalucía, de Extremadura, de las Castillas, huyendo de la pobreza del campo o en busca de una vida mejor al calor de la incipiente industria del desarrollismo: el llamado éxodo rural. Cambiaba el lugar de residencia, pero también la profesión, y el futuro por delante, aunque las cosas no eran fáciles: muchos, al llegar, tenían que construir la chabola en la que sobrevivir dentro de la jungla urbana. Entre 1950 y 1980 la población de Madrid creció la friolera de un 80 por ciento.

Luego el Estado tenía que dar soluciones, como en San Blas, donde se puede encontrar un variado catálogo de este tipo de iniciativas fruto del Plan de Urgencia Social de 1957: Unidades Vecinales de Absorción, colonias benéficas (que los vecinos construían en su tiempo libre), poblados de absorción (para los habitantes de las chabolas), poblados dirigidos, etcétera. Uno atraviesa el barrio atravesando diferentes tipologías de barriada igual que atraviesa Ikea atravesando diferentes tipologías de cocina o dormitorio, un verdadero muestrario. La calidad de las viviendas solía ser baja, el tamaño escaso. Franco vino a San Blas a darse un baño de multitudes con motivo de la inauguración de las viviendas: la mano de obra barata que allí alojaban venía muy bien para el correcto funcionamiento de la economía y el correcto lucro de las élites franquistas.

El propio barrio de San Blas, que, como otros barrios, tuvo problemas de droga y delincuencia en los años ochenta, parece tranquilo esta tarde soleada. Tranquilos están, al menos, los clientes de la cafetería de aires caribeños en la que entro a tomar un refresco con cero calorías: la puerta bien cerrada para que no se escape el aire acondicionado en uno de los días más calurosos del estío, las mesas casi en círculo, el personal repantingado en sus sillas, con los pies descalzos encima de la mesa, dormitando mientras con el ojo semiabierto miran el tedioso programa televisivo de la tarde de verano. Todo muy casual, todo muy flexi. Pido mi refresco en la barra, de pie, y más bien siento que me he colado en la casa de una familia numerosa a la hora de la siesta.

La otra mitad del nombre, Canillejas, le viene al distrito de la población homónima que, según los documentos históricos, es una de las más antiguas de Madrid. Alrededor de Canillejas se extendían solo campos de labranza, todo esto era campo. Desde 1949 lo que era este pueblo forma parte de la capital dentro de este distrito, aunque el nombre de Canillejas solo figura en el del distrito desde 2012 por petición popular.

No solo hay barriadas en San Blas-Canillejas: también hay espacios verdes como la Quinta de los Molinos, donde dicen que, en primavera, primero florecen los almendros, o la Quinta de Torre Arias, antes propiedades de la aristocracia, ahora recuperadas para la ciudadanía como hermosos parques históricos. El Wanda Metropolitano, flamante estadio del Atleti, se levanta al sur del distrito. Al norte una amplia zona de empresas que atrae cada día a miles de empleados adormecidos en la línea verde de metro. Y algunas zonas de viviendas bien. Entre las personas

nacidas en este barrio destaca Pedro Duque, que primero fue astronauta y salió al espacio exterior, y ahora es flamante ministro de Ciencia, Innovación y Universidades, en el espacio interior.

Es curiosa la radicalidad quirúrgica con la que aquí se percibe la segregación social de la ciudad. La diferencia de clase, que no se puede tocar con los dedos, aquí se puede medir con palmos de asfalto. Basta una calle, la avenida de Arcentales, para separar las barriadas obreras de las viviendas de clase media bien, con amplios y verdes patios vecinales, con piscinas de las que brota el bullicio infantil. Los humildes sacan las sillas a la calle y se mojan con mangueras, en la zona burguesa los condominios (Residencial Santa Fulanita y nombres de ese jaez) están fuertemente cerrados con rejas y casi no se ve a nadie en la calle. Todo está más limpio pero también un poco más triste.

Al final de la calle Miguel Yuste hay unas canchas de baloncesto donde la chavalería juega un partido. Los chicos se esfuerzan en el juego sudoroso, las chicas, algo aburridas, con minishorts, media nalga fuera y pendientes de aro, se hacen selfis poniendo morritos para el Instagram o la red social que usen ahora las nuevas generaciones barriales. Una le dice a otra que le saque una foto y pone una postura tan forzada y tan rara que parece que se va a romper.

13

Donde viven los dragones

Cuando el forastero deja los barrios de Usera para adentrarse en los territorios de Villaverde da la impresión de que atraviesa esa alambicada nada que rodea las grandes ciudades, esos terrenos donde la ciudad se desteje para volverse a tejer más tarde, donde la realidad urbana se disuelve y aparecen acertijos de autopistas, desguaces, naves industriales, descampados cubiertos de hierbajos dorados quemados por el sol. ¿Es esto ciudad o no es ciudad? Esto no es campo, esto no es bosque, esto no es estepa siberiana, esto no se sabe lo que es: es intersticio y abandono. Son lugares donde los antiguos cartógrafos hubieran colocado esta inscripción: «Aquí viven los dragones». *Hic sunt dracones*.

Una gran señal en el arcén dice «Villaverde», lugar de nombre ajardinado pero de naturaleza arcillosa, que está al sur del sur de los madriles. Más abajo ya solo se encuentra otra *terra incognita*, otro misterio, otros animales mitológicos. Es decir: las tierras de Getafe. Villaverde también era un pueblo diferente que, en 1954, fue absorbido por el monstruo capitalino: antes había aquí mucha industria, mucha fábrica, mucha chimenea, el motor que hacía rodar la rueda de la economía fordista, la vida antes de este fluido precario y digital. Aquí se fabricaba acero, y cerámicas, y radios, y vehículos, y estaba, por ejemplo, la empresa Boetticher que fabricaba ascensores cuando iba a toda leche el ascensor social, y que ahora ha dejado una N@ve cubierta de colores.

Por Villaverde se tendió una de las primeras líneas de ferrocarril de España, durante el reinado de Isabel II, a partir de la Ley General de Ferrocarriles de 1855, que establecía la creación de una red radial de trenes que partía de la capital. Era la línea Madrid-Aranjuez, y la vía férrea transformó el barrio, atrayendo a la citada industria. También trajo una tragedia, el accidente que sucedió en 1921 en la estación, cuando el expreso de Andalucía chocó frontalmente con un tren correo procedente de Toledo. Sucedió que el maquinista del tren de Toledo no respetó un semáforo en rojo y cruzó la vía que iba a Andalucía justo cuando llegaba el expreso, provocando una colisión muy violenta que causó trece muertos y nueve heridos.

Otro importante hecho ferroviario (un accidente también trágico para algunos, supongo) fue la llegada, en 1948, del entonces príncipe de Asturias, Juan Carlos, luego rey campechano, que arribó con solo diez años a la estación de Villaverde a bordo del expreso *Lusitania* procedente del real exilio lisboeta, por orden de Franco, que le iba a tomar bajo su ala como sucesor. Era la primera vez que pisaba el suelo de su futuro reino. Las autoridades franquistas quisieron que su

llegada no levantase demasiado revuelo. Luego le llevaron al Cerro de los Ángeles, el centro geográfico de España, para que se encomendase al Sagrado Corazón.

A partir de 1946 se ordenó, dentro del Plan Bidagor, que los espacios aledaños a las estaciones de ferrocarril de Villaverde se dedicasen a la industria metalúrgica, electromecánica o de transporte: los trenes podrían traer y llevar elementos muy pesados y voluminosos. Su icono era la torre de ladrillo rojo de Cerámicas Norah, que todavía se yergue en el barrio de San Cristóbal, okupada por las cigüeñas. Aquí la gente vino a vivir y a trabajar y Villaverde creció alrededor de esas industrias, los currantes con vistas a las fábricas: dicen que seis veces al día el cielo se teñía del rojo de los gases industriales, la factoría era la vida y un trozo de muerte al mismo tiempo.

A muchos se les acomodó en lugares como la Colonia Experimental, de 1956, donde lo experimental no se relaciona con lo performático-contemporáneo sino con este barrio donde probaron diferentes tipos de edificación en un experimento que, según hemos visto, acabó mal. Ahora los vecinos se quejan de que infraviven en sus infraviviendas, rodeados de tierra y charcos y desconchados y grietas y coches aparcados donde no deberían estar. Ya casi no hay fábricas en España porque las mandamos al Lejano Oriente, por donde ahora, además del sol, salen la mayoría de las cosas que utilizamos. Así que en Villaverde dejó de haber muchos obreros para haber muchos parados.

Por ejemplo, el barrio de San Cristóbal de Los Ángeles es conocido por sus altas tasas de desempleo. En otras épocas los vecinos tuvieron que lidiar con aquella lacra ochentera de la droga saliendo con pancartas a la calle. Una de las industrias que quedan es la planta de la Peugeot-Citroën, que emplea a más de dos mil trabajadores: en ella se fabricaba el famoso coche Simca 1000, en el que, según aquella canción de Los Inhumanos, es muy difícil hacer el amor.

Cerca hay un chino austero, normal, pero muy rico: el restaurante Sol, donde los chinos cocinan y comemos los gitanos y los payos, los latinos y los villaverdinos de varias generaciones, y sirve un chaval encantador y muy profesional, con perfecta dicción española, que parece querer llevar el negocio a nuevas cotas. Le pregunté cómo se hace la salsa con la que se aliña la ensalada china.

—Pues lleva vinagre, normal, de vino, un poco de azúcar y esa sustancia que se utiliza para dar sabor... ay, ¿cómo se llama?

—Te refieres al glutamato monosódico.

—¡Eso!

Me gustó que el chaval me diera la receta sin ningún reparo y me sorprendió que citara el glutamato monosódico, también conocido como Ajinomoto, una sustancia que yo siempre tengo en casa y de la que soy defensor en su justa medida, pero que es muy perseguida por ahí. Yo creo que a primera vista el glutamato no gusta por ese nombre tan químico que tiene (aunque no hay nada en el mundo que no sea química) o porque lo usan los extranjeros, qué sé yo. Se ha dicho hasta que produce el llamado Síndrome del Restaurante Chino (el mareo, la modorra, incluso las náuseas) o

que es neurotóxico. Sin embargo, bien utilizado el glutamato puede provocar las mejores sensaciones gastronómicas. El menú diario de este restaurante, de deliciosa comida china occidentalizada y glutamatizada, tiene uno de los precios más competitivos que conozco: 6,50 euros. Entró un niño despeinado, se acercó a la barra y pidió un pan chino. Y se lo dieron.

No muy lejos del restaurante Sol, cruzando la calle Villalonso, está la Biblioteca María Moliner. Me gustan mucho las bibliotecas públicas, las bibliotecas de los barrios, donde van los que no tienen libros, o dinero para comprarlos, los que tienen hambre, también de conocimiento. En la biblioteca de Villaverde, como en otras, en un enorme edificio rectangular sin ornamento ni delito, de techos altísimos y amplios espacios que podría haber sido un pabellón de alguna exposición universal, los bibliotecarios preparan selecciones de libros y películas sobre los temas del momento, como por ejemplo la mujer en la literatura o libros y política. Hoy tienen ahí expuesta, por ejemplo, la película *Pauline en la playa*, de Eric Rohmer, cuya delicadeza de la Nouvelle Vague contrasta con el barrial y populachero Villaverde que he dejado puertas afuera.

En los anaqueles encuentro libros sobre el barrio de Villaverde, rebosantes de valiosa información que luego utilizo, en un bucle metaliterario, para redactar este mismo texto. En las bibliotecas de Madrid, en un silencio que aniquila la ansiedad cotidiana, hay niños y estudiantes, gente que va a consultar internet, lectores irredentos, algunas personas sin techo cuyo hogar es la literatura, como aquel homeless de mi Oviedo natal que se pasaba el día leyendo a Kant, bien calentito en los días de invierno. Borrachín de noche, filósofo de día, como tantos otros. Y me gustan los bibliotecarios, industriosos guardianes del conocimiento colectivo. Las bibliotecas públicas son como un hogar donde se siente uno protegido y a salvo, estén en el barrio que estén, aunque sea tu primera visita, sobre todo si te has dejado el insidioso smartphone en casa.

Detrás de la biblioteca entro en las llamadas Torres de Villaverde, donde todo está algo destartado, sucio y lleno de pintadas, son bloques de realojo para gente pobre: antes en este lugar había un conglomerado de casas bajas llamado la Colonia de los Toreros. Los vecinos se quejan del abandono y del estigma social. Tienen fama de ser el hogar de prestigiosos aluniceros, esos que estampan el coche en los escaparates del barrio de Salamanca y se llevan todo lo bueno.

Hay policías que llaman a este sitio El Corte Inglés, por la frecuente venta de artículos robados. El desempleo castiga con dureza. Alrededor de los edificios se ve algún grupo de hombres con gorras y anoraks fumando hierba y hablando en círculo. En la tienda de alimentación regentada por comerciantes chinos, cerca de la sede de la Asociación de Alcohólicos Rehabilitados de Villaverde, a la que entro a comprar pipas, me encuentro con una pandilla de chavales asilvestrados que compran bollería industrial. Tendrán unos doce o trece años, aunque, igual que de niño me costaba estimar la edad de los mayores (no sabía si uno de ellos tenía cuarenta o cincuenta años), ahora me cuesta estimar la de los niños.

—Nos han expulsado del colegio —me dice un macarrilla con los dientes mellados—, a este tres

semanas y a mí un mes.

–Pero ¿qué habéis hecho?

–Eso no te lo puedo contar. –Se ríe.

Luego me hablan de conciertos de trap y reguetón («Vino uno de San Cristóbal a tirar huevos a Omar Montes») y me enseñan en sus teléfonos, muy divertidos, vídeos de chavales transexuales muy guapos, chicas que en realidad son chicos, y también se ríen mucho. Ahí se quedan, con sus tupés a lo Cristiano Ronaldo y sus chándales baratos, pasando la tarde entre insultillos y peleíllas. Al final los niños son niños en todas partes. Y no sé si para estos críos la expulsión temporal del cole es un castigo o un paraíso.

Una vez visité Villaverde un domingo, por donde el parque de Plata y Castañar, y se me hizo patente cómo en el centro de Madrid se han disuelto los domingos, cómo la furia cotidiana lo ha absorbido todo y ha creado un continuo temporal que se extiende sin forma propia en laborables y festivos. Liberaron los horarios y esclavizaron a la gente en un tiempo longaniza, un tiempo churrigueresco que, con las eternas luces de neón y los supermercados abiertos las veinticuatro horas, amenaza también con anular los efectos de la rotación de la Tierra.

En los barrios los domingos también son un descampado: un descampado en el tiempo, o un parque, o un jardín, según viva cada uno su domingo, según decore la República Independiente de su Tiempo. Todo duerme, los comercios están cerrados, cuesta encontrar un lugar donde pillar avituallamiento, y la gente pasea lentamente, hablando suave, y algunas parejas furtivas se tocan en sitios prohibidos, en bancos públicos apartados. Fluye el amor dominical.

Pero tiene que haber alegría en Villaverde, donde hay un centro comercial que se llama L.A., como Los Ángeles, y yo siempre quise ir a L.A., como cantaban Loquillo y Los Trogloditas, y pasear por esas calles tristonas de ladrillo visto, tiene que haber futuro en las tristes prostitutas de la Colonia Marconi, tiene que haber esperanza en los toldos verde botella, en esas chavalas bolleras que vi dándose el lote en un portal, tiene que haber alegría, en definitiva, en los perros más simpáticos, en los patos que comen el pan que flota en el río Manzanares ya menguado cuando deja la ciudad, en la Casa San Cristóbal que está llena de libros, en el puente pintado de colores, en el olor a pollo frito que emana grasiento y delicioso de todos los *kebab house* de este distrito que dicen deprimido: tiene que haber esa alegría en Villaverde.

14

En el parque del Retiro clavé mi corazón en la espina de un rosal

En el parque del Retiro hay mucha juventud y muchos perros, dos cosas que yo amo, pero que no poseo.

Nada más entrar en El Retiro procedente de la Cuesta de Moyano, donde se despliegan las librerías de viejo, me encuentro una amplia manada de jóvenes, los pelos tan de colores, las piernas tan al viento, la guitarra tan guitarra, tan pequeños y floridos que solo beben agua mineral embotellada. Ah, la juventud, qué poco se valora cuando se tiene y cómo se empieza a extrañar cuando, casi por sorpresa, uno se va adentrando por los funestos vericuetos de la mediana edad.

Envidia a los jóvenes con la furia del converso, cada vez vienen más preparados a echarnos a los estercoleros de la Historia. Por eso siempre fabulo planes para destruirles, aunque no hace falta: la sociedad les taponas, les precariza y les obliga a emigrar, así que podemos quedarnos tranquilos con nuestras cosas de mayores. Además cada vez hay menos: en el futuro, profetizo, los anuncios publicitarios estarán protagonizados para ancianos, que serán los que formarán el grueso de los consumidores y lo que molará es ser viejo; al menos ahí se cifra mi esperanza. Cuando yo era joven nunca aprecié los parques y jardines porque pensaba que la verdadera vida estaba en la barra de los bares, detrás del póster de los Ramones. Pero hete aquí que en el parque del Retiro está la juventud floral y asilvestrada transitando por el lado más saludable de la vida, el del agua mineral y la guitarra, corazón malherido por cinco espadas (dijo Lorca).

En El Retiro dos galgos distintos hacen al mismo tiempo caca de diferentes colores. En el parque del Retiro una chavala medita o hace que medita para que los demás la miren: medita con tanta fuerza, tan en la flor de loto, que cuando se levante y abrace al árbol lo arrancará de cuajo. En El Retiro la muchacha con el pelocasco lee, absorta, comiendo uñas, pequeños libros de poemas, mientras en el templete el viejo músico barbudo toca piezas minimalistas cuyas notas arrancan, una a una, las hojas del falso plátano. Cuando recuerdo mi vida aquí me parece un filme de Eric Rohmer, lánguida y cursi, suavizante. En el parque del Retiro una vez compré hachís y otra vez vine a tocar los tambores sin dormir, como si fuera a hacer moverse a los eternos leones de metal.

El parque del Retiro, principal parque urbano de la ciudad de Madrid, eran unos jardines reales contiguos al monasterio de los Jerónimos creados en el siglo XVII, cuando Felipe IV. Los terrenos

se los regaló el conde-duque de Olivares, su valido, en un territorio al que Felipe II ya se escapaba a descansar, de ahí lo del Buen Retiro. Será Carlos III, el monarca ilustrado, el mejor alcalde de Madrid, el que permitió el uso del recinto por los ciudadanos; eso sí, con condiciones: los hombres debían ir con sombrero y bien aseados y las mujeres acompañadas de un varón. Ahora las mujeres vienen solas o como les da la gana y los hombres vienen sudorosos y en chándal. A los perros, al anochecer, les ponen un collar fluorescente para que no se pierdan, los pobres.

El ominoso Fernando VII fue un importante revitalizador del Retiro: de su época datan hitos como la Montaña Artificial (una estrambótica ídem), el pequeño zoológico de la Casa de Fieras, donde antes había animales salvajes como monos, cocodrilos, elefantes e hipopótamos y ahora una biblioteca pública en la que las fieras duermen dentro de los libros, o el Real Embarcadero, sito en el estanque en el que reman los enamorados y los turistas. Los llaman los caprichos de Fernando VII, porque eran eso, caprichos. Si uno sabe mirar El Retiro, además de un parque, además de un gimnasio, además de un solárium, además de muchas otras cosas, es un museo al aire libre. El Retiro está lleno de pequeñas historias y pequeños detalles, como saben los guías que dan aquí visitas turísticas: pequeños estanques, jardines apartados, ruinas, puentecitos, estatuas escondidas, edificios singulares, árboles exóticos.

En El Retiro hay una célebre estatua de Lucifer, el ángel caído, dicen que una de las pocas del mundo, situada a 666 metros sobre el nivel del mar, y gimnasios solares donde atletas espartanos, enemigos gravitatorios, se cincelan solo con el peso de su propio cuerpo, reflejando los rayos en sudor, como centollos. En El Retiro los señores vierten cerveza de botellas doradas en pequeños vasos de plástico que nunca terminan y discuten de políticas infames mientras las hordas del swing bailan sobre el esqueleto de serpientes imaginarias. En el parque del Retiro me cruzo con un gato negro y un perro con la faz de Jesucristo. En el estanque del parque del Retiro anochece con la melancolía de una película española de los ochenta mientras un joven toca música de ascensor. Se me eriza la piel ante el crepúsculo y la aurora boreal de las turistas nórdicas.

Al borde del estanque del Retiro hay músicos, y comediantes, y parapsicólogos, como Tristanbraker, que empezó aquí a perseguir hombrecillos verdes. Al atardecer, en El Retiro, me introduzco por los senderos oscuros donde los románticos lascivos buscan el amor que nunca llega. En El Retiro me ha anochecido bajo un pino extraterrestre y la bruma se ha hecho cada vez más densa mientras escuchaba a Nick Cave y pensaba en cómo unos simples auriculares pueden ampliar las posibilidades cinematográficas de la música y de la vida, mientras me perdía entre los setos, y entre las ramas, y entre las olas, siguiendo los rastros leves de los elfos y de las ninfas, y el collar fosforescente de un perrete.

Y después de cruzar el puente curvado del jardín japonés he clavado mi corazón en la espina de un rosal, y nadie nunca más me ha vuelto a amar, y nadie nunca más ha vuelto a tomar mis manos

doloridas, y nadie nunca más me ha vuelto a ver, porque nunca nunca más he vuelto a salir, he salido ya, del Jardín del Buen Retiro.

15

Vallekas como puerto de mar

En Vallecas no hay puerto de mar, pero los vallecanos, de naturaleza utópica, llevan años reclamándolo. Que quieran ser puerto y no playa también dice mucho de su idiosincrasia. La reivindicación sucede cada verano, durante la Batalla Naval de Vallekas, a la que una vez acudí en calidad de audaz reportero.

–¡El enemigo! ¡A por él!

Nada más salir del metro de Nueva Numancia tuve que parapetarme cerca de la pared: los niños francotiradores ya disparaban sus globos de agua desde los balcones. Sus proyectiles se estampaban contra la acera liberando la carga de agua que salpicaba a los transeúntes. El barrio era un campo de batalla líquida y los vecinos se parapetaban en los portales y las marquesinas de las paradas de autobús. Esquivando los ataques, buscando las esquinas y siempre atento a los proyectiles aéreos, pude llegar seco al bulevar de la calle Peña Gorbea, la zona más caliente y húmeda de la contienda, donde me encontré con la compañera fotógrafa, ya totalmente empapada, la pobre, y con las cámaras forradas de plástico.

–Tenemos que adentrarnos por las callejuelas –me dijo–. ¡Vamos allá!

Sentí miedo, pero allí fuimos. Yo decía «prensa, prensa», para evitar ser víctima de los disparos de las pistolas y metralletas de agua, intentando que se cumplieran las normas de la Convención de Ginebra, pero después de solo unos minutos de expedición, unos combatientes apostados en una azotea me tiraron un enorme cubo de agua. Me cayó como un cubo de agua fría, vaya, como lo que era. Ya estaba completamente mojado, como los miles de personas que se reúnen para esta alegre guerra a base de pistolas de colorines y litros y litros de agua. Luego vinieron unos enormes camiones cisterna plateados (la fotógrafa, muy audaz, se encaramó a uno de ellos jugándose la vida) y echaron tanta agua que el barrio, en efecto, parecía el mar, como si Vallekas fuera uno de esos pueblos que quedan sumergidos en los pantanos.

La Batalla Naval surgió en 1981, cuando un grupo de chavales se pusieron a jugar con agua durante las fiestas del Carmen para conjurar el calor aplastante del verano. El alcalde Álvarez del Manzano llegó a prohibirla, pero en los últimos años la Cofradía Marinera de Vallekas la ha recuperado. Hay hasta un libro, *Vallekas, puerto de mar*, de Elisabeth Lorenzi, que, partiendo de esta batalla, investiga la identidad vallecana, dentro de la cual se mezcla primero lo obrero y vecinal y, más tarde, lo contracultural (de ahí la «k» que a veces se le pone a Vallekas).

Y es que, si uno es aficionado a los asuntos barriales, el distrito de Puente Vallecas ha de ser su Museo Británico, su lugar de peregrinación, su Hall of Fame. Entrevías, Palomeras, El Pozo del Tío Raimundo, etcétera, son los barrios por antonomasia, los barrios que han de venirnos a la cabeza cuando hablamos de barrios con historia y orgullo. Una de las muestras de ese orgullo y poderío podría ser el Rayo Vallecano, con su afición bucanera, obrera y antifascista: no es lo habitual que un barrio tenga un equipo de fútbol de tal importancia.

El histórico bar y sala de conciertos Hebe, símbolo de la Vallecas más contracultural y rockera (su logotipo era una hoja de marihuana fumándose un porro, en una extraña carambola caníbal), ha cerrado sus puertas hace unos meses después de treinta y ocho años dando caña guapa, por problemas con el ruido. También cerró recientemente la discoteca heavy Excalibur, a la que me llevaba a agitar la melena una novia vallecana que yo tenía, de la zona del Cerro del Tío Pío (el conocido como el «parque de las Tetas», por la forma de las altas colinas desde las que se ve una panorámica de Madrid) y de la que ya no sé nada.

En la calle Peña Gorbea, por cierto, donde el epicentro de la Batalla Naval, se encuentra uno de los monumentos más curiosos de Madrid, el dedicado a Ángeles Rodríguez Hidalgo, fallecida en 1993 con noventa y tres años, y más conocida como «la abuela rockera». En 1996 se celebró un concierto en la sala Canciller, con la participación de artistas como Rosendo, Miguel Ríos, Asfalto o Ñu, para recolectar fondos para este busto de bronce que rinde homenaje a esta señora que lucía una sempiterna chupa de cuero, era fan de AC/DC y no se perdía un concierto. Su religión era el rock y el heavy metal, hasta ser muy popular entre las juventudes de la mano cornuda. Su conocimiento del género era enciclopédico y el grupo Panzer la utilizó como imagen de portada de un disco (sacando los cuernos con la mano, claro). En la escultura salía con los cuernos en la mano, pero los vecinos consideraron que eso era cosa satánica y se los cercenaron. Ahí sigue: las abuelas rockeras nunca mueren.

Paseo por el barrio de Entrevías, que se llama así porque se encuentra encerrado entre diversas vías ferroviarias: sus habitantes se han pasado la vida viendo cómo la gente se va a otros sitios, montada en los trenes que pasan, mientras ellos se quedan en el mismo. Según los datos de la Agencia Tributaria, este barrio es el más pobre de Madrid, en contraposición a La Moraleja, que, como todo el mundo sabe, es el más rico de España (aunque no pertenece al municipio de Madrid, sino al de Alcobendas, la ciudad natal que Penélope Cruz recordó en Los Ángeles cuando le dieron el Oscar).

Me deslizo allí por un dédalo de calles de casas bajas, de calles tranquilas, que dan una idea de cómo eran estos barrios antes de que se urbanizasen del todo, cuando más que una ciudad parecían un pueblín manchego. Las casitas más viejas y pequeñas se ven aprisionadas entre las más recientes y clónicas casas barriales, de ladrillo visto y toldo verde botella (una vez más), y los kilómetros y kilómetros de balcones con barandillas de aluminio sin solución de continuidad. La

gente se asoma en bañador a fumar y huir del calor, otros los utilizan para almacenar trastos o bicicletas, en otros cuelga la ropa limpia y la brisa trae el aroma del detergente.

Aquí está la parroquia, dizque roja, de San Carlos Borromeo (desde 2007 no es parroquia, sino centro pastoral), donde curas obreros comprometidos como Enrique Castro ayudaron, y mucho, durante la epidemia de heroína y delincuencia que devastó este y otros barrios durante los ochenta (como se ve en la película *La estanquera de Vallecas*, una de las últimas muestras del cine quinquí). Dicen que aquí se daba misa en vaqueros y en vez de una hostia se consagraba una galleta. Ahora, más que con aquellos fantasmales yonquis errabundos, que generaban una mezcla de compasión y miedo, me cruzo con dos jóvenes y hermosas hipsters vallecanas, con su sombrero de ala ancha, su camisola, su mueca de INFLUENCER, y me doy cuenta de lo difícil que debe ser la vida para ellas en esta zona donde lo cuqui no está, ni se le espera, en miles de millones de años. Deben ir corriendo a coger el metro, que te deja en Malasaña. Internet todo lo homogeniza.

Hay otro cura rojo famoso en Vallecas, el padre Llanos, indefectiblemente unido a esa zona de curioso nombre: El Pozo del Tío Raimundo es, junto con Hell's Kitchen, en Nueva York, el barrio con el nombre más raro que conozco. En este lugar aquel señor, Raimundo, tenía un pozo y ahora hay un barrio. En la película *Navajeros*, estrenada en 1980 por Eloy de la Iglesia, el actor José Sacristán interpreta a un periodista que investiga la delincuencia juvenil de la época, que tenía su sede en barrios como este. Las imágenes muestran las casas bajas, blancas, la gente humilde que había venido de un pueblo y había construido otro pueblo, muy precario, al lado de Madrid, rodeado de descampados por donde la chavalería se perdía en sus juegos y sus trastadas y sus delitos. Se ve también en esas imágenes la frontera urbana, el límite de El Pozo donde las grúas municipales iban levantando los bloques de ladrillo que son ahora Vallecas.

Accedo al Pozo del Tío Raimundo cruzando autopistas por pasarelas para peatones, cruzando vallas, porque hay muchas pasarelas y vallas en estos barrios. Luego visito el monumento al padre Llanos en la plaza central de El Pozo, que reza: «José María de Llanos vino al Pozo camino de Dios, tropezó con el hombre y de su mano llegará a Él». Las calles anuncian el espíritu luchador y asociativo del barrio: una se llama Vecinos del Pozo, otra se llama Andaluces del Pozo, otra se llama Depósito de Agua.

Pasear siendo consciente de la Historia es también un ejercicio de imaginación: El Pozo ya no es como era, ya no es el pueblín de casas bajas, y uno tiene que imaginarse aquel pueblín que debe dormir debajo de los actuales edificios, iguales a los de cualquier otro barrio. Es raro que el tiempo pase pero los lugares permanezcan, siempre me extraña cuando voy a un lugar histórico, ya sean las murallas de Ávila o la habitación, en Ciudad de México, donde asesinaron a Trotski con un piolet.

El primero en llegar a este lugar vallecano fue un cowboy asturiano que se instaló con su vaquería en estas tierras en 1925. Luego siguió llegando la emigración interna, de Andalucía, de Extremadura, de La Mancha, y se convirtió en núcleo de chabolas depauperado habitado por familias trabajadoras, como tantos otros de Madrid que, gracias a la lucha de las asociaciones de vecinos (y en este caso del padre Llanos), logró convertirse en un lugar digno para vivir: construyeron sus propias alcantarillas, cooperativas o escuelas.

El padre Llanos fue un personaje muy peculiar: jesuita licenciado en Química, pasó de ser un nacionalcatólico confesor de Franco a juntarse con Pasionaria, Santiago Carrillo, Paco Umbral o Marcelino Camacho. Un cura rojo con gafas negras que dio un giro de 180 grados y lo dejó todo tras una crisis existencial para ayudar, desde 1955, a arreglar este barrio, donde también vino a proletarizarse otro comunista, el periodista Gregorio Morán, cuando la juventud comprometida iba a los barrios y a las fábricas a entrar en conexión con la realidad social que no estaba en otra parte.

El Pozo se urbanizó, al fin, en 1986 y dejó de ser una de las bolsas de chabolismo más grandes de Europa que convivía vergonzosamente con el Estado del Bienestar y el progreso occidental a solo unos kilómetros de la Puerta del Sol. Sigue habiendo casos parecidos hoy en día, por ejemplo en la Cañada Real, en el municipio de Rivas, no demasiado lejos. Según recogen las crónicas, en las fiestas de inauguración de El Pozo tocaron Paco de Lucía, la Orquesta Mondragón y Carlos Cano, con pregón de Ana Belén y Víctor Manuel. Luego, en 2004, los terroristas del 11M eligieron su estación de tren para hacer estallar una de sus bombas. Los medios de comunicación resaltaron que los terroristas se habían cebado con las clases trabajadoras más desfavorecidas, y es cierto, aunque supongo que los muertos de aquellos atentados, fueran de donde fueran, se lo merecían todos lo mismo, es decir, nada.

Hay que hablar del cine quinquini si uno pasa por Vallecas, ese género de los años setenta y ochenta que retrataba las vidas de aquella generación de jóvenes delincuentes que surgieron al calor de la crisis y el desempleo en los cinturones obreros. Tirones a bolsos, pantalones de campana y camisas de grandes cuellos, rumba, coches robados (por ejemplo, los Seat 124), la heroína que devastó a los de aquella quinta y pobló los barrios de yonquis fantasmales, todo lo que sucedía en los barrios periféricos de Madrid y de otras ciudades industriales como Barcelona o Bilbao. En Vallecas surgieron verdaderos supermercados de la droga, en barrios como La Celsa, La Rosilla o Las Barranquillas, adonde iban a pillar de todos los chavales del barrio pero también los usuarios de los barrios burgueses de la ciudad.

Los directores José Antonio de la Loma o Eloy de la Iglesia se juntaron con aquellos chavales y les hicieron interpretarse a sí mismos en aquellas películas. El Vaquilla, El Torete, El Jaro, El Pirri, etcétera, soñaron entonces con ser estrellas de cine pero acabaron finalmente mal, como los héroes de la tragedia griega que, aunque lo intenten, no logran escapar a su Destino: en este caso,

la cárcel y la sobredosis. De los quinquis, y también de El Pozo del Tío Raimundo, ha hecho el cineasta Juan Vicente Córdoba sendas películas. En una de ellas traza una especie de comparación entre los quinquis de entonces y los traperos de ahora: jóvenes que (hipotéticamente) vienen del mundo de la delincuencia barrial y encuentran una vía a la autoexpresión y a la fama, ya sea el cine o la música. Los quinquis, como digo, acabaron mal, los chavales del trap parece que van por mejor camino. Yung Beef, apóstol del trap español, ha abierto una tienda de ropa carísima cerca de mi casa, en el barrio de Lavapiés.

El ascensor social estropeado: recuerdo que en mi niñez las señoras siempre estaban asustadas de que un quinqui les robara el bolso y siempre tenían la palabra «quinqui» en la boca, aunque las películas del cine quinqui presentaban al joven delincuente también en su aspecto de bandolero romántico, ladrón pero noble, fiel a su banda, a su novia, a su familia. Y, sobre todo, como producto de un entorno que no le resultaba favorable, pobre y sin perspectivas de futuro: verdugo y víctima al mismo tiempo. Un inspector de policía llegó a decir en televisión: «De cada diez personas de El Pozo del Tío Raimundo, cinco son delincuentes». Hoy El Pozo es otra cosa, pienso, mientras me como un trozo de empanada casera que unas señoras muy amables me dan en un bar del barrio. Fuera, unos niños juegan en una tarde extrañamente silenciosa. La desigualdad, sin embargo, continúa.

En la calle principal de Palomeras Bajas, otro barrio icónico vallecano, los palomerenses pasan la tarde: hay quien juega al ajedrez en las mesas dispuestas para tal fin, otros parlotean y comen bocatas, los niños siguen jugando y alborotan: en los barrios de trabajadores y, sobre todo, de inmigrantes (y ahora, después de la inmigración interna ha llegado aquí la inmigración externa, procedente de Latinoamérica y otros lugares), se hace un uso mucho más intensivo de los espacios públicos, la calle y los parques están más vivos, la gente los usa como una extensión de su casa, como un lugar para la comunidad: la merendola con la familia en el sentido extenso. También habita el espacio un puñado de borrachos, con aspecto de Fraggie Rock, que hace filosofía postestructuralista en voz alta. Hago una foto con el móvil a la plaza y uno de los bebedores, al ver mi curiosidad, se me acerca:

—¿Qué eres, de Antena 3? A ver lo que cuentas del barrio.

No acertó, pero sí que se dio cuenta de mis fines periodísticos, lo cual es muy meritorio dada la generosidad y gran calidad de su melopea.

En este Vallecas, además de toda esta gente, se encuentra el estadio del Rayo y la Asamblea de Madrid, el Parlamento de la Comunidad. Y al lado de la Asamblea el célebre supermercado donde la que fue presidenta de la Comunidad de Madrid, Cristina Cifuentes, robaba cremas: este es un extraño país donde roban más los que más tienen, y no solo cremas del Eroski. Es llamativo

que el Parlamento regional esté radicado en un barrio obrero, cuando lo normal es que estas instituciones ocupen lugares en zonas mucho más nobles (por lo general, al norte): lo hicieron por aquello del reequilibrio institucional entre zonas de la ciudad. Bien está el contacto con el pueblo llano, aunque sospecho que la mayoría de los diputados vienen y van sin frecuentar demasiado el barrio circundante (excepto aquellos que van a hurtar cremas en el súper, claro).

Palomeras Bajas fue uno de los lugares donde el movimiento vecinal del que hablamos fue más precoz y potente. La primera asociación madrileña nació aquí en 1968, aprovechando la Ley de Asociaciones con la que el Régimen había permitido, cuatro años antes, el asociacionismo. En dos años se establecieron otras veinte asociaciones en diferentes barrios, promovidas por cristianos de base y militantes del clandestino, aunque muy activo, Partido Comunista, principal opositor al franquismo, y con la ayuda de jóvenes despachos de abogados como ese de la calle Atocha en el que unos ultraderechistas armados hicieron una matanza.

Se luchaba por urbanizar aquellos lugares, por las escuelas, las alcantarillas o los centros sanitarios, por el transporte público o los espacios verdes, pero también contra la carestía de la vida, por los libros de texto o el célebre fraude del pan. Una manifestación el 22 de junio de 1976 congregó a 50.000 personas de estos movimientos en la céntrica calle Preciados de Madrid, en una de las jornadas más memorables de aquellas luchas. Llegaron a las puertas de El Corte Inglés.

Al amparo de la nueva ley se reunían en Palomeras Bajas entre doce y quince personas, en una casita alquilada a modo de sede, para preparar la acción colectiva. Con el permiso del gobierno, además, se podían convocar asambleas masivas (eso sí, informando del orden del día, de los asistentes y con la presencia de una pareja de policías que, con toda probabilidad, grababan lo que allí se decía). Así fueron consiguiendo muchas de sus reivindicaciones. Uno de sus lemas era: «Casas para todos, en el barrio y pronto».

Más recientemente los habitantes del barrio han perdido algo de su sentimiento de identidad, debido a los flujos migratorios y a la especulación inmobiliaria. Por eso los vecinos, bajo la coordinación del colectivo Todo por la praxis, y con la intención de aglutinar a la población y fomentar el sentido de pertenencia, levantaron una escultura de ladrillo que dice lo que fue un grito de guerra de aquellos movimientos: «El barrio es nuestro». Ahí se puede ver, en Palomeras Bajas, un barrio que quiere ser para quien lo habite.

16

El Más Allá de la Villa de Vallecas

Los miembros de la llamada Escuela de Vallecas, comandados por el pintor Benjamín Palencia, partían del hotel Mediodía, en Atocha, y se iban caminando hasta Vallecas, que entonces era una villa separada de la de Madrid (hasta 1950) y ahora un distrito que se llama Villa de Vallecas. Aquellos artistas recorrían, en los años veinte, polvorientos caminos entre campos dorados y parduscos, que les inspiraban para sus cuadros, tan telúricos. Ahora ya no hay campos hasta el pueblo de Vallecas, sino ciudad, ciudad y más ciudad.

Los distritos de Vallecas se vertebran en torno a lo que era la carretera de Valencia, ahora convertida en la larguísima avenida de la Albufera (que toma su nombre, precisamente, de la Albufera valenciana), que va atravesando las diferentes circunvalaciones igual que un cometa atraviesa las órbitas planetarias. Esta carretera fue fundamental en la Guerra Civil, cuando Madrid estaba asediado y esta vía conectaba la capital con la otra gran ciudad republicana, Valencia, de la que recibía diferentes suministros (militares o alimenticios) y a la que se exilió el gobierno.

Una vez conocí a dos ancianas hermanas, muy simpáticas, que escribieron un libro sobre el hambre en el Madrid asediado por Franco que habían sufrido de niñas: su madre pasó entonces de setenta a treinta y cinco kilos. Me contaron que en aquellos tres años de penurias el alimento que más abundaba eran las lentejas, que apodaban las píldoras de Negrín (el presidente del gobierno, que era médico) o las píldoras de la resistencia, porque, como pensaba el propio Negrín, resistir es vencer. Una frase que hoy podría estar en la pared de un gimnasio para motivar a los presentes. Me contaron también que los burros desaparecieron y que, como dice el refrán, te daban gato por liebre, por lo que los gatos también tendieron a la extinción urbana. Se hacían tortillas con mondas de naranja, chorizo de miga de pan con pimentón o merluza consistente en rodajas de cebolla rebozadas y fritas.

Parece, pues, que por la carretera de Valencia no llegaba mucho que echarse a la boca. Por aquí también evacuaban el patrimonio artístico amenazado. Era la salida de Madrid al mar, y no fueron pocos los intentos de los nacionales de hacerse con ella, sin éxito. En momentos de pánico la carretera se colapsaba de gente huyendo.

Siguiendo este camino, huyendo de Madrid, cruzo la M30, la M40 y hasta la M45. Es la forma más rápida y directa para llegar a estos sitios. La M40 es la siguiente circunvalación después de la M30 y su circunferencia, por llamarla de alguna manera, tiene un radio aproximado de diez kilómetros desde la Puerta del Sol. El puente que recorro para cruzar la M40, que anuncia la

entrada en Villa de Vallecas, tiene un paso peatonal muy estrecho, como si solo los más valientes (y delgados) pudieran aventurarse hasta este postrero salto.

Antes, en el distrito anterior, me he desviado para pasar por el portal número 8 de la calle Luis Marín, donde sucedió el espeluznante Caso Vallecas, un poltergeist que hasta la policía recogió en su informe y que trató el mismísimo Tristanbraker, un espectacular vidente aventurero de medio pelo que se curtió adivinando en el parque del Retiro y al que una vez hice una entrevista lisérgica. En ese suceso se inspiró la película *Verónica*, de Paco Plaza. En el mundo real el portal está cerca de la taberna Los Cuñaos y el bar Los Paletos, cosa que le quita glamour al asunto. Es que los fantasmas no existen.

Entro, pues, a Villa de Vallecas y me recibe una hamburguesería fast food y la visión, a lo lejos, del cerro Almodóvar, una mole de tierra bien redondeada, como un cono truncado, que recorta el horizonte vallecano, lugar al que les gustaba subir a los artistas errantes de la Escuela de Vallecas y donde, también, se podrían celebrar ceremonias macabras de trato con dioses atávicos, como en los cuentos de Lovecraft. El cerro tiene una presencia numinosa, sagrada, como si fuera un monumento levantado por una civilización muy anterior a esta Humanidad.

El centro de Villa de Vallecas, con sus edificios bajos, su iglesia con campanario y su calle principal (el paseo Federico García Lorca), bien podría ser el pueblín que era antes. Aunque históricamente la Villa de Vallecas se dedicó a la agricultura y, sobre todo, a la producción de pan para el abastecimiento de la capital, posteriormente se convirtió, junto con Puente de Vallecas, el distrito vecino y hermano, en un símbolo del orgullo obrero. El año pasado asistí aquí a la fiesta del Partido Comunista de España, que tradicionalmente se celebraba en la Casa de Campo, y que es un pintoresco paseo por la nostalgia roja, como si en el histórico partido se mirara más a los símbolos y canciones del pasado que a un futuro por mejorar. Estaban hasta los estalinistas y los amigos de Corea del Norte, que me contaron las bondades feministas del querido líder Kim Jong-un. Hoy en día si alguien dice PC la gente piensa antes en el *personal computer*, claro.

Todo tiene un Más Allá, y también la Villa de Vallecas. Si uno toma la barca de Caronte llega al territorio fantasmal del PAU (Plan de Actuación Urbanística) del Ensanche de Vallecas.

—Nos estamos olvidando de cómo construir ciudades —me dijo un día un urbanista.

Y viendo este PAU, y todos los demás que se proyectaron en la periferia norte y sudeste de la ciudad, parece que tenía razón. Grandes edificios cuasi clónicos de aspecto hipotéticamente moderno, sin bajos comerciales, bien separados por amplias calles ortogonales que difícilmente se pueden llamar ciudad. Supongo que son ampliaciones de la urbe muy propicias para el negocio del ladrillo y para almacenar a la población como si fuera aquello el almacén de Amazon, pero la vida en los PAU debe ser un poco de aguachirri, diluida, con calvas existenciales.

Una de las paradas de metro del barrio se llama Las Suertes, aunque este es un optimismo exagerado. Los vecinos del PAU de Vallecas han denunciado en muchas ocasiones su abandono

(faltan escuelas públicas, centros de salud, limpieza, falta verde en los llamados espacios verdes, que están marrones), y los miembros del colectivo Basurama vinieron una vez aquí a plantar un campo de girasoles y dar un poco de alegría al lugar. Los vecinos pudieron, al menos, comer pipas.

En otra ocasión, otra urbanista me dijo que a los PAU los llaman «ciudad encapsulada»: por un lado, están las viviendas, por otro, los comercios (supermercados y centros comerciales, más que pequeño comercio), por otro las dotaciones (gimnasios low cost, polideportivos, colegios, etcétera), cada cosa en su cápsula independiente. También se segregan las clases sociales, porque hay PAU para más ricos (sobre todo los del norte) y para menos ricos, pero, de alguna manera, el PAU los iguala a todos, como la muerte.

En la «ciudad encapsulada» parece todo muy plácido y natural, muy racional, pero así no se crea la ciudad densa que hay en el centro, viva, segura, con tráfico y actividad comercial, donde los usos y las clases sociales se mezclan, tal y como recomendaba otra célebre urbanista y activista, la señora Jane Jacobs. Los PAU serían más bien la fría y monótona delicia imaginada por Le Corbusier en su famosa Ville Radieuse («Ciudad Radiante»), presentada en 1930.

Le Corbusier proyectó su Ciudad Radiante como un gran espacio verde con grandes construcciones en altura muy separadas, con grandes autopistas de ocho carriles, rascacielos de cristal de doscientos metros de altura y diferentes zonas perfectamente compartimentadas en las que se harían las diferentes actividades: negocios, residencias, comercio, zonas verdes, etcétera. Una densidad de ocupación muy baja, de solo el 12 por ciento del territorio. En los PAU no hay esas densidades tan ralas —entiendo que porque el terreno es muy valioso—, pero lo cierto es que buena parte del urbanismo posterior se inspiró de alguna manera u otra en este urbanismo lecorbuseriano, muy de ciencia ficción, muy utópico, que no acaba de tener éxito, pero que se sigue replicando sin descanso en las periferias más tristonas.

No mola pasear por los PAU: cuando hace calor no hay donde refugiarse, cuando hace frío lo hace sin piedad. En el de Vallecas me anochece y camino y me arrastro entre los solares todavía no construidos (muchos fueron paralizados por la crisis), donde se arrojaron el escombros y las malas hierbas, los nuevos descampados urbanos. Para hacerlo todo más dramático un perro bastante violento me ladra desde las sombras hasta asustarme: ni los perretes son felices en los PAU. En estas calles (por llamarlas de alguna manera) desiertas y anodinas es imposible el encuentro o la sorpresa, y todo parece más accesible a los coches que a los peatones. A lo lejos una mujer valiente acarrea como puede las pesadas bolsas de la compra desde el lejano supermercado.

Contra estos y otros modelos de ciudad planificada e inhumana surgió en los años sesenta la figura de Jane Jacobs. Esta mujer, de icónicas gafas gruesas, periodista del *Architectural Forum* y activista social, se levantó contra los planes urbanísticos del entonces todopoderoso planificador

urbano de la ciudad de Nueva York, Robert Moses. Moses pretendía derribar o reformar varios barrios de Manhattan, como Harlem, el SoHo o Greenwich Village, donde la propia activista vivía, y trazar una ominosa autopista por en medio de la ciudad. Jacobs lideró una potente protesta social que mandó al garete los planes de Moses (el llamado *urban renewal*), y escribió la seminal obra *Muerte y vida de las grandes ciudades*.

En sus páginas defendía una ciudad más espontánea y asilvestrada que la que se levantaba en los nuevos barrios planificados y segregados (la rampante Suburbia estadounidense o este PAU del Ensanche de Vallecas), una ciudad como la que se ve en los cascos históricos (esa que nos hemos olvidado de cómo construir), donde se viviera en calles corredor en las que se mezclaran los diferentes usos (habitacional, comercial, etcétera) y las diferentes clases sociales.

En la calle de Jacobs había ferreterías, lavanderías, estancos, cafeterías, se mezclaban edificios de diferentes épocas y todo tipo de pequeños comercios a los que acudían los vecinos y que posibilitaban una calle viva, muy transitada y segura (una calle «llena de ojos», como ella la definía). Su apuesta era por una ciudad densa que permitiese el roce ciudadano, que hace el cariño, y que huyese de los proyectos urbanísticos que para ella eran miopes ante la realidad de la ciudad: cierto caos urbano contenía grandes dosis de sabiduría.

Jacobs murió en 2006, pero su figura sigue siendo muy querida y recordada en ciertos sectores: diferentes libros y un documental en Netflix rememoran sus peleas con su archienemigo Moses (que se consideran un hito en la lucha por una ciudad mejor). Y cada año, cerca del día de su cumpleaños (el primer fin de semana de mayo), se celebran por todo el planeta los llamados Paseos de Jane (Jane Walks), en los cuales grupos de personas pasean por la ciudad para analizarla desde los presupuestos de Jacobs, en una especie de nueva deriva situacionista menos excéntrica. Desgraciadamente, en la actualidad no parece que las tesis de Jacobs vayan ganando.

Pero a lo lejos veo unas luces llenas de esperanza. Es el centro comercial La Gavia, donde está el IKEA, esa enorme casa decorada por un loco interiorista obsesivo-compulsivo. Camino hasta allí ya en la noche cerrada, para llegar tengo que cruzar la última esfera que rodea la ciudad, el último círculo del infierno, romper el séptimo sello, ir más allá de la M45. Llevo más de cinco horas de camino desde el hotel Mediodía de Atocha, y tengo hambre y ganas de romper la soledad con un poco de roce humano. Aunque es tarde, espero que haya algún local abierto donde me den de comer y de beber, una lujuriosa posada del siglo XXI.

Me introduzco, no sin dificultad, en el parking del *shopping center* y compruebo, para mi desazón, que está cerrado. Pero, un momento: un camino luminoso conduce a la zona de restauración. Cuando abro la puerta me abrumba el ruido de ese gran hangar donde se concentran todas las franquicias de restauración del mundo. A pesar del silencio exterior el hangar está lleno de ciudadanos que comen hamburguesas, y pizzas, y sushi, y comida TexMex, y bufet oriental, y tapas, y dieta mediterránea, y de todo, hay hasta franquicias que no había visto en mi vida, y ya es

decir. Hay un gran bullicio, como si me adentrara en un gran circo del que, como consumidor hambriento, soy el protagonista. Me como una pizza de masa fina de atún, cebolla y aceitunas negras (siempre pido la misma pizza, por aquello de tener criterio para comparar) en una franquicia desconocida y vibrante, y por fin me siento como en casa.

17

Una utopía urbanística hasta la ciudad de los muertos

El norte de la calle Arturo Soria parece sacado de una blanca serie familiar televisiva. Condominios sólidos y bien acabados con amplias zonas ajardinadas, cafeterías bien puestas, chavales con polo paseando perros de porte aristocrático, chavalas que vienen de compras, jubilados haciendo deporte en las zonas de los parques destinadas a tal fin, madres con niños de pelo animado en alta definición (cada pelo parece en su movimiento completamente independiente del de al lado).

La parte medioambiental la ponen los hermosos pinos que acompañan el curso de la calle, porque aquí estaba el Pinar de Chamartín, hoy llamado barrio de Costillares, un nombre que más que a la elegancia manifiesta de estas calles remite a la grasa voluptuosa de las parrillas-asadores. Si aquí tienen cámaras de videovigilancia, el que mire las grabaciones pensará que está viendo *Médico de familia* o *Los Serrano*. O incluso *Al salir de clase*. Aunque sin adosados: más bien en torres de veintidós pisos.

El distrito de Ciudad Lineal transcurre linealmente, de norte a sur, en torno a la calle Arturo Soria y su continuación, la avenida de la Institución Libre de Enseñanza (unos tipos tan visionarios, los de la ILE, que inventaron métodos pedagógicos que siguen siendo vanguardia más de un siglo después). En la zona norte, como digo, está la parte más acomodada: a lo largo del camino, entre los edificios residenciales, florecen aquí y allá embajadas, escuelas de negocio, clínicas de alto nivel para los cuerpos privilegiados que tienen las mismas enfermedades que los demás, pero que se curan mejor.

También aparece, de vez en cuando, alguna de las casitas de la Ciudad Lineal original que ideó, precisamente, Arturo Soria y Mata, el urbanista, geómetra, periodista, revolucionario liberal de juventud, a la par que teósofo, que da nombre a la calle. En sus tiempos, finales del XIX, principios del XX, esta era una zona alejada de Madrid donde Soria encontró terrenos baratos para llevar a cabo una especie de utopía urbanística de su propia autoría. Aquí, a lo largo de una calle que se podría alargar todo lo necesario alrededor de Madrid (la idea inicial era que circunvalase la ciudad completamente, como la M30, desde el pueblo de Fuencarral en sentido horario hasta Pozuelo de Alarcón, pasando por los pueblos de Canillas, Hortaleza, Vicálvaro, Vallecas,

Villaverde y Carabanchel), se mezclarían todas las clases sociales en condiciones dignas, sin los problemas habituales de hacinamiento e higiene de la época.

Cada familia tendría su vivienda unifamiliar, su huerta y su jardín, y los usos industriales recreativos y comerciales convivirían. En el centro de la calle, que tendría una anchura de quinientos metros (según «cálculos pitagóricos»), correría una vía férrea y un tranvía. Además de dar la vuelta al ruedo de la ciudad, este proyecto lineal se podría extender hasta distancias inimaginables, de Cádiz a San Petersburgo, como llegó a imaginar el propio urbanista en sus primeras ensoñaciones. Se trataba, también, de «ruralizar la ciudad y urbanizar el campo», porque a cada lado de la Ciudad Lineal todo lo que había era campo. La Ciudad Lineal como tal conoció momentos de esplendor pero entró en decadencia a la muerte de Soria, en 1920. Ahora esta ciudad, la propia idea de la Ciudad Lineal, está completamente absorbida por el monstruo capitalino.

La Ciudad Lineal no era lo mismo que la Ciudad Jardín, ideada con anterioridad por Ebenezer Howard, pero compartía algunas de sus ideas fundamentales: la apuesta por la baja densidad de población, la relación íntima con el entorno natural y la reflexión sobre el territorio. La idea de Howard era la creación de pequeñas ciudades jardín alrededor de las ciudades principales. Estas ciudades jardín se desarrollarían en círculos concéntricos alrededor de un parque central en los que habría *cottages* neogóticos como modelo residencial, pequeñas industrias y medios de transporte para la comunicación con otras ciudades jardín.

Se sustituía así la ominosa ciudad industrial por este sistema que mezclaba armoniosamente lo urbano y lo rural. La población estimada sería de 32.000 habitantes y la densidad baja: ochenta habitantes por hectárea. En su momento parecía pura ciencia ficción en comparación con las metrópolis congestionadas e invivibles. Este retorno al campo y a las comunidades e industrias pequeñas ya había sido preconizado por el anarquista ruso Piotr Kropotkin en su obra *Campos, fábricas y talleres*.

La idea de la Ciudad Jardín de Howard tuvo un éxito notable en Reino Unido (la primera ciudad jardín fue Letchworth, al norte de Londres, que también tiene el dudoso honor de tener la primera rotonda del mundo) y también en el plano internacional (uno de los primeros desarrollos fue la ciudad jardín de Forest Hills Gardens, en Nueva York), pero se fue diluyendo con el tiempo y convirtiéndose en otros modelos, así como la Ciudad Lineal de Soria, muchas veces considerada como el sueño lisérgico de un visionario, cumplió sus primeras etapas pero también fue cayendo en el olvido después de pasar numerosos contratiempos, como la crisis producida por el estallido de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, la muerte de su promotor, en 1920.

Hoy queda la calle que lleva su nombre: la calle Arturo Soria es muy larga, su recorrido dura unas dos horas, y podría ser una metáfora de la vida misma. Según la recorro me va anocheciendo. Camino detrás de una persona y pasa esa cosa tan desagradable de que la persona que camina

delante (en este caso una señora) se gira y acelera el paso por si uno va a darle un tirón del bolso o por si uno es la propia muerte que viene a visitarla: a veces la muerte se aparece así, en plena calle. Como la calle Arturo Soria y la avenida de la ILE son una metáfora de la propia vida, al final del camino se encuentra el cementerio de la Almudena, que es donde termina la vida misma. Pero de la muerte hablaremos más tarde.

Según se camina hacia el sur, a la altura de la plaza de Ciudad Lineal, el barrio va mutando hacia lo más popular. Donde había sólidos condominios aparecen los sempiternos edificios de ladrillo visto propios de los barrios obreros, todo sucede en torno a la calle que cruza perpendicularmente a Arturo Soria: la calle de Alcalá, una de las más largas de la ciudad (viene desde la Puerta de Alcalá) y que era la antigua carretera de Aragón. Como su propio nombre indica, también era el camino hacia Alcalá de Henares.

En estas calles se olvida la paz de las zonas más acomodadas y comienza cierto bullicio; hay más vida, bares tradicionales, aparecen esas franquicias que dan carta de naturaleza a cada zona de la ciudad: no hay calle principal de distrito donde no aparezcan las coloridas hamburguesas estadounidenses, el pollo frito de no sé qué coronel, la ropa barata y clónica que nos constituye como una sociedad unida y fuerte. Y la gastronomía más frecuente en los distritos de Madrid: el *döner kebab*, con sus fragancias orientales como grasientos cantos de sirena. Si un extraterrestre del planeta Ummo aterrizara en Madrid pensaría que este es el plato tradicional, y no el cocido. De hecho, ya hay ummitas entre nosotros comiendo kebabs.

Al sur del distrito, como digo, se levanta el cementerio de la Almudena, fundado en 1884, una verdadera ciudad de los muertos dentro de la ciudad de los vivos: aquí habitan hasta cinco millones de cadáveres en 120 hectáreas: la extensión del casco viejo de Segovia. Desde el centro del camposanto se mira alrededor y se ven lápidas y mausoleos hasta allí donde alcanza la vista. Aquí también hay distritos y calles principales, y autobuses urbanos que cruzan la finca, y gente que hace running.

Una vez me di un largo paseo con un enterrador por esta ciudad silenciosa y gris en la que todos tendremos nuestro apartamento antes o después, y no será de Airbnb, sino una cosa más definitiva. En algunas lápidas hay una foto del finado, en otras hay velas, hay flores, o peluches, o recuerdos personales. En otras hay símbolos de las creencias de la persona que fue: pueden ser símbolos religiosos pero también escudos de equipos de fútbol (abundan los del Atlético de Madrid, cuya afición tiene una pasión muy fuerte y muy sufrida).

Aquel hombre, vecino del humilde barrio de San Cristóbal de las Casas, en Villaverde, había sido luchador de lucha libre en su juventud (luchaba en un local que estaba donde ahora está el Gasómetro, en Embajadores) y era de los que siempre tenían que dejarse perder en los combates amañados: bien mirado, supongo que por un lado era un alivio no estar presionado por la

necesidad del éxito. Ahora me contaba cómo movía cadáveres a diario, algunos con muy mala pinta.

—Los cadáveres se almacenan muchas veces unos encima de otros: los que están más abajo pueden mantenerse frescos mucho tiempo porque reciben los jugos que caen de los que yacen encima.

Suena a película de terror. Y dice el enterrador que, a veces, el cementerio de noche da miedo.

Me llevó por algunas de las tumbas más populares, que esta ciudad también tiene sus celebrities, que son la principal atracción para los visitantes al reino de los muertos: la de Lola y Antonio Flores, que murieron uno detrás de la otra y cuyas estatuas siempre tienen el homenaje de velas y ramos de flores anónimos, la de Pío Baroja, la de Tierno Galván, la del torero El Yayo o el jugador de baloncesto Fernando Martín, y, por supuesto, la de Arturo Soria, en la parte del cementerio civil.

En ese cementerio civil se encuentra toda una panoplia de políticos y librepensadores del XIX y del XX, como la de Pablo Iglesias (sénior), fundador del PSOE y la UGT, donde encuentro una postal en el suelo que dice: «Los socialistas no mueren, los socialistas se siembran». Ahora la ultraderecha rampante viene a sabotear las tumbas de Iglesias y de Pasionaria tirándoles pintura encima. Mucha gente, como me mostró el enterrador, decide poner en su lápida el escudo de su equipo de fútbol preferido. Vi varias del Atlético de Madrid: hasta la Eternidad animando desde el Más Allá de la grada. Pensé que debía ser un trabajo muy duro este de enterrador, siempre en contacto directo con la muerte, tanto física como metafísicamente.

—Oiga, ¿y usted qué cree que hay después de la muerte? —le pregunté.

—Es fácil —respondió—: que vengo yo y te entierro.

18

Chamberí no es para llorar

Chamberí es un distrito de nombre cantarín por el que pasean chavales jóvenes y bellos portando grandes botellas de té helado. Los porteros de las fincas se asoman a tirar la mierda y dar los buenos días a las acacias, los menús del día se despliegan por sus baretos, los profesionales urbanos se quitan el casco con orgullo al bajarse de sus brillantes escúters. Chamberí es un distrito apacible de anchas calles arboladas que me resulta difícil imaginar sin sol. Y eso que una vez, en un after hours casero de Chamberí, después de una dura noche de discotecas electrónicas, conocí a un tío al que todo el mundo estaba esperando hace rato y del que se decía que era El Artista.

–¿Y cuál es tu arte? –le pregunté entre las brumas.

–Robo carteras –me dijo.

Da igual, todo cabe en Chamberí, ese trozo de Madrid que reúne de todo en sus barrios: las clases medias y las medias de las clases. Esta fue otra de las zonas urbanizadas por el Plan Castro, que cuadriculó el barrio de Salamanca o Arganzuela. Aquí el urbanista tuvo que adaptarse a lo que había antes, así que resultan muy frecuentes las excepciones a la retícula ortogonal, las calles diagonales que cortan los ángulos rectos o los curiosos alrededores de la plaza de Olavide, redonda y ajardinada, que pinta en el plano de la ciudad una estrella radiante, o algo así.

Yo bajé dos veces a la mina. Una vez fue, como se podría esperar, en el pozo Sotón, en El Entrego, Asturias, donde alcancé los 756 metros de oscura profundidad (más profundo que muchos rascacielos: un «rascainfiernos») y arranqué un trozo de carbón que me llevaba allí esperando desde el periodo Carbonífero, hace más de trescientos millones de años. Me llamó la atención que aquel trozo robado a las profundidades pesara tan poco para su tamaño, porque en esta época no estamos acostumbrados a manejar carbón. Me lo llevé en una bolsa de plástico de El Corte Inglés. Ahora, después de tantos millones de años de espera, no sé dónde lo he puesto.

Otra vez fue en un lugar menos esperable: el centro de Chamberí, donde solo descendí unos metros bajo la superficie terrestre. Y es que el Instituto Geominero –que allí se encuentra custodiado por la estatua de Guillermo Schulz, iniciador de la minería en España–, donde estudian las piedras y los diamantes, tiene una mina simulada que poca gente conoce y adonde bajan los estudiantes de la Escuela de Minas a ver qué se siente (y otras cuestiones técnicas). Tiene un pozo vertical de quince metros de profundidad y un castillete de hierro que sirve para subir y bajar las jaulas en las que viajan los hipotéticos mineros. Hay raíles y vagones de carga que no tienen nada

que cargar. Todo proviene de verdaderas explotaciones mineras, aunque el filón de carbón del fondo de la galería no es un fondo de carbón, claro, sino tierra pintada de negro. Es lo poco que va quedando de la minería en España.

De hecho, el subsuelo chamberilero es interesante por otras razones: alberga la famosa estación fantasma del metro, cerrada en 1966, que tomaba el nombre del distrito, y por la que los convoyes siguen pasando pero en la que nunca se paran. Desde los ventanales de los trenes se la ve pasar a gran velocidad, atrapada en el subsuelo y en el tiempo. En la película *Barrio*, de Fernando León de Aranoa, que hace un retrato muy digno de lo que son los barrios de las grandes ciudades, con sus hermosuras y sus miserias, los chavales barriales se introducen en esta estación y descubren una ciudad fantasmal poblada de indigentes, como si hubiera habido un apocalipsis nuclear en la superficie. La estación es ahora un museo llamado Andén 0, donde se puede conocer cómo era una estación de metro de la época; conserva los tornos antiguos, las casetas donde se vendían los billetes, los azulejos publicitarios de antaño: «Cemento Portland Iberia», «Café torrefacto La Estrella», «Lámpara Philips, la mejor del mundo».

Es que Chamberí está lleno de cosas que no son lo que son o lo que fueron. Por ejemplo: hay una abadía que es un teatro (el Teatro de la Abadía), hay una torre de agua que es una sala de exposiciones (la sala Canal de Isabel II), donde había un tanatorio ahora hay un centro cultural (el Galileo), donde había unos multicines ahora hay unos multiteatros (los Luchana), donde había un hipódromo ahora hay unos Nuevos Ministerios.

Chamberí, que dicen que su nombre proviene del francés, de la capital de Saboya, porque aquí acamparon las tropas francesas, fue en tiempos antiguos propiedad de los templarios y era un bosque donde se hacían cacerías. Luego se convirtió en incipiente zona industrial. Los chamberileros, eso sí, dicen que son muy castizos y muy Madrid, y que Madrid es muy Chamberí. Y eso es cierto, solo que, como estamos viendo día a día, Madrid es Chamberí y otras miles de cosas, pensamientos y lugares más. Este distrito fue parte de los ensanches que el arquitecto Castro proyectó para Madrid en el siglo XIX, como el distrito de Salamanca o el de Arganzuela, por eso todos ellos muestran cierta cuadrícula característica de ese tipo de urbanismo.

En una de esas calles, Cea Bermúdez, paso al lado de una de esas gasolineras urbanas embutida en un recodo de los edificios, de esas que dan tanto miedo, sobre todo en verano cuando cae fuego sobre Madrid. Caen chispas sobre los surtidores de sin plomo, todo el fuego solar cayendo como una lluvia de yunques, y la gente está repostando como si nada. La gente vive y pasea en estas manzanas ajena al hecho de que tiene una gran balsa de combustible bajo el asfalto y que el asfalto ya se está derritiendo.

Hay otras gasolineras urbanas, hay una donde Goya y otra donde Legazpi, ya no sé más porque tampoco sé conducir, voy a pata, por eso soy Paseador Oficial de la Villa. En la gasolinera de Legazpi, frente al Matadero, una vez me encendí un cigarrillo por inercia y desde la cabina de

cobros y chicles empezaron a gritar y a hacer aspavientos y muecas macabras porque todos íbamos a morir en una tremenda deflagración. La cosa es que yo no sabía dónde apagar el Lucky Strike o si, directamente, tenía que tragármelo y contribuir a mi ardor estomacal. Odio el olor de la gasolina. Mi madre, sin embargo, lo disfruta.

La gente sigue echando sopa en la gasolinera de Cea Bermúdez, es la dependencia energética de los combustibles fósiles en el Madrid en llamas. La gente arde sin darse cuenta y se aprieta limonadas y pintas de cerveza en las terrazas, el tráfico es infernal, y yo me siento en el Argel de Camus: si aquí hubiera playa iría allí ahora mismo y mataría a alguien al azar, solo por el placer de hacerlo, por manifestar el absurdo. Pero aquí no hay playa. Cuando miro la gasolinera hace mucho calor, mucha flama y hay mucha furia.

Lo que no es Chamberí, eso está claro, es un buen lugar para llorar.

Un día iba yo por Chamberí y tenía la acuciante necesidad de llorar, esa punzada detrás del entrecejo, esa presa a punto de quebrarse, esa tiniebla. Sucedió por la zona de Canal: aunque no me importa que me vean llorar, tampoco me gusta ir llorando por la vía pública, por respeto a mi propio llanto, que requiere su ceremonia. Así que me introduje en el parque que allí hace esquina, llamado de Enrique Herreros.

A priori parecía un buen sitio para llorar, pero las zonas soleadas eran intransitables y las que estaban a la sombra demasiado transitadas; una pandilla de adolescentes vociferantes tampoco colaboraba al ambiente propicio. Me metí por una vereda oscura, entre los arbustos, y al final, cuando pensaba que podía llorar, me topé con un indigente durmiendo a pierna suelta en un colchón sucio. No quise despertarle. Busqué en una plaza aledaña, por donde Cea Bermúdez, llena de cemento y ladrillo, durísima, muy fea, una tranquila esquina cerca del colorido parque infantil. Aquel parecía un buen lugar para llorar, y me dispuse a hacerlo... hasta que apareció Albert Rivera, caminando solo, cruzando la plaza. Qué fatalidad. Al final resultó que no era el líder de Ciudadanos, pero se parecía mucho, y ya me había cortado el rollo.

Finalmente recalé en otro parque, más amplio, ese complejo deportivo en la avenida de las Islas Filipinas llamado parque de Santander. El lugar estaba menos desvencijado que el primer parque, había bancos cómodos, y aunque el sol pegaba con la fuerza del mediodía solar, pensé que ese era un buen lugar para llorar. Entonces me senté, me recliné sobre mí mismo y lloré. Lloré como la tormenta estival, como el terremoto, lloré como las fieras heridas, lloré como los pulsares y las supernovas. Lloré como un profesional de la pena. Pasaban señoras deportistas y yo lloraba. Pasaban los perros más simpáticos y yo lloraba. Pasaba el tiempo y yo lloraba.

Lloré en Chamberí mientras, a lo lejos, los madrileños jugaban al tenis.

19

Boeing Dick

Llamadme Fanjul. Hace unos días –no importa cuánto hace exactamente–, teniendo poco o ningún dinero en el bolsillo, y nada en particular que me interesara en el distrito Centro, pensé que me iría a pasear un poco por ahí, para ver la parte aeroportuaria del mundo. Es un modo que tengo de echar fuera la melancolía y arreglar la circulación.

Empiezo este paseo parafraseando el primer párrafo de *Moby Dick* porque Madrid no tiene el puerto de mar desde donde zarpó el *Pequod* (a veces dicen que le van a poner playa), pero sí aeropuerto, en el distrito de Barajas, que es a donde me dirijo y de donde parten esos aviones que me provocan la misma mezcla de miedo y fascinación que la gran ballena blanca le provocaba al capitán Ahab. Yo no tengo una pata de palo ni una pintoresca tripulación, pero a algún sitio llegaré que no sea el fondo de la mar salada.

Partí del puerto de Argumosa, en Lavapiés, con tiempo favorable y asfalto en calma; según la carta náutica de mi smartphone sería una navegación de unas tres horas y pico hasta arribar a aeropuerto. Surqué Atocha, dejando a babor el Real Observatorio de Madrid, que guarda una réplica de un telescopio de William Herschel, descubridor de Urano, y a estribor el neobizantino Panteón de Hombres Ilustres, donde una vez se intentó que, a la francesa, se enterrara a la gente importante. También vi la sepultura, en esa zona, de un amor freelance que yo tuve, o que creí que tuve, y que, en realidad, estaba enamorada de un campesino castellano que yo imaginaba megalómano y terrible, con la piel curtida por el sol del campo y unas manos enormes con las que me iba a reventar el cráneo mientras medía endecasílabos.

En el barrio de la Estrella, donde huele a arbusto y a confort de clase media, pasé del viaje náutico al viaje astronáutico: me guí por la calle de la Estrella Polar, por Perseo, por la Cruz del Sur, y vi el brillo más brillante de la calle Sirio. Hay por ahí un parking que se hace llamar Los Astros, donde, supongo, se aparcan las naves espaciales. Aterricé de nuevo donde empieza Moratalaz, tras cruzar un río de lava metálica que se dice la M30, por un puente que temblaba en plan Indiana Jones.

Por allí está El Ruedo, un edificio enorme y curvo, feo por fuera y alegre y colorido en su centro, donde se realojó a chabolistas del Pozo del Huevo en los años ochenta. Y luego se sucede la ciudad desconocida, la calle del poeta Blas de Otero, que increpaba a Dios, y la de Pablo Lafargue, el yerno de Marx que vino a España después de la Comuna de París a evangelizar de

socialismo y, aun así, escribió un libro llamado *El derecho a la pereza*, que siempre hay que reivindicar, incluso siendo marinero.

La ciudad es como una pizza, y se van apareciendo las zonas pobres, que son como el pepperoni del asunto, donde las viejas gitanas picantillas sacan las sillas al fresco y se pasan la tarde veraniega en familia, y las zonas insípidas como la mozzarella, que se corresponden con esos barrios de grandes empresas, fríos edificios reflectantes y desvaídos trabajadores de call center y corporación extranjera. Hay ahí una alegría impostada de viernes por la tarde: no hay nada más triste que la melancolía del departamento de marketing cuando disimula su odio en el bar de abajo, tomando cañas.

La ciudad es como una pizza, pero como una pizza familiar de grande: crucé La Elipa, donde nacieron los Burning, y escapé del cementerio de la Almudena una vez más, y crucé Pueblo Nuevo, y Simancas, y Canillejas, y ya no sé dónde, y llegué al distrito de Barajas, formado alrededor de lo que era el pueblo de Barajas, absorbido, como tantos otros, por la voraz capital.

Allí se encuentra Ifema, el gran contenedor de ferias de la ciudad al que tantas veces he peregrinado por motivos laborales. Tan pronto te montan una sofisticada feria de arte, como ARCO, como una de turismo, de piscinas, de puericultura o de frutas y verduras. Así, a veces conviven por sus calles los coleccionistas de arte con su ceja alta y los empresarios que regentan una empresa de clavos y otras herramientas. No muy lejos, en el parque Juan Carlos I, que es tan grande como el Grand Theft Auto, me topo con un gran rosco colorado, que es un monumento llamado Espacio México, pero que parece el ombligo literal del mundo o algo todavía más hipnótico y secreto: cuando te aproximas por la cuesta parece que te va a absorber hacia una dimensión desconocida.

Desde ese gran agujero que genera el espacio-tiempo pude ver, por fin, como Ahab, el aeropuerto, que ahora lleva el nombre de Adolfo Suárez. Anochece por el este y los aviones, cetáceos luminosos, luciérnagas tech, se levantaban hacia lugares muy lejanos. Pensé que la vida es tan horrorosa y excitante como ese momento en el que vas sentado en el avión, y empieza a acelerar en la pista, y no tienes el control sobre nada, como un pelele, y todo puede desaparecer en un segundo. Es la crisis de la mediana edad, cuando todo se acelera y todavía no te han puesto la bandeja de pollo al curry.

El aeropuerto es un sitio enorme, casi tan grande como toda la almendra central de la ciudad, solo que no nos damos cuenta porque no caminamos por él: es un espacio cerrado, inaccesible, solo transitado por los propios aviones y ese personal aeroportuario que pulula por las pistas acarreando equipajes o haciendo señales a los pilotos. Dentro de las terminales la gente espera en esos no lugares (como los bautizó con gran éxito el sociólogo Marc Augé) que cada vez se parecen más a un centro comercial, con sus hamburgueserías y sus tiendas duty free donde nunca se compra nada que sea de utilidad o que no sea un vicio funesto.

Discurrir por un aeropuerto es una liturgia extraña y agotadora, en la que el viajero, cual personaje de juego de rol, tiene que ir superando las más diversas pruebas: facturar el equipaje, pasar la seguridad (donde le tratarán como a un delincuente y le olerán los zapatos), comprar un perfume libre de impuestos, localizar la puerta de embarque. Al final, volar. Hay mucha gente que pasa por el aeropuerto, pero también mucha gente que vive aquí y que muchas veces no es fácil de diferenciar del resto, porque también acarrea bultos, pero esos bultos no son un equipaje sino su vida entera. Gente sin techo que se lava los dientes en los aseos y que duerme en las diferentes salas de espera, gente que permanece quieta mientras todos los demás se mueven y los aviones, contra todo pronóstico, vienen y van.

Yo creo que se estrellan más aviones que los que salen en las noticias, de hecho, creo que se estrellan un 80 por ciento de los aviones que despegan, o al menos así me siento yo cuando vuelo. Estudié Mecánica de Fluidos en la facultad y allí me explicaron los mecanismos científicos en virtud de los cuales vuela un avión, mayormente el principio de Bernoulli y el efecto Venturi. Sin embargo, sigo desconfiando también de los manuales de física y de mis profesores, como si fuera un terraplanista: un cacharro así de grande y pesado no debería volar de ninguna de las maneras.

Así que yo despego de Barajas atento a todos los ruidos que hace esa máquina infernal y bien atento a los rostros de las azafatas y los auxiliares de vuelo, no vaya a ser que estén ocultando la mueca de terror que precede a un accidente aéreo. No obstante, es un miedo que voy dominando y vuelo con cierta frecuencia, un miedo irracional que yo considero natural: desconfío de la gente que no tiene miedo a meterse en un avión, son personas insensatas o inconscientes o, definitivamente, locas.

No quise acercarme más a los aviones, no fuera a morir, como Ahab, atrapado por mis propios arpones contra el cuerpo de Moby Dick, sepultado en las profundidades abisales del distrito de Barajas, arrastrado, en realidad, por mi propio miedo y fanatismo contra el fuselaje blanco de un Boeing 747 que vuela ligero a Nantucket, de donde partió a los mares Ismael, quiero decir, Fanjul, que así me llamo.

20

Afterwork, logia masónica, torres satánicas

Como las torres de Puerta Europa están inclinadas, uno puede colocarse debajo y ver su propio reflejo en los cristales negros que las recubren. Ahí está uno, en medio de los autobuses, los taxis, los trabajadores y trabajadoras que pululan por la plaza de Castilla, donde antes estaba el *non plus ultra* madrileño: no parecía haber nada más al norte. Ahora el metro viaja incluso más allá, al agujero blanco de los mapas. Debajo de estos mamotretos arquitectónicos, las torres, que parece que se puedan caer a cada momento, rodeado de gente ajetreada, uno se siente insignificante. Da la impresión de que ha venido un terremoto y las ha dejado así, torcidas una hacia otra, como si las dos torres estuvieran enamoradas y quisieran darse un besito pero sus cimientos se lo impidieran.

Las torres KIO, como también se las conoce, que se terminaron en 1996 bajo el proyecto de Johnson y Burgee, tienen veintiséis plantas y están inclinadas 14,3 grados la una hacia la otra. En el lado opuesto de la inclinación unos cables las sujetan y las atan a un contrapeso subterráneo de 14.400 toneladas, en un equilibristismo eterno. Son ya un símbolo de Madrid, y eso que les han colocado detrás las mucho más altas Cuatro Torres Business Area, que hacen a estas parecer sus hijas pequeñas y desviadas. Álex de la Iglesia, en su película *El día de la bestia*, supo ver aquí, en estas dos torres raras, la firma de la pezuña de un macho cabrío, es decir: un símbolo de Satán.

Esto es el distrito de Chamartín y muy cerca de la plaza está la estación de trenes homónima, que recibe el tráfico procedente del norte de la península. Chamartín es fea y funcional: ahora vivimos tiempos de edificios icónicos, hitos que den carácter a la ciudad, pero cuando se levantó Chamartín no se pensaba tanto en estas cosas. Como todas las estaciones, veo a Chamartín no solo como un nodo de transportes sino como un nodo de historias y de vidas. Me siento en la sala de espera y compruebo cómo se entrelazan aquí las existencias, las que se unen y las que se separan, las que vienen y las que van, los borgianos senderos que se bifurcan: esa pareja que se despide entre llantos –quién sabe si se volverán a ver–, la pandilla mochilera que parte hacia el que tal vez sea el mejor viaje de su vida, ese joven que arrastra su maleta algo asustado porque es la primera vez que pisa la gran ciudad.

Yo también fui ese joven algo asustado que llegaba a vivir en la gran ciudad. Aquel otoño, a principios de siglo, llegó también, acompañándome, una ola de frío procedente de Siberia: nunca había sentido tanto frío, nunca había estado tan solo. Madrid era inabarcable, implacable, monstruoso, y todavía faltaban tres lustros para que me decidiese a recorrerlo a pie. Fue entonces

cuando, después de pasar por varias pensiones en el distrito Centro, mientras buscaba una habitación fija en un piso compartido, viví un mes con una señora en el distrito de Chamartín, cerca de la estación y de plaza de Castilla.

Aquella mujer era la viuda reciente de un artista y ahora alquilaba habitaciones a jóvenes recién llegados. Mi familia estaba harta de verme pulular por aquellas pensiones de mala muerte y me conminó a asentarme temporalmente con esta mujer. Era una señora muy particular que hablaba mucho de su difunto marido pintor –le echaba mucho de menos–, que odiaba ir a IKEA porque no le gustaba que le indicaran por dónde caminar y que era aficionada a los dentistas en prácticas de la universidad, mucho más económicos. Tan despistado andaba yo por aquella época que me pasé cinco días del mes acordado, hasta que la mujer me tuvo que indicar amablemente que me fuera de una vez.

–Qué disgusto –me dijo–, con la de bocadillos de lomo con pimientos que te he hecho para el autobús.

Tenía razón.

El distrito se extiende desde plaza de Castilla hacia el sur por el flanco este de la Castellana. En esta zona vive la burguesía, gente bien que trata de mantener su elegancia incluso durante una ola de calor, lo cual es ciertamente difícil. En las terrazas veo pelos rizados que sus usuarios tratan de domar con toneladas de gomina, polos con caballo o cocodrilo en el pecho izquierdo, bermudas beige y camisas rosa claro. Hay un gran porcentaje de gente guapa y bien alimentada, la piel suave y bronceada por el sol. Los edificios son bloques de ladrillo, pero tienen otro porte, otra solidez, otros balcones y otras persianas que los edificios de ladrillo de los barrios del sur.

También hay clases en el mundo del ladrillo. Los portales son más amplios, y en ellos hay sofás y plantas exuberantes y cosas doradas y murales artísticos datados en los años setenta o así, y un portero vestido con sobrio uniforme que vigila como el Can Cerbero. Podría construirse una vida digna en uno de estos portales de la burguesía. Hay algunas banderas de España que asoman de algunos balcones, se trata de una especie de guerra a distancia con las banderas esteladas que cuelgan, en mayor porcentaje, en los balcones de Barcelona, la guerra de las banderitas made in China. Todo se ve más nítido en este barrio, menos desdibujado.

Antes la gente con posibles tendía a lo clásico, a las estéticas de toda la vida; ahora, sin embargo, el gusto por la distinción moderna ha llegado hasta las clases anteriormente más conservadoras. Los zapatos castellanos y los pantalones de pinzas, el atavío del pijo clásico, están en retroceso, hoy todo se homogeniza. De modo que no es raro ver un garito de corte hipster en Chamartín, donde se solaza a base de música electrónica y gin-tonic con tropezones gente que parece cobrar bastante más de cinco mil euros al mes: debe ser esa cosa que se llama afterwork y que algunos practican al atardecer, cuando los escarabajos echan a volar.

Hay lugares curiosos en estos barrios: un club de brigde a través de cuyos ventanales se ve a

las señoras enojadas darle al vicio, ¿cómo se jugará al bridge? Al lado, un misterioso local con dos grandes columnas clásicas en su portada y una escuadra y un compás, símbolos típicamente masónicos, en su frontispicio. Dice G. L. E., así que las mentes inquietas deducirán que estamos ante la Gran Logia de España. Hoy la masonería ya no es una sociedad tan secreta, porque ya no sufren la persecución de otras épocas. Una vez, en mi papel de reportero, vine a visitar la logia, a ver cómo los masones dominan el mundo.

—Más que una sociedad secreta somos una sociedad discreta —me dijo el maestro masón que me hizo de guía.

Me hablaron de su obsesión por la simbología y lo ritual y pude ver sus templos de suelos ajedrezados (los colores blanco y negro, al parecer, simbolizan la dualidad del mundo). Hay números, mitología, constelaciones, espadas, columnas. En una posición central siempre se puede leer A. L. G. D. G. A. D. U., que significa «A la gloria del Gran Arquitecto del Universo». Lo que más me gustó de la masonería es el sentimiento de hermandad y camaradería, tan escaso en la sociedad individualista. Y la anécdota que me contaron: en una ocasión el presidente de Estados Unidos, George Washington, salía de su residencia y le saludó el jardinero. «Buenos días, señor presidente», dijo el jardinero. «Buenos días, venerable maestro», respondió el presidente. Y es que dentro de la jerarquía masónica no importa el estatus exterior: el jardinero puede ser de un grado mayor que el presidente.

—Lo cierto es que no parece que desde un lugar tan humilde ejerzamos un poder tan grande, ¿verdad? —bromeó el maestro masón que me hacía de guía.

Para centro de poder, el que me encuentro cuando sigo mi camino. Hacia el sur dejo a mi derecha el gigantesco estadio Santiago Bernabéu, ante cuyas puertas una vez vi desmayarse a una joven turista ante no sé qué visión mística. Cuando hay partido las masas se arremolinan en torno al edificio, iluminado en la noche, y el estadio parece un enorme castillo medieval al que asediaran los campesinos, armados con rastrillos y antorchas, para matar al marqués. Se venden en los alrededores del estadio esos días bufandas, bufandas y más bufandas, más por símbolo que por abrigo, y banderas rojigualdas con un toro impreso: ya dijo Manuel Vicent en una columna que era absurdo enorgullecerse de simbolizar a España con un animal, el toro, que es continuamente derrotado en las plazas, como si este fuera un país abocado a la derrota.

No soy futbolero: ni practico este deporte, ni lo veo por la tele, aunque a veces acompaño a un amigo al grasabar a ver el partido: eso de ir al bar es lo único que me gusta del fútbol, aunque por el bar, no por el fútbol. Me gustaría que me gustase el fútbol: querría sentir los colores, vibrar balompédicamente, discutir con la peña, hablar en primera persona del plural y llorar cuando perdiera mi equipo (llorar sabiendo que la derrota es irrelevante y que mi vida permanecerá inmutable, tirando a mal).

De niño, para no ser outsider, intenté aficionarme: intercambié cromos y compré, exactamente,

cuatro números de la prensa deportiva. Recuerdo un titular de portada: «Dubo lleva veneno», por uno que se llamaba Dubovsky y que murió joven. Es triste vivir «afutbolísticamente», como estar sobrio en una rave: desde niño nos acompaña ese continuo rumor que sale de las radios y las televisiones, sobre todo en domingo, esa parte incomprensible de los periódicos y de los telediarios, esas conversaciones impenetrables en las barras y en los taxis, esas bengalas, esas euforias, esos cánticos, esos disturbios que nunca protagonizaremos.

Miro al Santiago Bernabéu desde fuera y pienso que nunca he estado dentro, que nunca he estado en un partido de fútbol, exceptuando aquella vez en Oviedo que me llevó mi tía Vicen, que descansa en paz desde hace poco, a ver al jugar al Celta de Vigo contra el Real Oviedo, en los años noventa. El niño y la vieja que éramos quedamos atrapados en un intercambio parabólico de pedradas entre aficiones, una de extrema izquierda y otra de extrema derecha, delante del antiguo estadio Carlos Tartiere.

Un día pasé por el estadio cuando se jugaba un Real Madrid-Barça, el partido por antonomasia, la Idea platónica del partido, el evento irrepetible que se repite varias veces cada año. Las masas se arremolinaban, como abducidas, en la puerta de la gran nave espacial que es el Bernabéu. Dentro, además de los aliens viscosos, ocurría un tópico: veintidós hombres en calzones (aunque millonarios) persiguiendo un balón. Sentí, por un momento, la llamada desde dentro del estadio, una voz que me llegaba desde el césped y que se dirigía solo a mí, una fuerza invisible que me agarraba del bajo vientre y me atraía. Estuve a punto de ser abducido por la Liga de Fútbol Profesional. Me emocioné. Pero pronto aquel impulso desapareció y me alejé cabizbajo mientras media España era feliz siguiendo la trayectoria del esférico.

Llego al barrio de El Viso, una de las zonas más exclusivas y con mayor renta per cápita de la capital, un apacible barrio de casas unifamiliares, algunas mansiones y muchas cámaras de seguridad, donde es difícil ver a gente por la calle pero da la impresión de que es fácil ser feliz. Las casas no son los habituales chalets campestres, sino edificaciones de corte racionalista, geométricas y de colores claros e indefinidos, algunas con las ventanas puestas aleatoriamente, como en ciertas construcciones de Adolf Loos: este arquitecto propuso colocar las ventanas donde le hacían falta a la estancia y no donde mandaba el orden de la fachada.

—A esa la conocemos de misa, ¿te suena? —dice una señora que pasea en grupo por esas calles que no parecen estar embutidas en Madrid.

—¿Tenemos preparado lo del MOMA? —dice otra integrante del grupo paseador.

Son conversaciones inquietantes, a las que no les encuentro ningún sentido y que escuchan atentos los gatos que se asoman a los muros de las fincas, cerrados a cal y canto, que no dejan atisbar una pizca del interior. Asoman, a veces, árboles talados de maneras ciertamente originales. Una chavala cruza la calle con unos pantalones cuidadosamente rotos, otro chaval luce un flamante «fachaleco», esa prensa acolchada que parece haber sido adoptada con furor por la derecha. Por

las ventanas sí que se ve algo: cuadros de expresionismo abstracto y enormes pantallas de plasma colgadas en las paredes, al lado de los cuadros, como si fueran obras de arte, pero lo que muestran son el verde intenso de los partidos de fútbol, que es otra de esas cosas que nos igualan a todos. No sé por qué, pero huele a madera quemada.

Por ahí está el parque de Berlín, donde hay unos pedazos de lo que fue el Muro de Berlín, lleno de pintadas de la época que, según cuentan las crónicas periodísticas, un operario trató de limpiar porque eran «guarrerías». Más hacia el sur todavía, me encuentro un giro dramático en la composición social del distrito de Chamartín: el popular barrio de Prosperidad, la Prospe, de carácter más castizo y trabajador. Su plaza principal podría ser la plaza mayor de un pueblo. Y hay un sitio donde ponen, dicen, los mejores torreznos de Madrid.

21

El problema del Mal

En el parque de Aluche anochece y un grupo de jóvenes mantiene, recostado sobre la hierba, un animado debate.

–Pero, si Dios existe y es todopoderoso, ¿cómo puede ser que Lucifer exista? –pregunta uno.

–A ver –responde otra–, es que Lucifer era un ángel que se rebeló contra Dios, y entonces...

–Ya, ya –interviene una tercera–, esa historia la sabemos, pero la movida es que Dios puede crear el Universo como le dé la gana, y permite que pasen catástrofes y haya enfermedades, etcétera...

No sé si ellos lo saben, pero están hablando del muy filosófico y teológico problema del Mal. En efecto, si Dios existe, y es bondadoso y todopoderoso, ¿por qué existe el sufrimiento? ¿Por qué se permite la existencia del Mal? «Es que los caminos del Señor son inescrutables», nos han dicho. Nuestro conocimiento, nuestras capacidades son demasiado precarios para entender el Plan Divino. Entonces así estamos: aquí, sufriendo.

No muy lejos de aquí, hablando del mal, del sufrimiento y del estruendoso silencio de Dios, está el tristemente célebre Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE) de Aluche, donde encierran a los que llegan a las costas huyendo de la guerra, la miseria o, simplemente, en busca de una vida mejor. Por fuera, paradójicamente, tiene cúpulas de colorines, como si los retenidos fueran a ingresar, en vez de en una cárcel, en Disneyland.

Yo antes veía a estos hombres negros, muchos de ellos senegaleses (los veo en mi barrio, en Lavapiés), como un colectivo, como los negros de la plaza, que siempre estaban ahí tomando la fresca, igual que hacían cuando visité Senegal: lo que aquí se ve extraño, gente parada en el espacio público, disfrutando de él, allí es tradicional. Hay algunos, además, que te dan conversación porque sí, por hablar, cosa muy natural en el occidente africano pero harto extraña en nuestras sociedades individualistas y desconfiadas. Todos son tu amigo.

–Eh, amigo, ¿qué tal?

Siempre me he fijado en sus vestimentas, porque siempre percibo algo de coquetería: hay algunos que visten al modo rockero, con chupa de cuero, pantalones de pitillo y gorra negra, otros lucen lo que deben ser camisolas típicas de su país, hay uno muy particular que se viste como un influencer enloquecido: pañuelos extraños, pantalones anchos, gafas de sol de mujer propias del vidente Rappel, se ve que tiene máximo interés en la moda. A mi difunto padre, me cuenta mi madre, le gustaban estas cosas. Cuando iba a Nueva York le decía:

–Marisa, tráeme ropa de negro.

En el gimnasio low cost al que acudo a intentar alargar mi vida de forma desesperada muchos de ellos esculpen sus cuerpos de ébano, como manda el cliché. Vamos, que estas personas son gente normal, aunque vengan de otra esquina del mundo.

Sin embargo, todos estos señores eran para mí un grupo de gente *random* en el que no me daba cuenta demasiado bien de dónde acababa uno y empezaba otro. Pero desde que tuve la oportunidad de que un inmigrante subsahariano me contase su historia completa, un verdadero vía crucis desértico y tropical, los veo de otra manera, como personas muy individuales con una trágica historia detrás. Su viaje comienza al sur del Sáhara y luego se concentran en la horrorosa ciudad de Agadez, una ciudad árida y muerta, en el desierto de Níger, procedentes de Ghana, de Senegal, de Nigeria, de Chad, de Sudán y otros países. Una especie de cuello de botella.

Muchos se quedan ahí para siempre, se llaman *sinkers*, porque agotan su dinero y no pueden seguir ni hacia delante ni hacia atrás, y sobreviven a duras penas como sirvientes de las mafias. Otros continúan el viaje: de Agadez los traficantes de personas los trasladan a Libia en transportes precarios, camiones atestados de gente y bidones de agua y combustible o Land Rovers cubiertos de cuerpos, en viajes que en el mejor de los casos duran un par de semanas.

Si esos transportes se averían en mitad del desierto es probable que todos mueran de hambre y de sed, a veces se encuentran camiones llenos de cadáveres perdidos en la inmensidad de arena, como si fueran la barca de Caronte naufragada en su tránsito por el lago Estigia. Lo peor es que muchos de ellos son estafados por las mafias y abandonados a su suerte en el desierto, en mitad de la nada, sin un mapa, con una sola garrafa de agua: muy pocos logran escapar del desierto a pie y la mayoría mueren aplastados por el sol. Son asesinatos a gran escala, de modo que este trayecto, el llamado «camino del infierno», está poblado de cadáveres rígidos y resecos, como islas de desechos humanos flotando en el mar de dunas.

Luego les toca buscarse la vida en Libia, quizás durante varios años, en burdeles donde venden drogas y alcohol casero y en guetos infectos, comiendo arroz con salsa de tomate cuando hay suerte, hasta que pueden cruzar en patera desde la propia costa libia, hasta llegar a Italia, o desde Mauritania, para llegar a Canarias. Lo demás ya lo saben ustedes: el horrendo viaje en una patera precaria en la inmensidad del mar, el rechazo de los muy cristianos europeos, el naufragio, la caída como una piedra al fondo del mar, porque la mayoría ni siquiera saben nadar y dejan el fondo del mar también como un cementerio. Ellos piensan que se dirigen al paraíso terrenal, que es Europa. Y muchos acaban aquí, en el CIE de Aluche, donde las coloridas cúpulas propias de *Las mil y una noches*.

Pero volviendo al parque, así se las gasta la chavalería del distrito de Latina, debatiendo en la hierba sobre los grandes asuntos de la existencia. Latina no debe confundirse con la céntrica zona de La Latina, donde la gente va a comer y a emborracharse los domingos a plena luz del sol. A

partir de cierta edad salir de día es «aprovechar el fin de semana», aunque básicamente se haga lo mismo que de noche: beber hasta caer redondo. Como digo, el distrito Latina es otra cosa, más filosófica, y toma su nombre de Beatriz Galindo, apodada La Latina, escritora y humanista que fue maestra de latín y gramática de Isabel la Católica, y que tiene un monumento en Puerta del Ángel, por donde se entra en este territorio.

Un vecino ilustre del distrito fue Francisco de Goya, cuya Quinta del Sordo caía por aquí, cerca de la ribera del río, cuando este lugar era una campiña con huertos y casas aisladas. Aunque Goya era sordo, dicen los que saben que la finca se llamaba así antes de que Goya la adquiriera. En este lugar se retiró el pintor antes de exiliarse a Burdeos, como buen afrancesado, donde murió en 1828. En los muros de la quinta Goya pintó las *Pinturas negras*, como si la propia quinta fuera un museo macabro: ahora se ven en otro museo, el Museo del Prado. Ahí reflejó el artista un país sórdido, maldito y supersticioso, que parece que no se ha ido del todo. El distrito tiene un pie en el centro y otro en la periferia: empieza en Puerta del Ángel, al final del puente de Segovia, discurre en torno a la carretera de Extremadura y acaba en los lejanos terrenos de Campamento, donde hay espacio para una nueva y succulenta operación inmobiliaria en lo que eran terrenos del ejército y donde ya Madrid se roza con las tierras de Alcorcón.

Yo sigo sentado en un banco del parque de Aluche y ya es noche cerrada. Le doy una calada a mi Lucky Strike y miro, a mi derecha, cómo llega el metro lleno de luces, porque a la parada de Aluche el metro llega sobre la superficie de la tierra, lo que le da a la cosa un aire neoyorquino, como ese metro aéreo y oxidado que surca el *borough* de Queens. Así que apuro la última calada de mi rubio americano, que refulge en la oscuridad, y me siento el protagonista de una novela beat.

Luego dirijo mis pasos a otra zona de Latina, el barrio de Batán, que está separado del resto del distrito por la bulliciosa A5, como una isla dentro de la urbe. Un cartel en un bareto muy pulcro regentado por una mujer china reivindica al único torero nacido en Batán. Otros chavales, en la terraza, hablan de viajes de escalada a países insólitos y al fondo, contra la negritud del cielo, se recortan las luminosas torturas (al menos para mí) del Parque de Atracciones, en las frondosidades de la Casa de Campo. La cosa (excepto por el torero) sigue pareciendo muy beat o muy noir: solo falta el asesinato. Para misteriosa aquella vez que me invitaron de noche al Parque de Atracciones porque era Halloween y transité por siete casas del terror, no siendo yo aficionado a estos sitios: en una de ellas, no sé si era la de los zombis, la del holocausto nuclear, o la del miedo victoriano, coincidí con una de las hermanas Valverde, que salían en el Telecinco chusco de la primera época (en realidad sigue siendo chusco), y conseguí sobrevivir, aunque me dolieron varios días los cuádriceps de la tensión.

Por lo general me dan miedo los parques de atracciones y las veces que voy me quedo entre alucinado e hipnotizado mirando las montañas rusas y las cosas aún peores en las que se sube la gente para disfrutar. ¿Cómo se puede disfrutar de esas experiencias al borde de la muerte? Contra

lo que sería natural hay personas que le tienen verdadero cariño a algunas de estas atracciones de la historia de este parque, fundado en 1969, colorido fruto del desarrollismo franquista: la gente empezaba a tener una tele y un Seiscientos, también una montaña rusa a su disposición, la grandiosa y pionera en España 7 Picos, en referencia a las cumbres de la Sierra madrileña. Luego vinieron otros clásicos como la montaña rusa Jet Star, el barco de vapor de *La reina de África* o el Pulpo, el Gusano Loco, la Alfombra Mágica, etcétera. También reseñable fue su vida nocturna: en su Teatro Auditorium tocaron artistas de la talla de Julio Iglesias, Raphael, Massiel, Bertín Osborne, Camilo Sesto o Triana. Luego la juerga continuaba en la Boîte Sagitario, entre copas, cigarrillos y actuaciones de Los Brincos. Hoy, en vez de todos estos, en el parque están las Tortugas Ninja, Bob Esponja o la Patrulla Canina, como en todas partes.

Lo curioso es que lo que menos terror me da son los pasajes del terror. Y me llama mucho la atención la extraña existencia del actor de pasaje del terror, que se pasa la vida en un ambiente sórdido y terrorífico, asustando a la gente: eso tiene que dejar algún tipo de marca psicológica. Aquella noche con una de las hermanas Valverde, al salir del Parque de Atracciones, vi a un payaso asesino y a un muerto viviente echándose un piti en la puerta trasera, probablemente comentando las vicisitudes del curro o las inclemencias del tiempo, en todas sus acepciones.

El sur del distrito, más que detectivesco, es militar. En el barrio de Campamento hay una gran extensión de descampados, malezas y hermosas ruinas militares (se ven desde Google Earth) que, aun habiéndose pensado una Operación Campamento desde hace décadas, no se ha logrado urbanizar (solo el 50 por ciento del barrio lo está), no se sabe si para bien o para mal. Su barrio hermano, Cuatro Vientos, tiene, como su nombre indica, fuerte relación con la aviación, y aquí está el otro aeropuerto de Madrid, anteriormente una base del Ejército del Aire, y hoy dedicado a las escuelas de aviación y a la aviación ligera y privada. Hay domingos en los que se celebran vistosas exhibiciones de aviones de época y acrobacias.

He pasado antes por zonas conflictivas, en alguna esquina meridional del barrio de Puerta del Ángel, donde empiezan Los Cármes. Aquí ya han derrumbado algunas colonias, como la llamada Los Olivos, consideradas por la prensa como «infernales» y donde los repartidores de pizza no quieren entrar. Los edificios, contruidos rápido y mal para absorber a la emigración de posguerra por la Dirección General de Regiones Devastadas, se caían a cachos. Eran construcciones de emergencia y hasta Eva Perón puso pasta para ayudar a su realización. Otras siguen en pie, aunque muy precariamente.

He visto un sofá en la acera, en unas calles donde pulula gente amenazadora y errante, donde hay bloques destartados, muchas de cuyas puertas y ventanas permanecen tapiadas. Miran con desconfianza, no por maldad, sino por pobreza. La luz se piratea del tendido eléctrico, la cancha de baloncesto está hecha polvo, las zonas de césped son saharianas, los muros lucen llenos de

pintadas. Los vecinos dicen en los periódicos que está volviendo la heroína, la inseguridad, los años ochenta, y que hay mucho abandono.

Leo que hay jubilados a los que les siguen al banco y cuando salen con los billetes les dan una paliza y les roban. El calor hace que los apartamentos habitados tengan las puertas abiertas, se ven interiores de ropa amontonada, pósters, colchones y camastros: más allá del miedo, hay infinita tristeza. Los chavales del parque de Aluche, los que se preguntan dónde está Dios, podrían preguntarse por qué Dios permite estos naufragios urbanos. Este podría parecer otro lugar, un lugar que no nos afecta, un lugar de esos que solo se ven por la tele. Pero también esto es Madrid.

Pasear por la ciudad será diferente a partir de ahora.



La ciudad infinita es una mirada nueva al arte del paseo y también un ensayo lírico sobre urbanismo. La semilla de este libro fueron las 21 excursiones literarias, o «expediciones asfálticas», que Sergio C. Fanjul emprendió durante el verano en que ejerció de algo así como Paseador Oficial de la Villa de Madrid. Tras regarlas y abonarlas, se han convertido en una frondosa andadura donde conviven, con humor y vehemencia, apuntes sobre la misión del peatón en una época hostil a la urbanidad, la búsqueda de episodios históricos que nos reconcilien con el trazado de las calles e incluso una reivindicación de la convivencia y del ser social. Sin duda, este es un libro para aventureros de a pie, firmado por uno de los escritores más sorprendentes de la nueva literatura en español.

De Sergio C. Fanjul se ha dicho...

«La obra de Sergio C. Fanjul comparte con las redes sociales su fluidez contagiosa, su desparpajo adictivo, un lenguaje al cabo de la calle y un ingenio a prueba de dogmas.»

El País

«Este poeta, astrofísico de formación, ofrece un escaparate global al que se asoma un sujeto que es a la vez espectador y rehén del neocapitalismo: un autónomo que lucha por la supervivencia en la intemperie surgida tras la voladura del estado del bienestar.»

Babelia

«Desahuciados, ladrillos, cuentas de resultados, anuncios, tragaperras, hipotecas, becarios... forman el paisaje de la mirada de Sergio C. Fanjul, que acierta a retratar la situación actual de una parte mayoritaria de la sociedad española.»

El Cultural

Sergio C. Fanjul (Oviedo, 1980) es periodista y poeta. Colabora, escribiendo sobre cultura y ciencia, en *El País*, *PlayGround* y *Vice*. Es autor de varios poemarios premiados y libros de relatos. Su libro más reciente es *La vida instantánea* (2018).

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Sergio C. Fanjul

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47–49. 08021 Barcelona Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Eva Vázquez Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17511-63-0

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La ciudad infinita

Introducción. Explorar lo urbano y lo cotidiano

1. El distrito Centro del Universo entero
2. El hogar del dinero
3. Bajo la luna de sangre
4. Conejos, dadaístas y Melendi
5. Barrio rico, barrio pobre
6. Sweet home Arganzuela
7. Un pueblín de filósofos, showmen y otros animales
8. La Hortaleza alpina
9. Los sonidos de Carabanchel
10. Un cielo al que no le pica nada
11. El poder y la locura entre pinares
12. De San Blas al espacio exterior
13. Donde viven los dragones
14. En el parque del Retiro clavé mi corazón en la espina de un rosal
15. Vallekas como puerto de mar
16. El Más Allá de la Villa de Vallecas
17. Una utopía urbanística hasta la ciudad de los muertos
18. Chamberí no es para llorar
19. Boeing Dick
20. Afterwork, logia masónica, torres satánicas
21. El problema del Mal

Sobre este libro

Sobre Sergio C. Fanjul

Créditos